

A person in a long, flowing dress stands in a forest, their back to the camera. They are looking out at a bright sunset or sunrise over a body of water. The sun is low on the horizon, creating a strong silhouette effect on the person and the trees. The light is warm and golden, filtering through the branches of the trees.

**Lina Galán**

*En la*

*Frontera del Tiempo*

Lina Galán

# **EN LA FRONTERA DEL TIEMPO**

# PRÓLOGO

*Baronía de Montsolís, Corona de Aragón, 1244*

El caballero, sobre su caballo blanco y al frente de sus leales soldados, por fin siente que el hogar está cerca. Los bosques de pinos o las suaves montañas daban fe de ello, dejando atrás las vastas llanuras. Rodearon la aldea y su muralla y, sobre la elevación más alta, apareció la gran fortaleza rodeada por la más robusta muralla, como una madre que abre los brazos para proteger a sus hijos. Cruzaron el foso sobre el puente levadizo para entrar en el patio de armas, donde escuderos y pajes se apresuraron a atender a sus exhaustos y polvorientos señores y a sus igualmente fatigadas monturas. El señor de Montsolís, tras bajar de su caballo, alzó la mirada hacia las almenas, como siempre que volvía a casa. Pero, como siempre, nunca encontraba a nadie esperándole. Siempre que regresaba de alguna de las revueltas sarracenas o, como en esta ocasión, de una reunión en Las Cortes, imaginaba, fugazmente, que su dama le esperaba impaciente en alguna de las almenas o sobre el adarve de la muralla. Incluso en ese mismo instante le parecía estar divisando una oscura silueta femenina recortada sobre el rosado cielo del ocaso, con sus ropas y sus cabellos ondulando al viento.

Sacudió la cabeza para salir de su ensoñación y volver a la realidad. Se quitó el yelmo y se dejó ayudar por Nuño, su escudero, ofreciéndole sus armas para su limpieza.

Todavía con la cota de malla, aunque sacándose él mismo el almófar y la crespina por la cabeza, subió las escaleras de la torre del homenaje para encaminarse a sus estancias privadas. Primero, como tenía por costumbre, saludaría a su esposa, aunque ya sabía de antemano que ella apenas le devolvería el saludo. Ni siquiera le miraría a los ojos. En realidad, pensó, no sabía de qué color eran esos ojos que siempre miraban hacia el suelo.

Además, apostaría su vida a que se encontraría flanqueada por sus inseparables guardianas, sus propias hermanas, que, como hermanas mayores del señor y en su calidad de viudas de sendos señores ciertamente notables, se encargaban de la organización doméstica. Algo que a la propia señora del castillo parecía agradarle sobremanera, ya que era más feliz bordando o tejiendo algún tapiz mientras sus cuñadas revoloteaban a su alrededor como si quisieran protegerla hasta de su propio marido.

Después de pedir permiso, flanqueó la puerta de la estancia más soleada del castillo, donde un grupo de mujeres bordaban y tejían y suaves murmullos femeninos llenaban el aire, aunque cesaran de repente al advertir la presencia del señor. Sus hermanas, Elvira y Mencía, tan frías como siempre, fueron las primeras en dirigirle algo parecido a una bienvenida.

—Hermano —saludaron con un movimiento leve de sus cabezas.

—Hermanas —correspondió él. Y seguidamente dirigió su mirada a su esposa—, esposa —y se inclinó levemente.

Amicia pareció mover ligeramente los labios, aunque su marido no estaba seguro si como saludo o como plegaria por su poca deseada presencia. Así que, volviéndose a inclinar, pidió permiso para retirarse y salió para encaminarse a sus propios aposentos.

Sí, siempre había deseado volver al hogar, después de batallas o reuniones con nobles o con el rey. Pero cada día que pasaba sentía más un vacío interior y un hueco en su corazón que necesitaba llenar pero que cada vez se hacía más y más grande. Siempre tuvo claro que, como heredero de la baronía, tendría que casarse con la mujer elegida para él. Y así fue. El mismísimo rey Jaime I le había concertado el matrimonio con Amicia de Bearn, para evitar una guerra promovida por el rey francés que llevaba acechando al monarca desde hacía varios años. De esta manera, el rey Jaime seguía dominando el sur de Francia y se aseguraba la fidelidad de su caballero al convertirlo por herencia y por matrimonio en Guillem I de Montsolís y vizconde de Bearn.

Guillem recordaba ahora el día de su enlace con Amicia. Nunca se habían visto antes, pero era algo que ocurría muy a menudo y no le importaba

especialmente. Pero en el fondo había esperado algo más. Sus propios padres se habían entendido bastante bien.

Incluso sus desapegadas hermanas habían tenido unos matrimonios aceptables. Él había imaginado al menos una compañera que esperase su regreso, o para conversar sobre temas cotidianos, como compañía en la mesa y, por supuesto, en su cama. Pero habían sido deseos vanos. Tras un año de casados, no sabía cómo era la voz de su esposa, ni tan siquiera el color de su cabello, que siempre llevaba tapado por un virginal velo blanco, casi tan virginal como ella misma. Ese era otro tema que sí le preocupaba. Ese matrimonio necesitaba descendencia, ya que la falta de hijos podría acarrear un serio problema incluso a nivel político, puesto que el rey Luís intentaría reconquistar las tierras a falta de herederos. Pero hacía ya demasiado tiempo que no visitaba la cama de su esposa. Un rictus amargo se le formó en la boca al recordar la noche de bodas. Su experiencia con mujeres nobles podía ser exigua, pero esa noche intentó comportarse como el caballero que era.

Mientras recorría el angosto pasillo envuelto en su propia sombra proyectada por la luz de las antorchas, recordó. Recordó la cámara nupcial, en la más completa oscuridad, con sólo un pequeño atisbo de la silueta de su esposa metida en la cama y tapada hasta la barbilla. A él, colocándose encima, mientras ella, rígida como una tabla, recitaba una letanía de oraciones. Después de esa noche vinieron varias más, en las mismas condiciones y sin resultado de embarazo tras varios meses. No era de extrañar. Pensaba que un acto realizado con tanto miedo y aversión no podría dar nunca como fruto un hijo.

Guillem entró en sus aposentos privados y suspiró cansado. Se sintió viejo, aunque a sus veintiséis años debería sentirse en la flor de la vida, una mezcla de juventud y experiencia. Miró a su alrededor y se sintió relativamente satisfecho. La estancia, disponía de una antesala, con una mesa, silla y documentos para revisar, y del dormitorio, donde el mueble que más resaltaba era la gran cama. Podía no importarle que la decoración y el resto de mobiliario fuesen escasos y austeros, como indicaba la sencilla presencia de un baúl, un arcón y una pequeña cómoda. Pero después de años ayudando a su rey en multitud de batallas, sobre todo la conquista de Valencia, viviendo en las más atroces condiciones, para Guillem eran muy importantes el descanso y

la comida. Por eso no encontraba nada frívolo poseer una gran y cómoda cama y una mesa donde nunca faltara la buena comida.

Mientras le preparaban una tina de agua para el baño, se asomó a la ventana y observó el paisaje. Al menos la visión del entorno familiar que lo rodeaba le daba la seguridad y la fuerza necesarias para pensar en el futuro. Por lo demás, Dios proveería.

Había vuelto al hogar.

# CAPÍTULO 1

*Barcelona, mayo de 2014*

Correr calle Muntaner abajo para poder coger el tren, sin tropezar y sin que la atropellaran en el intento, era un riesgo al que cada día se enfrentaba Beatriz, o Bea, como prefería que la llamaran. Bea trabajaba en un hospital de esa zona como enfermera y se consideraba afortunada de tener una profesión que le encantaba y por haber conseguido un puesto para los tiempos que corrían. Pero ese día deseaba cuanto antes poner tierra de por medio.

Hay días en los que es mejor no levantarse de la cama, le oía decir muchas veces a su madre, y ese, especialmente, había sido uno de ellos. Al levantarse por la mañana, no le había sonado la alarma del móvil, ya que se le había apagado sin batería. Sin tiempo para desayunar, había corrido hasta la boca del metro para descubrir que sólo había servicios mínimos por la huelga de transportes, por lo que tuvo que coger un taxi, donde el pobre taxista se había visto obligado a sortear velozmente el tráfico de esa hora de la mañana, debido a la orden imperiosa de una usuaria con los nervios de punta. Al llegar, había tenido que aguantar la mala cara de la compañera a la que relevaba y, para colmo, Óscar había vuelto al hospital tras su excedencia.

Ahora, volviendo para casa, y por fin en el interior del vagón, Bea se agarró a la barra, apoyó su frente en ella y cerró los ojos. ¿Qué más podía haberle salido mal ese día? ¿Por qué había tenido que volver a verle a él?

Hacía ahora algo más de un año que había tenido la suerte de hacer las prácticas en el hospital donde ahora trabajaba. Y fue entonces cuando le conoció. Óscar era uno de los cardiólogos y enseguida se había fijado en ella. Y a ella le había encantado: pelo castaño claro, ojos celestes y una sonrisa que derretía los bisturís a su paso. Bea nunca había tenido tiempo para novios y

no tenía experiencia, así que se sintió en una nube cuando se interesó por ella y sus días de prácticas transcurrieron entre sonrisas, guiños, y miradas, primero, y entre pequeños besos robados durante las guardias nocturnas, después. Hasta que, en el aparcamiento del hospital, una noche le dio un beso de verdad, el mejor que le habían dado nunca. Quedaron en salir ese sábado, y después de una cena, fueron al piso de él, donde Bea tuvo su primera vez. Óscar estuvo tierno y gentil y ella se creyó enamorada.

Todavía recordaba cómo sus compañeras le advirtieron sobre él, puesto que nadie lo conocía lo suficiente y se habían escuchado rumores sobre su afición por las enfermeras.

Pero, como siempre sucede en estos casos, el amor te vuelve sorda y ciega, hasta que de la manera más dura e inesperada, vuelves a poner los pies en el suelo. Sólo dos días después de aquella noche inolvidable, Bea se dirigía al despacho de su tutora de prácticas para la firma de sus informes, cuando le pareció escuchar la voz de Óscar en el despacho del director. Éste le estaba diciendo que aceptaban por fin su petición de excedencia de un año.

Aturdida, cuando la tutora le había firmado sus informes, se atrevió a preguntarle, procurando poner tono de indiferencia.

—Elena, ¿sabes si el doctor Hernán tiene solicitada una excedencia?

—Cómo corren las noticias. Pues sí, parece ser que conseguir este puesto era muy importante para él, pero lleva bastante tiempo lejos de su familia, que vive en Madrid, y ahora ha de volver allí, aunque dentro de un año posiblemente vuelva y ya se instalen aquí.

—¿Has dicho su familia? —titubeó.

—Sí, su mujer y un hijo pequeño. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, Elena —y sonrió como pudo.

Un vaivén del vagón la hizo agarrarse más fuerte a la barra de sujeción y volver a la realidad, para volver a sentirse la más idiota del mundo. Para colmo, después de un año, al volverse a encontrar cara a cara con ella, había

tenido la desfachatez de sonreírle, de guiñarle un ojo y de decirle:

— Estás más guapa que el año pasado. Cuando quieras retomamos lo que dejamos a medias.

¿No se daba cuenta de que, lo que para él había sido pasar el rato, para ella había significado no volver a confiar en ningún hombre? Por culpa de aquel engaño, Bea había huido de ellos como de la peste y no había vuelto siquiera a fijarse en ningún otro.

Sonrió, al menos, al recordar la cara que había puesto cuando ella le había respondido:

—Pues tú, sin embargo, has perdido bastante. Y sí, precisamente a medias es cómo me dejaste.

Tras hacer el transbordo en Provenza y seguir hasta Sagrera, subió hasta la calle Honduras, donde compartía piso con otra chica, una agente de seguros sólo tres años mayor que ella. Hacía un par de años que Bea había contestado al anuncio de Raquel pidiendo una compañera de piso para compartir gastos y se habían entendido en seguida, por lo que ya eran tan amigas como compañeras. En cuestión de carácter eran la noche y el día, pero a veces resulta mejor para complementarse. Raquel era más seria, pero no se pensaba mucho las cosas, mientras que Bea analizaba mucho más cualquier cuestión y era bastante más risueña. Mientras Raquel era un desastre con las tareas domésticas, Bea era capaz de ordenar el piso al mismo tiempo que limpiaba y metía la ropa en la lavadora y en la secadora, todo ello en tiempo récord. Sus dotes de organización eran posibles gracias a la experiencia adquirida en su propia casa, donde, después de muchos años siendo hija única, sus padres habían tenido dos hijos más y, siendo adolescente, ya se había visto rodeada de pañales, juguetes, biberones y demás parafernalia de dos bebés con sólo quince meses de diferencia entre ellos. Y esa había sido, principalmente, la razón por la que Bea había decidido independizarse, ya que en su casa le era imposible estudiar, dormir de día cuando tenía turno de noche o simplemente tomarse un descanso. Al fin y al cabo, si quería visitar a su familia no tenía más que coger un tren y en cuestión de un par de horas ya estaba allí.

Cuando entró por la puerta no le extrañó ver el piso un poco revuelto.

Con el día que había tenido, no podía esperar otra cosa.

— ¡Raquel! ¿Dónde te has metido? ¿No podías al menos haber recogido toda esta ropa que hay en el sofá? —Y al momento vio salir a su amiga de su dormitorio con una pequeña maleta en cada mano—. ¿Dónde vas, si puede saberse?

—Bea, lo siento, cariño, pero se me había olvidado que mañana se casa una prima lejana y he de irme el fin de semana.

—Genial —y se dejó caer en el sofá—, me espera un fin de semana de lo más divertido. Ordenando ropa y sin ni siquiera contigo de fondo criticando mi vida.

—Sólo serán dos días. Además, te aseguro que mi plan sí que es un auténtico muermo, una boda donde la persona más joven creo que es mi madre.

—Ya, bueno, no te preocupes, me lamentaré yo sola estos dos días. Óscar ha vuelto al hospital.

— ¿Qué? ¿Ese baboso gilipollas? ¿Y con la ignorante de su mujer?

—Sí, embarazada de cinco meses y con un niño de cinco años — contestó Bea—. Y no es un baboso,... aunque sí un gilipollas —y comenzó a reír hasta que su amiga hizo lo mismo—. Y encima me ha vuelto a proponer que nos liemos —y siguieron las dos a carcajada limpia cuando Bea contó la respuesta que le había soltado.

—Siento mucho no poder seguir conversando contigo —comentó luego Raquel—, para darte algunas ideas de cómo acabar con tíos como ese, pero tengo que irme ya.

—Yo también lo siento. Y no te preocupes, ya hablaremos a la vuelta.

—Hasta el domingo.

Bea se recostó en el sofá con los ojos cerrados, rodeada por el desastre de ropa que le había dejado su amiga. Sin darse cuenta se quedó dormida y debieron de pasar horas, ya que al abrir un poco los ojos observó oscuridad a

su alrededor, además del dolor de cuello por la mala postura y un frío que le recorrió el cuerpo y le puso la piel de gallina. Esto último le extrañó, ya que había sido un día bastante caluroso, aparte de que era un frío extraño, chocante, que la hizo ponerse nerviosa. Encogió las piernas sobre el sofá y apoyó la barbilla sobre sus rodillas, observando a su alrededor y echando de menos más que nunca la compañía de su desordenada amiga.

Ya empezaba a pensar que había visto demasiadas películas de miedo últimamente y que se estaba comportando como una paranoica, cuando una luz cegadora inundó el salón. Era una luz extremadamente brillante, blanca, aunque envuelta en una espesa niebla.

Bea se quedó clavada en la misma postura, sin poder moverse, muerta de miedo, pero a la vez expectante. La niebla fue aclarándose mientras formaba una espiral, pero dejando restos de bruma a ras de suelo, lo que le daba al salón un aspecto fantasmagórico. En sólo un momento pareció que desaparecían los muebles, las paredes, el suelo y el techo, y que la seguridad de su propia casa se convertía en algo intangible, como de otra dimensión.

El súmmum del terror le llegó a Bea cuando de tres espirales que se deshacían en el aire, surgieron tres figuras masculinas. Eran tres hombres, dos de ellos más mayores, con túnicas y barbas blancas, que a Bea le recordaron a Panorámix, el druida de los cómics de Astérix. El tercero era más joven, y parecía más un guerrero, con barba y cabello de color castaño, con una túnica marrón que le llegaba por las rodillas, una capa roja y cinturones y sandalias de cuero marrón. Éste era más bien del tipo Eric Bana en su papel de Héctor en Troya.

—Hola, Beatriz —saludó el primero de ellos—. No tengas miedo.

Y, extrañamente, Bea no sentía miedo. Definitivamente, debía de estar soñando.

Seguro que se había quedado dormida y su mente había empezado a elucubrar historias, como siempre. Mientras dormía, su cabeza era un hervidero de ideas y pensamientos y nunca llegaba a dormir ni descansar del todo bien. Así que decidió interactuar con aquellos extraños. Antes de que algo sospechoso pasara, ella despertaría, seguro.

— ¿Quiénes sois y qué hacéis en mi casa?

—Yo soy Alceo, y ellos son Alem y Donar. Somos los Guardianes del Tiempo, encargados de que los hechos ocurran cuando deben de ocurrir, que nada cambie, que nada altere el curso de los acontecimientos.

—Ya, muy interesante. Falta responder a la segunda cuestión.

—Hemos venido a ti porque necesitamos tu ayuda. Hemos cometido un error y el futuro podría verse afectado, aunque todavía estamos a tiempo de enmendarlo, con tu ayuda.

—A ver, volvamos al principio. ¿Guardianes del Tiempo? ¿Qué significa exactamente?

—Que todos los sucesos, hechos y acontecimientos han de ocurrir según lo previsto —esta vez contestó Alem, el segundo hombre de cabellos blancos—. Que si alguno de estos hechos no ocurriera, el resultado del futuro cambiaría. Por muy desagradables que fuesen dichos sucesos.

—Imagina por un momento —interrumpió Donar, el que parecía un guerrero— que en la Revolución Francesa, la familia real hubiese escapado de la guillotina. Que Gutenberg no se hubiese arruinado y visto obligado a difundir el secreto de la imprenta. Que Edward Jenner hubiese tenido algún escrúpulo a la hora de utilizar a niños enfermos de viruela para inocularles pequeñas dosis de la enfermedad de las vacas, y descubrir así las vacunas. O, simplemente, que el día que tu padre se dirigía a la fiesta donde conoció a tu madre, se le hubiese estropeado el coche y nunca hubiese llegado.

—Nosotros —continuó Alceo— somos los encargados de que todo se desarrolle según lo previsto, sin poder cambiar nada, como guerras o muertes. Sólo podemos hacerlo cuando, por error, algo se nos pasa por alto. Y ese es el caso que nos ha traído aquí.

—Que es exactamente...

—Cambiar un hecho, que puede parecer pequeño o insignificante, pero que podría acarrear graves consecuencias. Ha muerto una persona y no

debería haber ocurrido. Ha sido —carraspeó Alem—, un despiste por nuestra parte.

— ¿Podrían ir ustedes al grano?

—Será lo mejor —dijo Alceo—. Una mujer ha muerto en el siglo XIII, dejando sin herederos las tierras que posee su esposo. De esta manera se iniciará una guerra entre el rey francés, Luís IX y el rey de la Corona de Aragón, Jaime I, lo que dará lugar a otras disputas en las que también intervendrá Castilla e incluso Inglaterra, dando lugar a un caos en Europa que podría cambiar el mapa y el futuro de este continente tal y como lo conocemos hoy en día. Se produciría una serie de acontecimientos capaz de desencadenar muchas muertes que no deberían haberse producido.

—Dios mío —se lamentó Bea—, pero, ¿qué tengo yo que ver? ¿A qué ayuda os referís?

—Se trataría —Alceo cogió aire— de que sustituyeras a esta mujer por un tiempo.

—No entiendo —Bea frunció el ceño—, ¿eso se puede hacer?

—Sí —los Guardianes se miraron avergonzados—, no es la primera vez.

— ¿Queréis decir que de vez en cuando os despistáis, ocurren cosas que no deberían ocurrir y tenéis que recurrir a gente corriente como yo que os saque las castañas del fuego?

—Más o menos, sí.

— ¡No me lo puedo creer! ¿Y qué se supone que he de hacer? ¿Sustituir a una persona muerta para no desatar un caos casi mundial en el futuro, provocado por unos ineptos Guardianes del Tiempo? ¿Yo? Ni hablar. Buscaos a otra.

—Ya hemos buscado, Beatriz, créenos, por toda clase de lugares y épocas, pero sólo tú reúnes las condiciones físicas necesarias para hacerte pasar por ella y no levantar sospechas entre sus allegados. Prácticamente

tienes el mismo rostro, sólo que eres un poco más alta y habría que solucionar el tema del color del pelo.

—Sí —prosiguió Alem—, tú eres rubia y Amicia tenía el cabello castaño, pero es fácil oscurecerlo con un champú de hierbas que...

— ¡Eh! ¡Estoy aquí! Ya os he dicho que no lo haré. No me veo como la salvadora del mundo. Aunque quisiera, no podría hacerlo. No tengo madera de heroína.

—No has de luchar contra dragones, querida Beatriz. Sólo ocupar el lugar de otra mujer, esposa de un barón del círculo de confianza de Jaime I, y en cuanto dieras a luz a un heredero, volverías otra vez aquí, a tu tiempo y tu lugar.

—Ahora sí que no —Bea se levantó de un salto y se plantó en medio de lo que había sido su salón hasta hacía unos minutos—. Se acabó. No sé si esto es una broma o una pesadilla de la que no soy capaz de despertarme, pero quiero que me devolváis ahora mismo mi casa y desaparezcáis de mi vista. No pienso hacerme pasar por una señora de la Edad Media, acostarme con su marido, tener un hijo con él y volverme tan tranquila, como si sencillamente hubiese ido a darme un paseo por el tiempo.

—Está bien, como quieras.

En un instante, Bea se volvió a ver envuelta en remolinos de niebla, la temperatura volvió a subir, y su salón volvió a aparecer ante ella. Pero sus extraños visitantes seguían allí.

— ¿Cómo que todavía seguís aquí?

—Porque no es ninguna broma, Beatriz, ni tampoco estás soñando. Todo es real, y si no aceptas, sabes muy bien lo que eso podría significar, aunque, realmente, ni nosotros mismos podemos predecir el resultado. Sólo que, para empezar, tú misma podrías no existir, ni tu familia, puede que la población entera fuera diferente. Sin embargo, con el nacimiento de ese niño acabarías con el desencadenante de esas muertes y con el impacto que pudieran tener en el futuro.

— ¿Os habéis llegado a dar cuenta de lo que me estáis pidiendo? —dijo Bea con voz lastimera—. ¿Un matrimonio y un hijo con un desconocido?

—Creemos que es un sacrificio muy noble, si con ello salvas parte de la humanidad.

—Mi respuesta sigue siendo no —ratificó.

Los Guardianes se miraron entre sí y asintieron con la cabeza. Daba la sensación de que guardaban un as bajo la manga.

Y así era. Todo lo que había visto y oído Bea ese día, no sería nada comparado con la imagen que se le presentó a continuación. Una imagen tridimensional, como un holograma, ocupó todo el espacio a su alrededor. Ante ella, el corredor de un castillo medieval, con paredes de piedra y una antorcha que proyectaba sombras danzantes. Le pareció formar parte de ese entorno oscuro, húmedo y frío. Se escucharon unos pasos, lentos, pesados, mezclados con un leve tintineo metálico.

Y entonces apareció él. Un caballero de esa época, vestido con una cota de malla y una especie de sobreveste de color verde con un escudo que Bea no pudo distinguir bien, porque su mirada fue directa hacia el rostro del caballero. No pudo reprimir aproximarse a él, quedarse a menos de un metro de distancia y levantar la mano para acercársela al rostro, pues era un rostro que la conmovió profundamente. Su semblante era serio, pero sus ojos expresaban tristeza. Eran los ojos del azul más profundo que había visto nunca, pero carecían del brillo de cualquier mirada. Parecía estar envuelto en unas sombras mucho más oscuras que las que pudiera proyectar la luz de las antorchas. Eran sombras de soledad.

Bea se aproximó un poco más e intentó tocarle de nuevo, pero su mano atravesaba su imagen, como la de un fantasma, una comparación que le pareció acertada y poco apropiada a la vez.

Aprovechó la cercanía para observarle mejor. Su cabello, negro como el carbón, le llegaba a los hombros y los rasgos de su cara eran armoniosos, con pómulos altos, nariz recta y una boca sensual, aunque todo ello enmarcado por una serie de cicatrices por todo su rostro que acentuaban la seriedad en su

semblante de guerrero. Esas marcas y su mirada azul reflejaban batallas vividas y cansancio por haberlas vivido. El corazón de Bea se le encogió en el pecho y, aunque en aquel momento no lo reconociera, sintió que no podía fallarle a aquel hombre, que ella era su única esperanza, algo que él hacía tiempo que había perdido.

— ¿Es él? ¿El hombre con el que se supone que estaré casada? — preguntó Bea a los Guardianes sin darse la vuelta y sin abandonar la imagen del caballero.

—Sí —se le acercó Donar hasta quedar justo tras ella—, él es Guillem, barón de Montsolís y vizconde de Bearn. En la imagen que estás viendo, su esposa aún no está enferma, pero en pocos días cogerá unas fiebres desconocidas y morirá.

— ¿Cómo lo haríais? Me refiero a la sustitución.

—Hemos de coger justo el momento de su muerte. En ese instante tú ya habrías sido transportada y el cambio se efectuaría en un segundo, sin que las personas de su entorno puedan percatarse de nada.

—Ella... ¿ha de morir?

—Sí, eso no podemos cambiarlo. Cuando tú llegues, ella ya habrá expirado su último aliento.

—Tendréis que explicarme cosas sobre ella, su marido, las personas que conoce...

—Por supuesto. El cambio se ha de realizar en una hora exactamente. Disponemos de ese tiempo para ponerte al día.

—No es mucho tiempo —se lamentó Bea—. ¿Y volver? ¿Cuánto tardaría en volver? ¿Qué pasará cuando mi familia y la gente que conozco me echen de menos?

—No te preocupes. Lo que allí representen meses, aquí habrá significado dos días como mucho. El domingo por la tarde estarías de nuevo

aquí. Si aceptas.

Bea siguió con la mirada la figura del caballero que ya desaparecía al fondo del corredor. Guillem. El mundo entero podría necesitar su ayuda y ella sólo lo hacía por él.

Aceptaría esa locura sólo por él, porque quería devolverle a ese hombre la ilusión y la esperanza. Quería quitar de su mirada la tristeza y la soledad que lo envolvían. Aunque ella se dejara el corazón, y algo más, en el intento.

—Está bien, señores, acepto —dijo mientras la imagen del interior del castillo se evaporaba tras ella—. Necesitaré una clase exprés sobre la época, las gentes de ese castillo y, sobre todo de...

—Amicia —se adelantó Alceo—. En los próximos meses serás, te comportarás y pensarás como Amicia, señora de Montsolís y de Bearn. Escucha con atención...

# CAPÍTULO 2

*Castillo de Montsolís, 1244*

Ya no podía soportar por más tiempo la espera en esa oscura habitación, donde su esposa yacía moribunda, rodeada de los murmullos de las oraciones que las mujeres susurraban a su alrededor, y donde ni sanadores ni hombres de Dios podían hacer ya nada más que rezar por el alma de Amicia. Hasta las paredes del gran salón parecían oprimirle y las tablas del suelo ya no soportarían más sus pasos arriba y abajo, así que fue él mismo al establo a por su montura, se subió en ella de un salto y salió velozmente del castillo, atravesando el patio y el puente para dirigirse al bosque más cercano.

Nada más llegar al primer grupo de pinos y encinas, Guillem bajó de su caballo, antes incluso de que éste llegara a pararse del todo. Iba vestido únicamente con una túnica y calzas, aunque no se había descuidado de coger su espada y envainársela en el lado izquierdo de su cinturón, aparte de una daga en el lado derecho de la cual no se desprendía nunca. Miró al cielo y apoyó una rodilla sobre el suelo cubierto de pinaza. Rogó perdón al Señor, pues se sentía culpable por el más que seguro fatal desenlace de su esposa.

—Señor, perdóname —comenzó su plegaria—. Sé que no he sido un buen esposo. Tal vez, si me dieras la oportunidad, trataría de intentar conocer mejor a mi esposa, entenderla. Sé que en estos últimos tiempos, mi cuerpo ansiaba el consuelo que sólo una mujer puede darme, y que, a menudo mis pensamientos se llenaban de imágenes lujuriosas. Pero prometo enmendarme y entregarme más a la oración y a la lucha, a entrenar con mis hombres y a emplear todo el ardor de mi cuerpo en la batalla y en la defensa de mi hogar y mis gentes.

Desde que Amicia había caído enferma, Guillem se sentía culpable, ya

que en los días que precedieron a las fiebres, había intentado un acercamiento con su esposa, intentando hacerle comprender la importancia de un heredero, aunque interiormente sabía que llevaba una doble intención, ya que visitar la cama de su esposa, que para ella era un suplicio, podría alejar de su mente ideas tales como desahogarse con cualquier tabernera de la aldea.

Siempre estuvo seguro de que respetaría los sagrados votos del matrimonio, pero era un hombre, y necesitaba una mujer.

Mientras seguía orando, sintió el trote de un asno, sobre el que montaba su escudero y pensó que vendría a comunicarle la muerte de Amicia.

— ¡Barón! ¡Mi señor! —Gritaba Nuño—. ¡La señora! ¡La señora!

—Dime, Nuño —dijo compungido Guillem levantándose del suelo—, ¿se la llevó ya el Señor?

— ¡No, mi señor! ¡La señora está bien! ¡Ha sido un milagro! ¡Un milagro!

— ¿Cómo que está bien? Ha mejorado temporalmente, quieres decir.

—Ha mejorado del todo, mi señor. Se ha levantado de la cama y ha pedido a todo el mundo que se marchara de sus aposentos. Tenía buena cara y les ha pedido a las señoras Elvira y Mencía que le prepararan su ropa que deseaba tomar el aire. ¿No le parece un milagro, mi señor?

—Ciertamente. Vamos, volvamos al castillo, que quiero contemplar ese milagro por mí mismo —y se montó en su caballo con el corazón en un puño.

¿Habría escuchado Dios sus plegarias por fin?

Cuando Bea, ahora Amicia, se había visto rodeada de toda esa gente rezando en aquella asfixiante habitación, decidió que lo mejor sería decirles a todos que la dejaran con sus cuñadas y se marcharan con el pretexto de querer tomar el aire. Elvira, solícita, invitó a marcharse al párroco, curandero y demás plañideras, que habían pasado del llanto a la alegría que les proporcionaba la mejora de su señora.

Amicia sabía que debía seguir teniendo buen trato con sus cuñadas, aunque le recordaran a un par de cuervos rondando a su presa.

—Por favor, quisiera vestirme —les pidió. Sólo llevaba puesta una camisa, que había sido blanca en algún momento, y que le llegaba a los tobillos.

—Por supuesto. Aquí tienes tus ropas —contestó una de aquellas mujeres, con su serio semblante avinagrado.

—Sí, gracias, sólo que me gustaría ponerme un vestido un poco más alegre. Al fin y al cabo debo festejar que estoy viva —esperaba que ese hecho les hiciera reaccionar.

Las mujeres hicieron un severo gesto con su boca por la extraña petición de su sumisa cuñada, pero Amicia no pensaba ponerse ninguno de esos vestidos de monja de clausura por nada del mundo. Ya hacía bastante concesión al taparse su bonita cabellera con ese horrible velo. Tal y como le habían aconsejado los Guardianes, su bonito cabello rubio era ahora de un brillante color castaño gracias a un jabón que tendría que recordar usar cada vez que se lo lavara.

—Mis queridas cuñadas, ¿qué les parecería este vestido de color azul? —era el único con un poco de color entre aquella maraña de ropajes, todos de tonos marrones, bastos y sin gracia.

Las mujeres accedieron de mala gana y la ayudaron a ponerse el vestido que, pese a no ser nada del otro mundo, tenía un bonito color azul medianoche que le favorecía más que cualquiera de los otros que le habían preparado. Le taparon el cabello con un velo celeste y se calzó unas suaves zapatillas de piel.

—Y ahora, hermanas, recordadme qué suelo hacer yo a estas horas del día —dijo con voz cantarina. Ya se encontraba un poco más animada y estaba dispuesta a seguir el plan del día.

—Querida niña, normalmente a estas horas sueles proseguir con tu tapiz, pero creemos que debes estar aún muy débil y deberías guardar reposo.

— ¡Ah, no, ni hablar!... quiero decir, que me apetecería proseguir con mi tapiz —Amicia sólo quería una excusa para salir de aquella oscura habitación que ya había pedido que ventilaran. Aunque fuera a tejer un tapiz. Y aunque no tuviera ni idea de tejer ni de nada parecido.

Se encaminaron las tres hacia la parte suroeste del castillo, mientras Amicia, maravillada, observaba todos y cada uno de los detalles. Se encontraba, pese al objetivo final, en el cual ahora no quería ni pensar, nada más y nada menos que en un castillo del siglo XIII. Recorrió largos pasillos y se cruzó con algunas personas, aunque todas bajaban la mirada al ponerse a su altura. Estaba deseando salir fuera y contemplar la vida que bullía en el exterior, pero tendría que tener paciencia. Sería un poco sospechoso que de repente empezara a correr como una loca para poder ver de cerca todos los detalles que estaba deseando tener delante de ella.

Entraron por fin en la habitación de la que ya le habían hablado los Guardianes, donde se suponía que Amicia pasaba la mayor parte de su vida. No sabía cómo se las iba a arreglar sin tener ni idea de bordar y menos de tejer un tapiz, pero ya se le ocurriría algo.

Por lo pronto se encaminó hacia una de las ventanas y se quedó maravillada con las vistas que se le ofrecían.

Podía admirar parte del patio del castillo y de la muralla. Podía ver gente en sus quehaceres, como algunos soldados que pasaban caminando, un hombre con un fardo de leña, mujeres con cestas de ropa, niños que correteaban descalzos, más soldados montando guardia en los torreones... También podía levantar la vista para observar el paisaje que se extendía ante ella. Frondosos bosques, prados verdes, campos cultivados y hasta un pequeño río serpenteaba desde las montañas hasta la linde del bosque más cercano. Amicia inspiró profundamente para aspirar el aire que sabía estaría completamente exento de contaminación. Le pareció notarlo entrar en sus pulmones y, al abrir los ojos, descubrió que el cielo era mucho más claro y brillante, de un límpido color azul.

Y descubrió también un caballo al galope, que entraba rápidamente bajo la enorme reja del puente, sobre el que montaba un jinete. A Amicia se le aceleró el corazón. Sabía quién era ese jinete. Era Guillem, su esposo a partir de ahora, y la expectación por conocerlo por fin en persona, hizo que le dieran palpitations. Le observó bajar de su caballo y dirigirse velozmente hacia la torre donde ella se encontraba. Intentó tranquilizarse mientras le esperaba, pero se notaba tan nerviosa que tuvo que inspirar varias veces para que no se le notara la alegría sublime que le proporcionaba conocerlo por primera vez.

Por fin, le oyó entrar. Le oyó saludar a sus hermanas y notó su presencia a su espalda. Se giró para poder verle, y cuando lo tuvo delante le miró a los ojos y no pudo evitar sonreír de felicidad.

Después de haberla visto moribunda en la cama hacía tan sólo unas pocas horas, Guillem no daba crédito cuando le habían informado que su esposa se encontraba en la estancia de las labores como todos los días antes de las fiebres. Cuando entró y la vio mirando por la ventana, le extrañó que su vestuario hubiese cambiado. Siempre vestía sobria y austera, con bastos vestidos de lana en tonos marrones o pardos, pero en ese momento iba envuelta en un bonito vestido que, aunque sencillo, era de un llamativo tono de azul.

Y entonces Amicia se dio la vuelta, le miró a los ojos y le sonrió.

A Guillem estuvieron a punto de doblársele las rodillas. ¡Dios del cielo! Esos ojos...

Nunca había visto a tan corta distancia los ojos de su esposa. Eran de un precioso color dorado, grandes y brillantes, como dos valiosas monedas del oro más puro, y bordeados de largas pestañas. Pero lo que realmente le había hecho casi trastabillar había sido esa sonrisa que había iluminado la estancia más que todos los rayos de sol que entraran a esa hora por todas las ventanas.

— ¿Te encuentras mejor, Amicia? ¿No deberías quedarte en la cama? — nada más mencionar la cama, Guillem sintió que se excitaba. Debido a su frustración sexual, últimamente tenía demasiadas imágenes eróticas en su cabeza, pero esta era la primera vez que esos pensamientos eran con su propia mujer.

¿Por qué nunca le había mirado directamente para poder deleitarse en la visión de sus ojos?

¿Por qué nunca le había sonreído?

—Me encuentro perfectamente, mi señor —aprovechando el momento de confusión que parecía envolver a Guillem, Amicia se deleitó en mirarle detenidamente, en persona, y no a través de una imagen de ochocientos años de antigüedad, y la verdad era que la realidad superaba cualquier representación. Le parecía aún más alto, más fuerte, con una musculatura que le hacía tensar la tela de la camisa, y que le confería un aura de guerrero, de los que combaten en torneos y salvan a las damas. Las cicatrices de su rostro, sin embargo, se veían acentuadas, sobre todo una que le bajaba desde la sien izquierda hasta la línea del labio superior. Pero ni esa imperfección era capaz de restarle belleza a sus facciones, donde destacaban sus preciosos ojos, del tono del azul del océano más profundo. Aunque lo que hizo temblar a Amicia fue, sobre todo, poder oír su voz, tan rica, ronca y profunda, que sentía que la envolvía, como en una espiral de seda. Y su mirada la estremeció, pues algo había cambiado en la luz de sus ojos. Parecía... ¿atracción? ¿Interés? ¿Tal vez deseo?

—Tu recuperación ha sido milagrosa, pero no te confíes demasiado, deberías descansar —¿Esa había sido siempre su voz, tan suave como una caricia? La tensión en su entrepierna iba en aumento y se sentía incapaz de controlarla.

—Mi señor, lo que más me apetece es salir y tomar el aire. Dar una vuelta por el patio, hablar con la gente...

— ¡Por Dios, niña! ¿Qué estás diciendo? —Se horrorizaron sus eternas guardianas—. Te quedarás aquí toda la tarde, como siempre.

—Tienen razón, Amicia —interrumpió Guillem—, será mejor que descanses. He hablado con Pedro y esta noche habrá una cena en tu honor y, si lo deseas, podrás distraerte —levantó una mano para rozarle la mejilla pero se detuvo a mitad de camino. No esperaba que acudiera a esa cena, ya que nunca lo había hecho antes, pero Pedro, el senescal, había insistido en ello, ya que a las gentes del castillo la recuperación de su señora les había parecido una señal de buen augurio y querían celebrarlo.

Cuando Guillem desapareció por la puerta, Amicia pensó que no le apetecía en absoluto quedarse toda la tarde en aquella habitación rodeada de mujeres y sus labores de costura, así que se le ocurrió una idea para poder salir de allí y que a sus cuñadas no les pareciera mal.

—Hermanas, si tuvierais la bondad de acompañarme a la capilla, me consolaría mucho poder rezar unos momentos en soledad.

—De acuerdo —contestaron a regañadientes.

De esa manera evitaría ponerse a hilar o bordar y, aunque todavía no encontrara el modo de salir del castillo, aprovecharía para ver algunas cosas interesantes.

Y no se equivocaba. Después de bajar la angosta escalera de caracol dos plantas hacia abajo, y sus cuñadas pararan ante una entrada en forma de arco de medio punto, Amicia trató de que no se le notara cómo se le abría la boca de asombro y admiración. No era una experta en arte, pero reconocía perfectamente el arte románico. Intentó recordar su visita al Museo de Arte de Catalunya cuando estaba en el instituto mientras miraba hacia el fondo de la nave de la pequeña iglesia. Del arco de la entrada surgía el techo en forma de bóveda de cañón, y al fondo destacaba el ábside detrás del altar. Amicia se fue acercando mientras contemplaba fascinada las pinturas murales, con el típico Pantocrátor al frente, imágenes de la Virgen y el niño y de los apóstoles. Se arrodilló ante un banco de madera para simular que oraba y así poder observar de reojo aquella maravilla que más tarde sólo podría verse en museos y que ella podía admirar en su momento culminante. Sobre el altar destacaban objetos de orfebrería, como un cáliz y una cruz de plata con piedras preciosas incrustadas. Aunque todo el castillo estuviera decorado sin lujos, aparte de algún tapiz y algunas alfombras que había vislumbrado en las habitaciones, era de suponer que las mayores riquezas se encontrarían en la iglesia.

Amicia se sintió privilegiada. Todavía no era momento de analizar los motivos de su estancia en ese lugar y en ese tiempo y de momento intentaría vivir intensamente cada instante. Instintivamente, alargó su mano hacia su cadera esperando encontrar su bolso y buscar su móvil para hacer fotos. Hizo una mueca. Tendría que olvidarse de la tecnología por un tiempo.

Cuando más absorta se encontraba, la mano de Mencía sobre su hombro la sobresaltó. Ésta la instó a levantarse y la guió de nuevo hacia sus aposentos, mientras la informaba de que Elvira estaba supervisando la cocina por los preparativos de la cena y que ella misma también debía ayudar, con lo que la dejaría sola unos instantes.

Ya en la estancia, Amicia observó a su alrededor y lo que vio la desalentó. La cama era de matrimonio, pero se notaba que sólo la ocupaba una persona, pues únicamente había un baúl y una cómoda como mobiliario, sin más adornos que un pequeño tapiz en la pared y un crucifijo sobre la cómoda. Se arrodilló ante el baúl, lo abrió y lo revolvió para encontrar únicamente vestidos insulsos de colores neutros y velos para la cabeza. Quiso imaginar qué aspecto tendría en ese momento pero no había nada semejante a un espejo.

Siguió rebuscando en el fondo del baúl y por fin tocó algo metálico. Cuando lo sacó se quedó maravillada ante la pequeña joya, con filigranas de plata, el típico espejo de una princesa de cuento. Pero al mirarse frunció el ceño. No le gustaba la idea de tener que taparse su bonita cabellera, larga y ondulada en las puntas. Así que se quitó el velo, justo en el momento en el que entraban sus cuñadas y la miraban ceñudas.

—Amicia, no puedes quitarte el velo. Sabes de sobra que eso es cosa de mujeres solteras o de mala reputación. ¿Qué crees que dirá mi hermano cuando te vea?

—Elvira, por favor —quiso apelar a la compasión para poder ganárselas y convencerlas—, no te disgustes conmigo, pero recuerda que acabo de escapar milagrosamente de las garras de la muerte. Desearía, si no es una ofensa, bajar a cenar con este bonito vestido pero sin el velo. Hará bien a mi ánimo. ¿Qué decís? —y las miró con ojos suplicantes batiendo sus largas pestañas.

—Está bien —suspiró Elvira, a todas luces la portavoz del dúo—, pero antes de bajar espera unos momentos. Mencía, por favor, trae el cofre.

—En seguida.

Bien por mí. Uno a cero

Al cabo de unos minutos, Mencía apareció en la habitación con un cofre, que abrieron, y comenzaron a sacar objetos de su interior.

En primer lugar apareció una especie de bolsa o escarcela que prendieron en su cintura, lo mismo que una pequeña daga con diversas piedras incrustadas. Luego sacaron una diadema, forrada en brillante tela de un tono de azul parecido al del vestido y bordada con hilos de oro. Se la colocaron sobre la cabeza, haciendo que el pelo se le apartara ligeramente del rostro. Amicia corrió hacia la cómoda, sobre la que había decidido dejar el espejo como adorno, y se miró en él. Le gustó tanto el resultado, que la sonrisa dibujada en su rostro conmovió incluso a sus cuñadas. Aún con sus sempiternas vestiduras negras y sus serios semblantes, pareció vislumbrar por un momento, que una ligera sonrisa asomaba en la comisura de sus rígidos labios.

—Nunca te habías interesado por estos objetos. Ni siquiera has preguntado jamás por ellos, sabiendo que forman parte del regalo de boda que te hizo tu esposo, junto con ese espejo y el peine a juego, y el resto de vestidos.

— ¿Tengo más vestidos? —preguntó ilusionada.

—Por supuesto. Tu ajuar era muy completo, con vestidos, complementos, zapatos y ropa interior.

Amicia sintió calidez en su pecho al imaginar a Guillem haciendo esos regalos a su esposa.

¡Pues que los fueran desempolvando, que ella no los dejaría en el fondo de un baúl!

Comenzaron a bajar las tres y se dirigieron al salón principal. Se había hecho tarde y los comensales ya estaban sentados en largos bancos de madera a un lado y otro de las mesas. Varios fuegos ardían en las diversas y enormes chimeneas. Los sirvientes entraban y salían por la puerta llevando bandejas y más bandejas de comida. Una gran algarabía inundaba el ambiente. En la parte más alejada, los soldados y sus mujeres daban buena cuenta del vino y la comida, y más cerca del señor del castillo se ubicaban las personalidades más importantes. Estaba claro que a ella ya no la esperaban, puesto que al lado de

su marido no quedaba apenas hueco para tres personas. Así que, irguió su barbilla y se dispuso a tomar su lugar.

Lo que no esperaba fue el silencio súbito que se instaló de repente. Docenas de pares de ojos se posaron en ella, pero los suyos sólo encontraron los de Guillem. Mientras se iba acercando a él, no podía desviar la vista del azul profundo de aquellos ojos. Creyó leer en ellos sorpresa y admiración al mismo tiempo. Él se levantó y cedió el lugar a sus hermanas y a su esposa. Cuando se encontraron los dos de pie, uno al lado del otro y se miraron, el resto de personas pareció desaparecer como por arte de magia para ellos dos.

Amicia sintió que su cuerpo se estremecía y cobraba vida mientras se dejaba devorar por el fuego azul de aquella mirada. Alguien les habló y reaccionaron sentándose rápidamente, aunque fueron conscientes en todo momento del roce de sus cuerpos por muchas capas de tela que hubiese entre ellos.

La persona que había al otro lado de Guillem llamó su atención y éste se giró para contestarle, lo que dio un respiro a Amicia y a su desbocado corazón. Pensó que, con tantos acontecimientos, no recordaba cuándo había sido la última vez que había comido y se encontraba hambrienta. El olor de la carne asada hizo que le rugiera el estómago y pudo ver de reojo cómo Guillem sonreía, por lo que, sin pensárselo dos veces le dio un codazo en el costado.

— ¿Qué pasa? ¿Tú nunca has tenido hambre? Te recuerdo que he estado enferma.

*Será capullo*

—Por supuesto que sí —se giró hacia ella y comenzó a partirle trozos del asado con su daga—. Pero, ¿qué ha pasado con lo de mi señor?

Amicia se quedó muy quieta. ¿Habría metido la pata al tutearle?

—Tranquila, Amicia. Nunca había escuchado mi nombre de tus labios y me complace mucho —el sonido de esa voz tan rica, reverberó en los huesos y en la piel de Amicia—. ¿Quieres más asado?

—No, gracias —contestó ella carraspeando ligeramente—. Si no te importa, me apetecen también las frutas que aún no me ha dado tiempo a degustar.

—Por supuesto.

Guillem le acercó diversas clases de frutas, ya que se disfrutaban como entrante, siguiendo el orden que había adquirido el cocinero en su tiempo con los árabes del sur, en Córdoba. Naranjas, pomelos, manzanas o uvas, hicieron que a Amicia se le hiciera la boca agua. Comió un poco de cada una de ellas y después siguió con el asado, que parecía de algún tipo de ave. Estaba muy condimentado, ya que le pareció notar, al menos, el sabor de la pimienta, el ajo y el comino. También había guarnición de verduras y Amicia creyó comer más que nunca. Incluso dejó hueco para el postre, ya que había divisado unos pastelillos de miel y almendras que tenían muy buena pinta.

La verdad era que siempre había pensado en una comida medieval de un castillo como algo menos civilizado, pero, aparte de que algunos objetos aún no se habían inventado, como tenedores o servilletas, le pareció todo muy bien organizado, pues cada comensal utilizaba su daga para cortar y pinchar la carne y se limpiaban en la tela que colgaba del mantel. También era cierto que estaba en el castillo de un barón favorito del rey, con muchas propiedades rentables. Estaba deseando echarle un vistazo al resto del pueblo, ya que no creía que a los campesinos les fuera igual de bien.

En el momento álgido de la fiesta, Amicia empezó a notar que le dolía la cabeza.

Había músicos y malabaristas que iban actuando entre plato y plato, dándole un ambiente muy festivo y colorido, pero habían sido demasiados acontecimientos en poco tiempo y tantas emociones fuertes le estaban pasando factura, provocándole una de sus temidas jaquecas.

Recordando que no tenía analgésicos a mano, decidió salir un poco fuera para tomar el aire, aprovechando que su marido tenía una conversación que parecía importante con el alguacil, el cual, por lo que pudo escuchar, se encargaba de dar trabajo a los campesinos.

Su marido. Sólo llevaba horas allí y pensaba en él como su marido, pero que en realidad era un auténtico desconocido.

Salió por una puerta lateral que vio abierta y que daba a una especie de huerto. Se apartó tras un arbusto e inspiró el aire fresco de la noche. Olía a pino y a romero, y la luna, grande y brillante, iluminaba como un gran faro en el cielo. El canto de los grillos se mezclaba con el de la música distante que provenía del comedor y empezó a encontrarse mejor.

—Amicia, ¿qué haces aquí? —la voz de Guillem la sobresaltó.

—Me has asustado —dijo girándose hacia él. Allí, en la noche y a solas con él, le pareció más alto y ancho de hombros, más imponente. La cicatriz del rostro le brillaba con el resplandor de la luna.

— ¿Sí? Pues yo diría que, precisamente, desde tus fiebres, ya no me tienes miedo.

— ¿Crees que antes te tenía miedo? —sin el bullicio de la fiesta, Amicia volvía a percibir ese timbre de voz envolvente.

—Me estás mirando directamente a los ojos, algo que no habías hecho nunca. Me has dicho más de dos palabras seguidas. Por no mencionar el tuteo...

—He cambiado. Ha debido ser que he podido comprobar de primera mano la precariedad de la vida —volvía a la excusa de siempre para disimular sus más que posibles deslices—. ¿Me preferías antes?

—No —se acercó a ella hasta que sus rodillas rozaron su vestido—. Te prefiero ahora.

— ¿Por qué? —susurró.

— ¿Cómo me preguntas eso? Mírate. Eres preciosa y yo ni siquiera lo había advertido —levantó una mano para cogerle un mechón de cabello y enroscarlo entre sus dedos—. Jamás pude admirar este precioso cabello, tan suave y brillante como la más cara de las sedas. Cuando te he visto entrar en

el salón esta noche, creí que eras una aparición, y me he sentido el hombre más afortunado del reino.

Amicia empezó a respirar trabajosamente. De pronto se veía rodeada por ese hombre, por su aura masculina y sus músculos de guerrero, su voz profunda y su olor, a viento y a tierra. El contacto de sus dedos en el pelo le producía escalofríos y su cercanía una sensación parecida al vértigo. Guillem tiró del mechón de cabello para acercarla más a él, hasta que se vio obligada a inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarle a los ojos y entre sus bocas no cupiera ni un suspiro.

—Nunca te he besado —susurró él con voz ronca—. Eres mi esposa y jamás te he besado.

Guillem posó su boca en la de su esposa y dejó que sus labios se amoldaran a los de ella. No recordaba cuándo un simple beso como aquel había hecho que su sangre se le agolpara en los oídos y en la entrepierna al mismo tiempo. Ni siquiera quiso abrirle la boca para no asustarla. O más bien para no verse obligado a tumbarla sobre los romeros y poseerla allí mismo.

—Amicia —le dijo separando ligeramente la boca y comprobando cómo ella le observaba con sus ojos dorados muy abiertos—, esta noche entiendo que has de descansar, pero mañana por la noche quiero que vengas a mi cama. Eres mi esposa, Amicia —le pasó el dorso de los dedos por su mejilla—, y ya te he hablado otras veces de la necesidad de que concibamos un heredero —aunque, en realidad, en ese momento no pensaba en heredero alguno, sino en su necesidad sexual y en el deseo tan ardiente que le provocaba esa mujer—. Lo entiendes, ¿verdad?

Amicia asintió con la cabeza y se dio cuenta de que lo aferraba por la camisa, con lo que se la soltó como si quemara y salió corriendo hacia la puerta por donde había salido, dejando a Guillem confundido pero esperanzado.

Atravesó el comedor principal pegada a la pared, intentando pasar desapercibida, hasta que encontró las escaleras y subió a la planta superior. Recorrió pasillos en penumbra, temiendo perderse, mientras su pelo y su vestido se arremolinaban tras ella e intentaba no pisarlo y tropezar. Reconoció

la puerta de su habitación, la traspasó y la cerró tras ella. Un pequeño fuego ardía ya en la chimenea y con la única luz que emitía ese resplandor, se quitó el vestido y se tiró sobre la cama. Notaba su corazón golpear contra las mantas.

¿Cómo había podido creer que sabía lo que se sentía con el beso de un hombre? Porque resulta que no tenía ni idea. Hasta que Guillem no la hubo besado, no supo lo que era el deseo y el anhelo por algo más.

¡Y ella que se creía con experiencia por la aventura con Óscar! ¡Qué ilusa! El doctor con sonrisa de anuncio de dentífrico no le llegaba ni a la suela de los zapatos. Menos mal que el beso no había sido profundo, sino, podría haberse desmayado en sus brazos.

¿Y había accedido a acostarse con él la noche siguiente? ¿A estar los dos desnudos y hacer el amor con él? ¿En tan sólo veinticuatro horas?

Imposible.

# CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente, unos ruidos y movimientos a su alrededor despertaron a Amicia. Abrió los ojos y comprobó que ya entraba el sol por la ventana, como también que una mujer de avanzada edad andaba por la habitación. Intentó recordar las explicaciones de los Guardianes. ¡Era Inés, su niñera!

—Buenos días, Inés.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien, gracias —realmente, pensó, había dormido toda la noche de un tirón.

Suponía que debido al cansancio y porque allí no había escuchado de fondo todo el ruido que ocasionaba vivir junto a la Avenida Meridiana de Barcelona.

—Te he preparado la ropa y una jarra de agua para que puedas asearte. Y aquí tienes tu jabón para cuando te laves el pelo, no te olvides de usarlo.

— ¿Cómo dices, Inés? —preguntó Amicia sorprendida.

—Tranquila, pequeña. Yo soy la única persona que sabe quién eres y por qué estás aquí. El viejo Alceo sabe cómo convencer a cualquiera para sus propósitos.

—Dímelo a mí. Por cierto, siento mucho que ella muriera y yo esté aquí ocupando su lugar.

—Eres tan igual a ella —dijo la mujer con voz triste— y a la vez tan diferente... En fin, contra los designios de Dios nada puede hacerse. ¿Necesitas algo más?

—Pues... ahora que lo dices, ¿no hay nada más cómodo que este orinal bajo la cama?

—Bueno, este castillo dispone de excusados.

— ¿Te refieres a esa puerta al final del pasillo, tras la cual hay un agujero con un puñado de paja a modo de papel higiénico?

—Es heno, y de vez en cuando le mezclamos flores secas de lavanda. Te recuerdo que ya no estás en tu apasionante futuro. ¿Algo más?

— ¿Dónde se puede desayunar?

—Lo siento, pero sólo desayunan los niños y los enfermos. Para el resto hay un almuerzo a mediodía y una cena por la tarde. Si lo deseas se te pueden preparar unas gachas de avena.

—No, gracias, Inés —hizo una mueca de asco al imaginarse esa papilla tan poco apetecible—. No necesito que me ayudes a vestirme, estoy acostumbrada a hacerlo yo sola, pero me gustaría que me ayudaras a trenzarme el pelo —seguía sin gustarle en absoluto la idea de taparse el pelo con un velo, así que recordó haber leído que las mujeres de esa época solían trenzarse el pelo y decidió hacer lo mismo.

Mientras bajaba hacia la planta baja, Amicia comenzó con una lista mental de cosas que ya empezaba a echar de menos:

“Número uno de la lista, pensó, un cuarto de baño, con su inodoro y sus toallitas. Número dos, un café con leche y una tostada de mantequilla”.

Le hizo gracia pensar que, de momento, echaba a faltar cosas que en el siglo XXI parecían simples, y que de tecnologías como el móvil, la televisión o internet apenas se acordaba.

Localizó la gran cocina y se dispuso a buscar algo que le sirviera como desayuno. Allí se topó con el cocinero, un niño que debía ser el pinche y varias mujeres ayudando en las tareas. Había grandes ollas de hierro y utensilios de madera, alacenas y estanterías con tarros, cuencos y cestos con

toda clase de ingredientes, todo ello limpio y ordenado.

—Buenos días —saludó—. ¿Habría algo de comer por aquí en plan rápido, por favor? —al ver que nadie contestaba y todos la miraban se quedó un poco descolocada.

—Perdone, señora —contestó una de las mujeres—, pero es que no solemos verla por la cocina. Creo que por aquí tenemos vino y pan blanco.

—Pues eso cambiará a partir de ahora. Me veréis más a menudo por aquí y por el exterior. Y gracias, agradezco el pan que me ofreces pero me gustaría extenderle un poco de mermelada. Ese tarro de cerámica de la estantería parece confitura de ciruelas, ¿verdad?

—Sí, señora, en seguida se la preparo.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—María, mi señora.

—Pues hasta luego, María.

Le dio alegremente unos bocados al jugoso pan con la dulce confitura sin tener demasiada hambre, ya que, como siempre se decía a sí misma “hasta que no desayuno no soy persona”, aunque en ese momento hubiese agradecido aún más una buena inyección de cafeína.

Viendo que de momento se había librado de sus cuñadas, aceleró el paso para salir al patio y disfrutar del día soleado que se contemplaba desde la puerta de la cocina. Allí mismo se topó con Pedro, el senescal, el cual seguía mostrando un semblante de sorpresa en su barbado rostro, como todos en el castillo cuando advertían el cambio de su señora a la hora de relacionarse con la gente. Aprovechó para preguntarle por su marido.

—Está en sus aposentos de la planta baja, mi señora. Ahora mismo voy hacia allá para la supervisión de algunos documentos relacionados con las propiedades —Amicia se fijó en que llevaba varios pergaminos enrollados bajo el brazo. Además, una chica joven iba junto a él. Ella también llevaba su

cabello castaño recogido en una trenza, y unos grandes ojos oscuros acentuaban sus bonitas facciones—. Esta es mi hija, Teresa. Había pensado que ya os podría ayudar en las labores de costura.

—Por supuesto, Pedro. Déjala a mi cuidado.

—Gracias, mi señora —y se marchó con una leve inclinación de cabeza.

Amicia, sin pensárselo dos veces, cogió del brazo a la muchacha y tiró de ella hacia el exterior. Encogieron los ojos al notar el resplandor del sol reflejado en toda aquella extensión de tierra. El patio del castillo era como un gran claustro enorme, al que daban todas las puertas de las estancias y accesos al interior.

—Teresa —se dirigió a ella—, conoces bien el castillo, ¿verdad?

—Más o menos, mi señora.

— ¿Qué te parecería hacerme de guía? Quiero decir, ¿podrías enseñármelo, por favor?

—Sí, mi señora. Lo intentaré —le contestó con la mirada baja.

Teresa le señaló los accesos que se distribuían en torno al patio, como la armería, las naves para la tropa, la sala de recepciones y el resto de estancias, incluso de las mazmorras. Se dio cuenta entonces de que la residencia del señor, que era también la suya, las habitaciones principales, la capilla y los almacenes, estaban en la torre del homenaje, cuya posición quedaba más alejada y refugiada de un posible ataque. Le mostró también la zona lateral del castillo, entre el patio y la muralla, que era el campo de prácticas, donde había algunos soldados practicando con la espada, con hachas y martillos y con ayuda de los pajes, niños enviados por sus familias influyentes para aprender el arte de la guerra.

Amicia siguió observando y escuchando entusiasmada, como en una visita guiada pero en tiempo real. Pudo comprobar cómo también había algunas edificaciones de madera, como las caballerizas, las viviendas de los artesanos, sirvientes o soldados, y le maravilló poder contemplar la herrería,

donde el herrero, en su fragua y con su delantal de cuero, forjaba espadas y otras armas o herramientas.

La vida allí se le antojó a Amicia bastante tranquila, aunque al fijarse de cerca en las personas, también pudo apreciar sus pieles tostadas y ajadas por el sol debido al trabajo duro al aire libre y con largos horarios de sol a sol. Las mujeres trabajaban en el huerto, acarreando agua del pozo y cuidando de los niños. Los hombres trabajaban en sus oficios, cuidaban de los caballos, o transportaban leña. Amicia sintió la necesidad de ayudar, acostumbrada como estaba a hacerse sus propias tareas. Pero hubiese resultado excesivamente sospechoso, así que se contentó con saludar y conversar brevemente con todas aquellas personas que, a pesar de todo, parecían felices en su vida sencilla.

No quería perderse ningún detalle, como cuando se cruzaron con unos soldados y reparó en que Teresa se sonrojaba repentinamente.

— ¡Teresa! ¿Te gusta uno de esos soldados?

— ¡Señora, por favor! Si mi padre se entera...

— ¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

—Según mi padre, yo puedo aspirar a algo más, como algún rico comerciante. Cree que el barón y su influencia en la Corte me ayudarán a encontrar un marido apropiado.

—Ya entiendo, la diferencia de clases sociales, claro. De todos modos, mirar no hace daño a nadie. ¿Cuál es el que te gusta?

—Es Alonso, el del cabello del color del trigo en verano —dijo azorada.

—La verdad es que es bastante guapo. Y además te ha sonreído.

—Hemos hablado en un par de ocasiones, pero sólo un breve momento.

Amicia pensó en la alegría del amor juvenil. Esa chica no tendría más de diecisiete años y el soldado pocos más. Le recordó a sus amores imposibles del instituto, que nunca le hacían caso y que siempre acababan con las chicas

populares y lanzadas. Aunque en el caso de Teresa, la cosa parecía aún más imposible. Sonrió al pensar que ahí estaba ella, intentando parecer una mujer casada experimentada y que, a sus veintitrés años, sabía poco más de los hombres que la joven Teresa.

—Si te sirve de consuelo, a mí también me gusta alguien y no tengo muy claro cómo sobrellevarlo, aunque sea mi propio marido —o básicamente, un desconocido, pensó.

—El barón también es un hombre muy apuesto —Teresa se volvió a sonrojar—, quiero decir... que las mujeres siempre han querido algo con él.

— ¿Qué quieres decir? —ahora recordaba a algunas sirvientas jóvenes, y menos jóvenes, que cuando estaba Guillem presente les entraba la risa floja y se marchaban corriendo.

*¿Estaba celosa?*

—Bueno, que cuando él pasa por delante de alguna mujer, ésta siempre trata de que la mire, contoneándose, sonriéndole, o mirándole fijamente. Sobre todo cuando vienen damas de la corte. O eso dicen —susurró.

—Vaya —dijo en voz baja. Le acudió a la mente el beso de la noche anterior. En realidad no habría pensado en otra cosa si no se hubiese distraído con su paseo turístico. Y volvió a pensar en la propuesta de Guillem y en su consentimiento. Se le aflojaron las rodillas de nuevo al imaginarse en la cama con él.

Durante ese día coincidió poco con él. Afortunadamente. Ni siquiera durante el almuerzo, ya que, después de su paseo con Teresa, la localizaron sus cuñadas y ya la tuvieron monopolizada. Comió un estofado con verduras que le sentó maravillosamente bien y después durmió un poco a instancias de Elvira. De momento podía librarse de seguir con su tapiz alegando cansancio y dolor de cabeza.

Al anochecer le fue más difícil evitar a Guillem. Éste le lanzaba de vez en cuando, si se cruzaban, miradas intensas y llenas de promesas. Y Amicia se vio en una disyuntiva.

¿Cómo decirle a tu marido que todavía no quieres sexo con él porque no lo conoces o porque tú no eres quien dices ser en realidad?

Inaceptable.

Pero, de momento, y para salir del paso, se le ocurrió una idea.

Esperaba que no se enfadara demasiado con ella.

# CAPÍTULO 4

Guillem colocó dos copas sobre la mesa y las llenó de vino. Esperaba impaciente la visita de su esposa como nunca lo había hecho. Reconoció sentirse nervioso y turbado, aunque desechó rápidamente la idea y se bebió de golpe una de las copas. Pensó en cómo había cambiado su reacción frente a su esposa y —sonrió— la de su esposa con él. Hacía pocos días, había llegado a la resolución de mandar al diablo sus votos matrimoniales y cabalgar hasta el pueblo en busca de cualquier mujer con la que desahogar su cuerpo duro y frustrado. Pero la enfermedad de Amicia había desbaratado sus planes, haciéndole sentir culpable, pero de igual modo había servido para cambiar en su esposa la percepción de las cosas. La había observado más vivaz, habladora y directa. Incluso más humana, como renacida. Habían sido varias las personas que le habían advertido del cambio. Además, desde su punto de vista como marido y como hombre, el cambio también la hacía más hermosa y sensual. Ahora lo miraba y le hablaba, aunque todavía tímidamente. Esperaba que la intimidad con ella también cambiara durante esa noche. Descubriría también esa misma noche la contemplación de su cuerpo desnudo, el tacto de su piel y de su cabello diseminado por la cama. Le parecía poder saborear su suavidad y su olor a flores, mientras ella le miraba con sus preciosos ojos dorados.

Se bebió la otra copa de vino y las volvió a llenar las dos. Amicia tardaba demasiado y empezaba a impacientarse. Después de varios paseos por la estancia y varias copas de vino, decidió que acudiría él mismo a los aposentos de ella.

Cuando quiso entrar comprobó que la puerta estaba cerrada por dentro. Dio un par de golpes y en seguida se abrió. Pero para su sorpresa, no fue Amicia quien abrió, sino Elvira, flanqueada por su otra hermana, Mencía. Su esposa se encontraba sentada sobre el borde de la cama y lo miraba con cara de turbación.

—Amicia, ¿qué sucede? Llevo tiempo esperándote en mis aposentos, tal y como acordamos anoche.

—Tu esposa no se encuentra bien —interrumpió Elvira.

—Hermana, te agradezco tu preocupación, pero ahora mismo no os necesito para nada. Esto es entre mi esposa y yo.

—Sabes que siempre hemos cuidado de ella, hermano, así que ya puedes marcharte —y se colocó delante de Guillem.

—Aparta, Elvira. Esto no es de tu incumbencia. Ella y yo quedamos en que esta noche vendría a mi cama y por Dios que vendrá a mi cama.

—Eres un bellaco lascivo, Guillem —dijo Elvira mirándole de frente. Pocas personas se enfrentaban al barón de Montsolís sin recibir su merecido.

—¿Bellaco lascivo? ¡Malditos sean todos los infiernos, hermana! Es mi esposa y ha de cumplir como tal, cosa que no hace desde hace meses. ¿Preferís que busque consuelo en otra parte?

—Fuera de aquí, Guillem —dijo apretando los dientes Elvira.

—¿Es eso lo que deseas, esposa? —dijo mirándola—. Pues así será.

Y se fue de allí a grandes zancadas, mientras Amicia cerraba los ojos y se sentía el mayor de los fraudes.

No durmió nada durante esa noche, así que decidió levantarse aún cuando hacía poco que había amanecido. Arregló su habitación de forma instintiva, acostumbrada como estaba a hacerlo, y bajó a la cocina. Ya había bastante gente trabajando allí y se dirigió directamente a María, la sirvienta que la había atendido el día anterior. Decidió que ese día le iría bien un poco del vino especiado que bebían casi todos por allí. Cuando María se lo ofreció en una copa, Amicia hizo una mueca al olerlo y, sobre todo, al bajarle por la garganta, aunque notó un calor agradable que le asentó el estómago.

Al salir al patio se encogió ligeramente. El sol todavía estaba bajo y aún no calentaba lo suficiente. Le preguntó por su marido a un soldado que pasaba por allí.

—El barón y el resto de la tropa entrenan a estas horas en el campo de prácticas, mi señora, antes de que el sol caliente demasiado.

Recordaba donde se ubicaba el lugar destinado al entrenamiento. Incluso podía escuchar el sonido de los metales al chocar y los gritos de los hombres. Nada más llegar allí, Amicia se paró en seco al observar a todos esos hombres con sus musculosos torsos desnudos y sudorosos en un festival de testosterona. En el lugar más alejado, varios arqueros practicaban el tiro con arco, utilizando como blanco unos sacos rellenos de paja clavados en postes de madera. Otro grupo practicaba con la espada por parejas. Y el tercer grupo la dejó sin aliento: en medio de un círculo de hombres, Guillem les iba retando, uno a uno, a enfrentarse con él. En ese preciso momento estaba atacando a un pobre soldado sin piedad, como si le fuera la vida en ello, hasta que lo tuvo acorralado contra el polvoriento suelo y le puso la punta de la espada en el pecho. Siguió retándolos a todos y siguió haciéndoles morder el polvo a todos. Levantaba la pesada espada con exagerada facilidad, dibujando círculos en el aire, como en una danza a la vez macabra y sensual.

En uno de esos giros, Guillem observó de reojo la presencia de su esposa. Aprovechó para conceder unos minutos de descanso y para beber agua a sus soldados y se dirigió hacia ella.

— ¿Qué haces aquí, Amicia? Sabes de sobra que tengo terminantemente prohibido la presencia de cualquiera en este lugar, incluida la tuya.

Cuando estuvo a un palmo de ella, a Amicia se le secó la boca de forma alarmante. Ese torso musculoso, con toda esa extensión de piel sudorosa que parecía tensarse espectacularmente en los músculos de los brazos, del pecho y del abdomen... Lo miró embobada, sintiendo un leve cosquilleo en los dedos por las ganas que tenía de tocarlo, y darle consuelo al percibir la multitud de pequeñas heridas sangrantes que se repartían por su cuerpo y que se superponían al resto de las cicatrices antiguas. Recordó, por un instante, los cuerpos formados en los gimnasios, depilados y morenos de rayos UVA de su propia época. No había comparación posible. El cuerpo de Guillem sería la

envidia de cualquier hombre y un premio para cualquier mujer.

Guillem la seguía mirando, con los ojos entrecerrados, respirando afanosamente y con el largo cabello pegado al cráneo por el sudor. Desprendía un olor varonil, que le pareció a Amicia mucho más embriagador que el perfume más caro.

— ¿Por qué me miras así, Amicia? —y la agarró por el brazo para alejarse de allí al percibir las miradas interesadas de sus hombres.

—Así, ¿cómo? —le dijo ella soltándose abruptamente de su mano.

—Veo deseo en tus ojos. Me miras como si quisieras que te llevara ahora mismo a la cama y te arrancara las ropas. Después de lo de anoche, ¿a qué demonios estás jugando?

—No sé de qué me hablas. Sólo había venido a disculparme, pero parece ser que tú sólo ves lo que quieres ver.

—No me gusta que jueguen conmigo —le dijo agarrándola por los hombros y cerniéndose sobre ella hasta llegar a taparle el sol con su ancha espalda.

—No estoy jugando contigo, Guillem —le dijo ella en voz baja—. Sólo quería decirte que lo siento, que aún no me encuentro del todo bien y que tengas paciencia conmigo.

— ¿Más? —gritó él—. ¿Más todavía? No, Amicia. Ya no me queda más. Soy un hombre y has sobrepasado el límite de mi paciencia. A partir de ahora no deberás de preocuparte de que te acose. Eso se acabó.

— ¿Y el tema del heredero? —nada más acabar la frase se arrepintió de haberla dicho.

— ¿Es eso lo único que te importa? Pues resulta que a mí ya no. Así que vete buscando a otro a quien mirar, a ver si te da lo que andas buscando, que debe de ser algo que yo no tengo —y se pegó media vuelta para seguir con su

entrenamiento. Y para desahogarse de su frustración.

Amicia se quedó allí, pasmada, mirando cómo se alejaba, admirando la anchura de su espalda y la estrechez de sus caderas, enfundadas en unos pantalones pegados a su cuerpo como una segunda piel.

Volvió de nuevo hacia el castillo, pensando cómo arreglar el desaguisado. O más bien cómo comenzar a hacer algo, ya que aún no había hecho nada de lo que se suponía que debía hacer allí. Por primera vez, se sintió sola y desalentada y echó de menos volver a casa. Hasta ahora todo había sido como una excursión, pero ya era hora de enfrentar la situación.

Levantó la barbilla y caminó más deprisa. Tenía que hacer algo y creía saber cuál era el camino a seguir: la seducción.

Pero pasaron algunos días y no tuvo demasiadas oportunidades. Su marido siempre se levantaba al alba para entrenar y después arreglaba asuntos con Pedro o se marchaba al pueblo a supervisar los productos, las cosechas o los problemas legales sobre robos o disputas. Amicia repartía sus horas entre sus cuñadas, su nueva amiga Teresa e intentando aprender más sobre la vida en el castillo. Felicitó al cocinero por los buenos platos que preparaba y éste le explicó algunas recetas y consejos. Ya en esa época, advirtió Amicia, la comida era muy variada gracias a la mezcla de costumbres árabes, judías y cristianas que se entremezclaban en la península. Y conversó con las mujeres mientras éstas hacían diversas labores, aunque nunca la dejaron participar por temor a la ira del barón. Tenía fama de ser un señor comprensivo, benevolente y justo, pero intolerante con la indisciplina. A Amicia no le daba miedo. El temblor de su cuerpo ante su presencia era debido a causas muy diferentes.

En el primer almuerzo en el que coincidieron decidió comenzar con su ataque. Se soltó el pelo, se puso uno de los vestidos del ajuar, en tono morado y muy vistoso, y se pasó todo el tiempo mirándole. Pero Guillem no le hizo ni caso. Apenas la miró. Sin embargo, cuando fue a cambiarse a su habitación, allí la estaban esperando sus cuñadas, con una expresión en el rostro de Elvira muy poco amigable.

— ¿Qué te propones, niña con ese comportamiento tan desvergonzado?

—No sé a qué comportamiento te refieres, Elvira —decía distraída mientras se quitaba el bonito vestido por la cabeza.

— ¡No me hagas parecer estúpida, Amicia! Te he consentido tus nuevas amistades con la servidumbre, tus nuevas prioridades y tus escarceos por el castillo, pero andar revoloteando por ahí de forma tan impúdica se salta cualquier consideración por mi parte. No puedo consentir que se hable mal de mi familia.

—Oh, Elvira, no es nada de lo que piensas —dijo afligida sentándose en el borde de la cama—. Lo único que pretendo es que mi marido se fije en mí. No creo que eso se pueda considerar vergonzoso, ¿no?

— ¿Todo es por Guillem? —Elvira se sintió desconcertada.

—Sí, hermanas. Mi provocación sólo es por él. ¿Qué pensabais?

—Bueno —carraspeó Elvira—, creíamos que tus fiebres te podían haber afectado la razón.

— ¿Creíais que me había vuelto loca y me había dado por provocar al personal? Genial.

—Incluso hablas de forma diferente, Amicia. A veces creo que no logro entenderte.

—Ya, lo siento —hizo una mueca—. ¿Dispongo de vuestro beneplácito para seguir intentando conquistar a Guillem?

—Supongo que sí —suspiró Elvira—. Pensábamos que no soportabas que se acercara a ti. Hasta ahora habíamos hecho lo que nos habías pedido, que era mantenerte alejada de él.

— ¿Por qué no tratasteis de disuadirme? ¿Por qué no me hicisteis ver que debía estar junto a mi marido?

—No lo sé —dijo pesarosa Elvira—. Supongo que te veíamos tan temerosa, tan indefensa, que llegamos a pensar que nuestro hermano no te trataba bien.

—Guillem me trata bien. Y juraría que siempre ha sido así.

Ni por un momento hubiese dudado de él. Pondría la mano en el fuego por él. Podría ser el más implacable y duro en el campo de batalla, pero nunca con ella, ni con las personas que apreciaba.

—De todos modos —terció la cuñada más seria— nosotros no podremos ayudarte mucho.

Eso ya lo sabía ella. Y también sabía algo que en su momento se le había olvidado comentar a sus queridos Guardianes del Tiempo: que le habían encomendado la misión de seducir a un guerrero, cuando ella era la más inexperta de las mujeres de su tiempo.

De todos modos —se irguió— ella era una mujer moderna e inteligente del siglo XXI y sería capaz de lograrlo, pues hasta el metal más duro se acaba fundiendo.

El primer paso sería no desalentarse y seguir insistiendo. O eso creía ella. En esos momentos necesitaba más que nunca algunos consejos.

“Número tres en la lista de cosas que echo de menos, en este caso, personas: Raquel, mi madre, mis compañeras de trabajo, que tienen mucha más experiencia que yo, y les encantaría darme clases de cómo ligarse a un tío en una hora... ”.

Pero tenía que intentarlo. Esta vez iría más poco a poco y con más seguridad. Empezaría por interesarse por los asuntos de Guillem, así que en cuanto coincidió a su lado en una de las comidas, intentó encontrar algún tema de conversación interesante.

— ¿Cómo van los asuntos en la Corte? —preguntó Amicia cuando observó a su marido distraído comiendo un sabroso estofado de conejo.

— ¿En la Corte?

—Sí, bueno, he oído que el rey Jaime sigue teniendo algunos problemas para repartir su herencia en un nuevo testamento.

—Sí, eso parece —Guillem se sorprendió por la facilidad con la que su esposa le hablaba de temas que jamás le habían interesado ni un ápice—. Después de nacer su tercer hijo varón, parece ser que su esposa, la reina Violante, le sigue atosigando con ese tema, para poder beneficiar a sus hijos por encima del primogénito que tuvo con Leonor, su primera esposa.

—Supongo que es normal, que una madre quiera lo mejor para sus hijos.

—Sí, pero Jaime se deja influir demasiado por la reina. En estos momentos yo le aconsejaría que mirara mejor hacia otros asuntos, como hacia algunos nobles descontentos que, como ya hizo su tío Fernando, puedan revelarse recurriendo a la ayuda del rey de Castilla.

—Tú le eres leal a Jaime, ¿no es cierto?

—Siempre.

Mientras conversaban, Amicia procuraba acercarse a él lo máximo posible, moviendo su cabello, procurando que su olor a flores le llegara a su marido e intentando no dejar de mirarle a los ojos ni un momento, aunque a ella le costara una taquicardia, pues, su inexperiencia en coquetear con hombres hacía que su corazón le latiera tan fuerte que creía que hasta él lo escucharía.

— ¿Y tus asuntos con Pedro? —prosiguió conversando.

—Bien —titubeó Guillem—. Las cuentas están saneadas, las cosechas están dando su fruto y el pueblo está contento. ¿A qué viene este interés repentino, Amicia?

—Me gustaría saber más sobre la organización de mi casa. Ya te dije que había cambiado y, si no recuerdo mal, dijiste que te agradaba el cambio.

—Es cierto, me agrada —Guillem se sentía inundado por el aroma floral de su mujer, su mirada brillante y la visión de la piel de su cuello y parte de sus hombros. Ya empezaba a sentirse rígido y duro, como últimamente le ocurría cada vez que estaba cerca de ella. Incluso soñaba con ella todas las

noches, que le hacía el amor durante horas, ocasionando que cada día se levantara más excitado y frustrado y necesitara echarse un cubo de agua fría por la cabeza nada más levantarse—, pero me desconciertas.

— ¿Podría ir alguna vez contigo al pueblo? —Soltó Amicia de repente—. Me gustaría acompañarte, ver a las gentes...

—No.

— ¿Por qué no?

—Porque he de resolver algunos temas delicados y no es momento ni lugar para ti.

— ¿Te refieres a que has de juzgar a personas? —había oído que en esa época el señor era también el juez.

—Y por otras cosas que ahora no tengo tiempo de explicarte.

— ¿No tienes tiempo o no quieres?

—Veamos —Guillem se giró hacia ella—, ¿estás discutiendo conmigo?

—Es que no entiendo por qué no puedo acompañarte.

—Porque lo digo yo y se acabó la discusión —decía él con voz aparentemente tranquila.

— ¡No, no se ha acabado! —Se levantó de un salto de la mesa—. ¡No me gusta que me nieguen algo sin una razón! —le dijo indignada señalándolo con el dedo índice.

*¡Qué se habrá creído el machito medieval este!*

Y se marchó del comedor compungida, al confirmar una vez más sus más que horribles habilidades para la seducción.

Guillem, sin embargo, se la quedó mirando mientras se iba, con una ligera sonrisa en la comisura de su boca. Su esposa, la que creía insulsa y simple, había discutido con él y le había dicho exactamente lo que pensaba.

Nunca una mujer le había parecido más excitante.

Amicia, por su parte, seguía advirtiendo indiferencia por parte de su marido. Así que se vio en la obligación de seguir con la guerra de la provocación. Al día siguiente, y bajo los consejos de su cuñada Mencía — algo que nunca se hubiese esperado y que merecería una conversación con ella más adelante—, se bajó el escote del vestido y se presentó en los aposentos que utilizaba su marido en la planta baja para despachar asuntos con Pedro. Tocó a la puerta y, sin esperar respuesta, entró con la excusa de llevarles una jarra de vino. Pedro se encontraba de pie de espaldas a la puerta y Guillem estaba sentado tras una mesa con diversos pergaminos. Tras él, una chimenea encendida procuraba calor a la estancia, amplia y un poco húmeda, con una única ventana demasiado estrecha y orientada al norte.

—No se preocupen por mí, sigan hablando de sus asuntos. Les sirvo un poco de vino y me marcho en seguida —Amicia se inclinó frente a Guillem, procurando que éste tuviera una vista privilegiada de su escote. Con manos temblorosas, les sirvió el vino, se echó la trenza hacia atrás en un movimiento calculado y se marchó.

Guillem miró a Pedro sin poder explicarse qué acababa de ocurrir allí. El senescal carraspeó discretamente y siguió con el asunto a tratar como si allí no hubiese ocurrido nada.

Al salir de allí, y sin muchas esperanzas, Amicia se distraía en la despensa, observando algunos alimentos allí almacenados, gratamente sorprendida de la abundancia de muchos de ellos, como harina de trigo, que era un lujo, tarros con especias, confituras, miel o incluso azúcar, que sabía era sólo para algunos privilegiados. Escuchó la puerta cerrarse a su espalda y al girarse vio a Guillem acercarse a ella velozmente, lo que la hizo retroceder hasta unos sacos que había a su espalda y que la obligaron a parar.

— ¿Qué te crees, Amicia, que no sé cuál es tu juego?

— ¿De qué estás hablando? —titubeó ella.

—No te hagas la inocente conmigo. Estás jugando con fuego y acabarás quemándote. ¿Sabías que no permito a nadie dejar nada sin terminar? ¿Y que yo podría obligarte a acabar lo que has empezado?

Amicia sentía su aliento tibio en el rostro. En aquel pequeño habitáculo, con un único y pequeño ventanuco en la parte superior, Guillem se cernía sobre ella como un ángel vengador, grande y oscuro. La penumbra provocaba sombras en los ángulos de su rostro, haciendo destacar sus rasgos y haciéndole parecer el guerrero que en realidad era.

—Guillem, por favor...

— ¿Por favor qué, Amicia? ¿Por favor te ignore o por favor te dé lo que andas buscando? —Guillem le agarró bruscamente las manos y se las puso por encima de la cabeza—. ¿Es esto lo que buscas?

Sin darle tiempo a responder, se apoderó de su boca y de sus labios, no como el único beso que habían compartido la primera noche, sino de forma posesiva y carnal. La obligó a abrir la boca y le introdujo la lengua, sin clemencia, para recorrerle con ella todo el interior. Sintió que ella se estremecía y eso lo alentó a seguir, lamiendo y succionando, y haciendo lo mismo con su cuello, que mordisqueó hasta que oyó el suave gemido de ella. La miró y sus ojos se encontraron con los de ella, dorados y velados por el placer, y con sus labios rojos e hinchados. Guillem volvió a besarla, esta vez suave y lentamente, bordeándole los labios con su lengua, como si quisiera aplacar la hinchazón que él mismo había provocado.

Amicia no sabría decir si le resultaba más excitante que la hubiese besado de forma salvaje o, como en ese momento, de forma lenta y suave, en un beso tan íntimo y devastador que le traspasó la piel. Se moría de ganas por tocarle, pero sus muñecas estaban presas con las manos de él sobre las suyas. Sintió la dureza de su miembro entre las piernas, lo que la hizo abrirse por instinto y sentir con esa presión un placer inigualable en todas sus terminaciones nerviosas.

—Dime, Amicia —le susurró al oído haciéndole sentir la tibieza de su aliento—, ¿es esto lo que quieres? —y apretó más fuerte su erección contra ella, en un vaivén de sus caderas, que provocó en Amicia un deseo y un anhelo que jamás imaginó sentir por un hombre. Por el cuerpo de un hombre.

—Guillem... —suspiró.

Abruptamente, Guillem se separó de ella, le soltó las manos y dio un paso atrás. Amicia creyó por un instante que alguien le había arrancado una parte de su cuerpo al sentir tan inesperadamente la falta de su calor.

— ¿Guillem?

— ¿Qué sucede, querida esposa? ¿Algún problema? —abrió la puerta y antes de marcharse le dirigió una mirada ominosa—. De aquí en adelante te lo pensarás antes de no acabar lo que empieces. Y de jugar conmigo. No vuelvas a hacerlo, Amicia —y se marchó.

Con su corazón todavía latiéndole violentamente en el pecho, y con el deseo ardiente aún recorriéndole las venas, Amicia se dejó caer sobre los sacos de harina de la despensa. Por primera vez fue consciente de estar fuera de su tiempo y su lugar, pero al mismo tiempo se le hacía insoportable pensar en dejar aquel castillo, aquellas personas y, sobre todo, a Guillem. Quería volver y quería quedarse, una mezcla de nostalgia y de esperanza.

Se imaginó a sí misma caminando sobre el alambre de un funámbulo, con el miedo a caerse a uno u otro lado y sin saber realmente hacia dónde preferiría hacerlo.

Sintió un revuelo en el exterior. Se levantó, se alisó el vestido y salió a enfrentar el futuro que allí le quedara.

# CAPÍTULO 5

Una importante visita llegaba a Montsolís. Era algo habitual recibir invitados y visitantes en los castillos de los barones, debido al sistema nómada de Las Cortes, y por ello los habitantes de dichas moradas ya tenían claro cómo actuar frente a una visita inesperada. Amicia se había apresurado a salir de la despensa y en cuanto tropezó con Teresa en medio de aquel tropel de personas que iban arriba y abajo, le preguntó a qué se debía todo aquel alboroto.

—Viene hacia aquí el noble Sancho de Luna, caballero y fiel vasallo del barón y del rey Jaime. Le acompaña parte de su familia y otros caballeros.

—Gracias, Teresa. Ven conmigo a ver si podemos ayudar en algo.

Pero entraron en la cocina, siempre tan ordenada, y ahora con una docena de personas allí trabajando diligentemente, cuidando los fuegos con los asados, las ollas con las salsas y preparando verduras, bizcochos y tartas de frutas y frutos secos. Salieron de allí para encaminarse a la sala de recepciones, donde multitud de criadas subían ropas de cama a las habitaciones y un grupo de sirvientes se afanaban en ofrecer a los visitantes jarras de agua y paños para sus abluciones después del cansancio y el polvo del camino.

El noble Sancho de Luna se acercó a Guillem en cuanto lo divisó entre la concurrencia y lo saludó afectuosamente. Era un hombre fortachón, de mirada afable, algo más mayor que el barón y de espesa cabellera y barba castañas.

— ¿Algo nuevo por Barcelona, amigo Sancho?

—No, mi querido Guillem. Como tú mismo tuviste la oportunidad de comprobar durante la última reunión en Las Cortes, la solución de establecer una frontera mediante el río Cinca, fue la más apropiada para intentar mantener contentos a catalanes y aragoneses, aunque siempre habrá alguien descontento.

—Cierto, Sancho. Mis informadores me mantienen al día sobre cualquier novedad y en cualquier frente, ya sea Castilla, Navarra o Valencia. Pero por favor, acomodaos, que ahora mismo traerán algo de beber a caballeros y damas.

—Perdona, viejo amigo. Ya te han saludado Blasco y Diego y no he tenido en cuenta a las damas. ¿Recuerdas a mi hija, Leonor?

—Por supuesto —contestó cortésmente Guillem besando la mano de la joven. Leonor sonrió azorada. Como siempre, le recordó a una pequeña rata asomada a un puente—, sólo que la última vez que la vi, todavía era una criatura.

— ¿Y a mi sobrina Isabel?

—Por descontado —Guillem repitió el beso en el dorso de la mano de la dama, la cual, tardó algo más de lo permitido en retirarla. La sobrina, poco o nada tenía que ver con la hija: con una larga y lisa melena negra, grandes ojos del mismo color y piel atezada, su belleza era ya famosa en los círculos de la nobleza.

—Un placer volver a verle, barón de Montsolís —habló ella en un tono claramente sugerente.

Cuando las damas se hubieron retirado, Amicia llegó a la sala y se paró en seco al reparar en la presencia de los caballeros.

— ¿Y esta preciosa dama, Guillem? —preguntó Sancho.

—Es mi esposa, Amicia —dijo casi sin mirarla.

—Un honor, señora —Amicia sintió un momento de pánico al no recordar bien cómo debía comportarse frente a un noble caballero. Confundiendo la duda con la timidez, Sancho de Luna le cogió la mano y se la besó con cortesía.

—Lo mismo digo, señor.

—Señora —siguieron los otros dos caballeros, Blasco de Ahones y

Diego de Haro.

Éste último, y sin que nadie reparara en ello, pasó un instante el pulgar por la palma de la mano de Amicia y la miró bajo las pestañas dedicándole una sonrisa blanca y deslumbrante.

Era un hombre un poco más joven que Guillem y bastante guapo, aunque Amicia sintió un instintivo rechazo hacia él, supuso que al recordarle a Óscar, con su cabello rubio y sus ojos de color azul claro.

Siguieron unos momentos de presentaciones, hasta que se anunció que la cena estaba lista. Cuando Amicia llegó al gran salón con Teresa y sus cuñadas, pudo comprobar que esa noche no podría sentarse junto a su marido, algo que la alivió después del interludio en la despensa. Pero cuando se hubieron servido los primeros platos con peras, manzanas, ciruelas y membrillos, acompañando a las carnes de cerdo y jabalí, Amicia frunció el ceño al advertir la compañía de Guillem en la mesa. Aparte de los caballeros, sentados a ambos lados del barón, había también una mujer, tan guapa como cualquier modelo de la época moderna, y que sonreía seductoramente a Guillem durante todo el tiempo.

—Teresa, ¿conoces a la mujer que no le quita ojo a mi marido?

—Sí, señora. Es Isabel, la hija de don Sancho.

— ¿Y ya se conocían de antes?

—Señora...

— ¿Qué sucede, Teresa?

—Bueno, yo pensé que usted ya lo sabía —se ruborizó la joven—, pues hubo rumores en su momento.

— ¿Qué rumores?

—Señora, no quisiera importunarla...

—Teresa, somos amigas, ¿verdad? Ya tenemos confianza la una en la

otra. Debes contarme lo que sepas del asunto.

—Está bien. Se dice que ellos tuvieron una... relación cuando coincidieron en la Corte, en Lérida.

— ¿Sigue manteniendo la relación con su antigua amante? —dijo preocupada y con el corazón en un puño.

—Tranquila, señora. Fue antes de que se casaran. Además, se dice que sólo duró el tiempo que permaneció el barón en la Corte.

—Ya, pero eso no me tranquiliza en absoluto —miró a la hermosa mujer que se acercaba en ese momento a Guillem para susurrarle algo al oído. El barón reaccionó echando la cabeza hacia atrás para soltar una sonora carcajada, algo que ella jamás le había visto hacer. Inspiró aire para intentar paliar el dolor sordo que se le acababa de instalar en el pecho, con una mezcla de celos y baja autoestima.

—Vamos, barón —insistió Isabel—, no me diga que ha olvidado bailar. Es imposible no hacerlo con esta deliciosa música.

—Nunca he sabido bailar, y lo sabes, Isabel.

Guillem intentaba parecerle agradable a la mujer a la que un día no fue capaz de decirle que no. Apreciaba su hermosura, pero realmente no fue más que un cuerpo caliente en su cama mientras se encontró lejos de casa, pero que no le había dejado ningún tipo de huella. Miró de reojo a su esposa. Se encontró un instante con sus ojos y lo que vio en ellos no le hizo sentir bien, pues leyó tristeza y dolor. Tenía que reconocerse a sí mismo que sus forzadas risas con Isabel no tenían otro propósito que molestar a Amicia para castigarla por su provocación y por no obtener de ella lo que deseaba hacía días, pero acababa de darse cuenta de que no le agradaba ver sufrir a esa mujer. Llevaba el pelo suelto con una diadema de redecilla y un vestido en color miel que acentuaba el oro de sus ojos. Pensó en que hacía sólo unas horas había querido castigarla con sus bruscos besos y lo único que había conseguido era desearla más que nunca. Ni siquiera la belleza que intentaba seducirle en esos momentos era capaz de suscitarle el menor interés. Amicia le parecía el mejor de los vinos y él estaba sediento.

—Además, ahora soy un hombre casado.

— ¿Te refieres a esa monja rodeada por esos cuervos de tus hermanas?

—Cuidado con lo que dices, Isabel.

— ¿Ya no recuerdas lo bien que lo pasamos en Lérída, mi señor? —le decía con voz provocativa—. Creí que te agradecería repetir. Sabes que soy discreta.

—Estuvo bien, pero se acabó.

—No me irás a intentar convencer de que esa beata es capaz de darte lo mismo que yo —le ronroneó subiéndole la mano por el muslo.

—Por favor, Isabel, come y disfruta de la música. Ya seguiremos hablando en otro momento.

—Seguro que sí, mi señor. Seguro que sí.

Cuando a la mañana siguiente Inés fue a ayudar a vestirse a Amicia, le sorprendió que ésta se dejara hacer, ya que normalmente se negaba a que la ayudara.

— ¿Qué te ocurre, mi niña? ¿Qué te aflige? ¿Mal de amores? —le decía mientras le trenzaba su bonito cabello.

— ¿Cómo lo sabes, Inés? Al fin y al cabo me conoces desde hace sólo unos días.

—Por eso precisamente. Porque tienes ojos de enamorada, algo que jamás pude reconocer en la mirada de Amicia. Para mi pobre niña estar casada era una obligación y un suplicio, y temía a su marido como a una vara verde.

—Hombre, Inés, lo que se dice enamorada, enamorada, no lo creo. Es atracción nada más.

—Y nada menos. Así es como lo llamáis en el futuro, pero, al fin y al

cabo, viene a ser lo mismo.

En ese momento llamaron a la puerta y entraron Elvira y Mencía. El rostro de Elvira irradiaba ira en sus facciones arrugadas prematuramente.

—Ya hablaré yo con mi hermano sobre andar por ahí tonteando con esa buscona. Hoy se ha librado porque los hombres han salido de caza, pero ya le amonestaré severamente en cuanto vuelva.

—No es necesario, Elvira. Ya lo arreglaremos él y yo. Ahora, si no os importa, iré a buscar a Teresa. Menos mal que he hecho una amiga —suspiró.

—Ya sabes que nos tienes a nosotras, que somos tu familia.

—Lo sé, Elvira. Gracias por todo.

Al salir al sol de la mañana, divisó a Teresa que salía de detrás de uno de los edificios y se aproximaba con las mejillas arreboladas. Un soldado salió del mismo lugar poco después y se unió al resto de la tropa.

—Vaya, Teresa, ¿aprovechando la ausencia de tu padre?

—Por Dios, señora, sólo estábamos hablando.

—No te estoy recriminando nada, Teresa, al contrario, me encanta que seáis novios.

—No podemos serlo —suspiró—. Pero cuando estoy con él y me dice esas cosas tan bonitas, no me acuerdo de lo que me dice mi padre. Alonso incluso insiste en hablar con él, pero yo se lo quito de la cabeza.

—Ojalá pudiera ayudarte, Teresa, pero todavía no puedo meterme en esos asuntos con el barón. Ya veremos si más adelante.

Siguieron caminando por los contornos del interior del castillo y a Amicia le alegró encontrar un grupo de niños que jugaban con espadas de madera. Se acercaron a ellos y los observaron jugar. Había aspectos de la vida que no cambiaban, cualquiera que fuese la época, como la alegría y las risas de los niños que juegan felices en su mundo de ficción.

Amicia se fijó en uno de los niños que estaba un poco apartado y frunció el ceño. Entre sus estudios y su trabajo llevaba varios años en hospitales para reconocer a un niño con fiebre. Se le acercó y le puso la mano sobre la frente. Notó en seguida el ardor en su piel.

—Hola, guapo, ¿cómo te llamas? —le preguntó.

—Soy Juan, señora —le contestó el niño, que debía andar por los seis o siete años. Se le veía bastante saludable, aunque sus mejillas demasiado sonrosadas delataban la fiebre—. Usted es la princesa de este castillo, ¿verdad?

—No tanto —sonrió Amicia—. Sólo soy la señora o baronesa, aunque puedes llamarme Amicia. ¿Quién es tu madre?

—Se llama María y trabaja en la cocina.

—Muy bien, pues acompáñame un momento a verla.

Cuando llegaron a la cocina, Amicia informó a María del malestar de su hijo y la sirvienta se alarmó.

—No te preocupes, María. Creo que no es nada grave, pero me gustaría subirlo a la torre para tenerlo vigilado —no sabía cómo iba a poder ayudarlo sin medicamentos ni material, pero haría lo que pudiera—. ¿Podrían subir un recipiente con agua tibia y paños?

—Sí, señora —María, Teresa y el resto de los oyentes se quedaron ligeramente confusos. ¿Desde cuándo la señora del castillo de Montsolís cuidaba de los enfermos?

Amicia subió al niño a una pequeña estancia de la torre, que eligió por contar con una pequeña chimenea, le quitó la ropa y lo acomodó en un pequeño catre. Pidió a un sirviente que encendiera el fuego para templar la fría habitación pero sin llegar a caldearla, lo que conseguiría abriendo la ventana de tanto en tanto para no viciar el aire. Se sentó en la cama al lado de Juan y le comprobó el pulso, la respiración y las articulaciones. Acercó una vela a sus oídos y garganta y se tranquilizó al comprobar que la tenía bastante

roja e inflamada. Aunque no dispusiera de antiinflamatorios, esperaba que unos cuidados básicos y la buena alimentación que suponía que tendría, fueran suficientes para su recuperación.

Cuando se presentaron con el agua y los paños, Amicia hubo de conservar la paciencia para hacerles comprender que no debían enterrar al niño bajo una montaña de mantas, sino taponarlo sólo con una ligera colcha, y que ella se encargaría de pasarle paños con agua sobre el cuerpo si subía más la fiebre. Desechó las opciones propuestas por los allí presentes, como cirujanos para sangrar o sacerdotes con agua bendita.

—Estén tranquilos, yo me encargo. Por favor, María, ¿podrías preparar una infusión de tomillo y manzanilla con miel y limón?

—Ahora mismo —y corrió escaleras abajo.

Amicia estuvo casi todo el día cuidando de Juan. Le daba a beber pequeños sorbos de la infusión y cuando parecía subirle la fiebre le pasaba paños mojados por la cabeza, el cuello, el pecho y los pies. No llegó a subirle demasiado, pues realmente no era más que una inflamación de garganta, pero a los niños les sube rápidamente la temperatura por ello y no se fiaba que empeorara. No quería ni pensar en cuando alguien enfermara allí con los precarios medios de esa época. Sintió alivio por un momento al pensar en el castillo de Montsolís, cuidado, limpio y bien abastecido.

Por la tarde aprovechó para descansar y comer algo mientras la reveló María, la madre del pequeño, pero volvió al caer el día, pues aunque mejoraba no quería perderlo de vista.

No sabía lo tarde que sería, cuando, dormida a los pies de la cama, una mano le tocó el hombro.

—Amicia, despierta.

—¿Guillem? ¡Oh!, ¡Me he quedado dormida! —y se apresuró a posar su mano sobre la frente de Juan, el cual le respondió con una sonrisa.

—Buenos días, baronesa. Tengo hambre —y observando esa mellada

sonrisa infantil, Amicia se sintió feliz.

—Como puedes comprobar, ya está mejor —le dijo Guillem—, así que ya puedes irte. Le he dicho a María que puede dejarlo aquí hasta que mejore y las sirvientas lo cuidarán.

—Gracias, Guillem.

—He pedido que te preparen un baño y un buen almuerzo y luego podrás descansar.

—Suenan muy bien, gracias otra vez —le miró y quiso decirle algo más, pero al llegar a la puerta de su habitación, Guillem le pasó la yema de los dedos por la mejilla y se marchó.

Metida en la tina de baño, Amicia se sintió en la gloria. No entendía por qué la historia se empeñaba en alimentar la creencia de que en esa época la gente estaba sucia, no se lavaba y olía mal, ya que veía con asiduidad cómo se preparaban tinas con agua, recipientes para la cara y las manos y todo el mundo se lavaba las manos antes de comer.

Sabía por Teresa que la gente de la aldea casi siempre recurría a bañarse en el río. Y en cuanto al olor... ella recordó el olor de Guillem, limpio y masculino.

—Te traeré más toallas, querida —oyó decir a Inés mientras ella se relajaba con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y el agua perfumada masajeándole el cuerpo.

Al cabo de unos minutos, oyó abrirse la puerta y, sin moverse, habló creyendo que era Inés con las toallas.

—Un momentito, Inés. Aquí se está tan bien...

—Perdón Amicia, pensé que ya estarías vestida y comiendo.

— ¡Guillem! —Rápidamente se enderezó y procuró que sus pechos quedaran bajo el nivel del agua cubriéndose con las manos—. ¡Podrías haber llamado a la puerta!

—Lo siento, ya me voy —pero aprovechó ese instante para no perder de vista cada detalle de la imagen que se le había regalado. Su esposa, con el largo cabello mojando el suelo, su rostro de sorpresa, tan húmedo y sensual, y el pequeño atisbo de sus pechos, de los que había podido vislumbrar por un segundo sus puntas rosadas.

Cerró la puerta suavemente y Amicia se sintió decepcionada. Por un instante se le apareció ante sí la imagen de Guillem sacándola de la tina para tenderla sobre la cama y lamerle su piel mojada. Ese hombre despertaba en ella una sensualidad que ignoraba pudiera poseer.

Después de comer y descansar, Amicia se sintió maravillosamente bien. Visitó a Juan y lo encontró animado y jugando ya con otros niños. Le recordó a su madre que siguiera dándole mucho líquido, como infusiones o sopa.

Al escuchar los sonidos que provenían del comedor, pensó que ya debía de ser la hora de la cena y subió a cambiarse de ropa. Hizo un recuento de los vestidos que tenía y decidió ponerse uno que le había encantado nada más verlo, de seda en color crema, con las mangas ajustadas y el escote bordeado por una bonita joya. Era increíble cómo, en poco tiempo, se había acostumbrado a llevar esos vestidos y no echaba de menos sus vaqueros ajustados y sus tops.

Cavilando mientras subía las escaleras y enfilaba uno de los pasillos, se topó con Isabel y su prima Leonor. Pensó en pasar de largo para que nadie le aguara su magnífico día, pero parece ser que la chica-modelo-medieval estaba por amargárselo.

— ¿No bajará a cenar la señora baronesa? —le dijo con voz petulante.

—Lo siento, pero sí bajaré. ¿Ustedes bajan ya? —“zorra” , pensó.

—Por supuesto. No podría negarme a la hospitalidad del barón. Él sí que sabe cómo hacer disfrutar a sus invitados durante una cena —la miró fijamente—. Y después, si se terciara.

*Lo dicho, una auténtica zorra*

— Ya, pero esta vez procurad dejar libre mi lugar al lado del barón. Nos vemos en la cena.

Como había predicho, esa mujer ya le había agitado la fiesta. Se cambió, bajó al comedor, y lo primero que divisó fue a Guillem en la mesa hablando con Isabel. Ésta le tenía la mano sobre el antebrazo, la boca cerca del oído, y se restregaba contra él como una gata en celo. Todo el buen humor de Amicia se esfumó como por arte de magia. Se acercó a la mesa, echó una mirada colérica hacia la mujer y ésta se apartó a otro lugar de la mesa.

—Amicia, ¿has descansado? —le preguntó Guillem.

—Sí, gracias —dijo secamente.

—Creo que el pequeño Juan se encuentra mejor, gracias a ti. Pero podrías haber pedido más ayuda. Todavía no estás del todo bien y no deberías pasar toda la noche tú sola pendiente de un enfermo.

—Claro, mejor pasar la noche en brazos de tu amante.

— ¿Qué estás diciendo Amicia? ¿A qué viene eso?

—No te hagas el tonto, Guillem. Sé que tuviste una aventura con esa buscona y está más que claro que aún la tenéis.

— ¿Y eso te disgusta, Amicia? ¿O tal vez crees normal que otra mujer me dé lo que tú no me das? Incluso puede que así te dé un respiro —Guillem no sabía por qué, pero de pronto se encontró con la necesidad de agujonear a su esposa. A pesar de todo él le era fiel y ella lo creía acostándose con otra. Se hubiese echado a reír si el asunto tuviese alguna gracia.

—Es por la gente, que empieza a murmurar. A mí no me importa en absoluto.

— ¿Seguro que no te importa, Amicia? —susurró—. ¿No te importa que la tenga desnuda en mi cama y le haga el amor, cuando debería ser mi esposa la que se abriera de piernas para mí?

—Vete al infierno —le dijo ella en voz baja. Y sin poder seguir allí por

más tiempo, se levantó de su asiento y, reprimiendo las ganas de darle una bofetada, le plantó el dedo corazón frente a él y dijo—: ¡Qué te den, maldito capullo!

Amicia se fue del salón y subió corriendo las escaleras hacia su habitación. Ya no temía perderse por el camino como la primera vez que hizo lo mismo, aunque por motivos muy diferentes. Igualmente, entró, cerró la puerta tras de sí y se lanzó sobre la cama.

¿Por qué todo le salía tan mal? Desde que llegó todo había ido de mal en peor, primero con su marido y ahora con esa odiosa mujer.

Había llegado el momento de sincerarse consigo misma. La culpa sólo era de ella, de nadie más. Ella había sabido desde el principio su cometido, el cual ya debería haber tenido lugar la primera noche que él le pidió que fuera a su cama y ella saliera huyendo. Y no porque no le deseara. Lo había deseado desde la primera vez que vio su imagen en medio de su salón. Pero había huido por miedo. Por miedo a acercarse demasiado a él sabiendo que todo tendría un final. Y hacer el amor con él era acercarse demasiado, sentirlo demasiado. Eso era, realmente, lo que la había hecho comportarse de manera tan torpe.

Un instante estaba sobre la cama lamentándose y al otro se había levantado y se había cambiado de ropa de nuevo. Enderezó la barbilla, y se dispuso a salir de la habitación para poder aclararlo todo con él. Caminó por el corredor escasamente iluminado a pesar de las antorchas, y al torcer la primera esquina que la dejaba frente a los aposentos de Guillem, se paró en seco. Una mujer, mejor dicho, Isabel, entraba en ese momento por la puerta y la cerraba tras de sí. Aunque lo sospechara, la rabia, la incredulidad y la desesperanza se apoderaron de ella.

— ¡No! ¡No, no, no! ¡Guillem! —Gritó corriendo hacia la puerta—. ¡Abre ahora mismo! —Y comenzó a aporrear la gruesa madera como una posesa—. ¡Guillem, abre la puerta! —siguió gritando hasta que una mano fuerte la agarró de un brazo y tiró de ella hacia el interior del aposento.

—Deja de gritar, Amicia, o se presentará la guardia nocturna para ver qué ocurre. ¿Qué haces aquí?

— ¿Que qué hago yo aquí? ¿Y me lo preguntas a mí en vez de a ella? — dijo señalando a Isabel.

—Precisamente —dijo la mujer— soy yo la que tiene algo que hacer aquí.

— ¡Cállate, zorra! ¡Búscate a otro a quien tirarte esta noche! —gritó Amicia.

— ¡Basta las dos! —Cortó Guillem— ¡Amicia, cállate de una vez! Y tú, Isabel, márchate ahora mismo de aquí. Yo no te he invitado a venir esta noche ni ninguna otra noche. Te he dicho muchas veces que aquello se acabó.

—Pero Guillem, amor —se acercó a él y le puso las manos sobre el pecho—, sabes que yo puedo hacerte muy feliz, y no esta... mojigata.

—Vete, Isabel —le abrió la puerta y la sacó al pasillo pese a sus protestas. Luego puso el cerrojo y se puso frente a su esposa—. Ahora, Amicia, ¿vas a decirme qué haces aquí?

—Yo... hablar contigo...

— ¿Qué quieres de mí, Amicia? —la interrumpió.

Amicia lo miró a los ojos. Había llegado el momento de la verdad.

—Quiero ser tu mujer —le dijo mirándolo fijamente.

— ¿Mi mujer? Estar casados no es suficiente, Amicia. Hace falta algo más.

—Algo..., ¿cómo esto?

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Amicia tiró de lazos y cordones de su vestido, hasta que cayó sobre sus caderas y de ahí al suelo. No llevaba nada debajo, ya que en su habitación se había despojado de la camisa interior. Luego desató el lazo de su trenza y dejó libre la cortina de su cabello, cayéndole como una cascada sobre los hombros y el pecho.

—Amicia —gimió Guillem.

Por fin, la visión que había inundado sus sueños se hacía realidad. El cuerpo de su esposa se presentaba ante él en toda su desnudez. A la luz de las velas y del fuego parecía un hada que hubiese venido a tentarle. Ella se acercó a él y le puso un dedo en los labios.

—Chsst, déjame verte también —le cogió el bajo de la camisa y tiró para sacársela por la cabeza. La imagen de ese torso desnudo la dejaba sin respiración y, como muchas veces había deseado, le besó una de sus cicatrices a la altura del esternón. Y luego otra, y otra...

—Amicia —volvió a gemir—, déjame verte y tocarte. Besarte...

Guillem la cogió por la nuca y la besó con el ardor y la furia que llevaba guardados tanto tiempo, como si quisiera bebérsela. Aún así, paró por un instante. Necesitaba saborear el momento.

—Amicia, te he deseado tanto —bajó las manos por sus hombros hasta llegar a sus pechos, erguidos y suaves, que masajeó con sus palmas callosas pero tiernas en sus caricias, y pellizcó suavemente sus puntas erectas. Seguidamente, y sin poder reprimirse más, se metió uno en la boca y lo lamió enfebrecido. Hacía tanto tiempo que no saboreaba la piel caliente de una mujer... de su mujer.

A Amicia, la visión de la cabeza de Guillem mientras lamía sus pechos, le pareció lo más erótico que había visto en su vida, y el placer que le proporcionaba, el más ardiente y maravilloso. Él no dejaba de tocarla por todas partes, y ella hizo lo mismo, pasándole las manos por la espalda, los anchos hombros y el sedoso cabello. Gimió profundamente al sentir los labios de Guillem en su cuello y sus dedos enredados en los húmedos rizos de su sexo.

Sin esperarlo, perdió el equilibrio al sentir que Guillem la cogía en brazos y la depositaba sobre la gran cama, para observarla allí unos instantes, gloriosamente desnuda, mientras él se quitaba las botas y los pantalones. Luego se tendió sobre ella, sus cuerpos tocándose por entero, piel contra piel. Guillem cerró un momento los ojos, para inspirar su perfume femenino y para

intentar calmar el ardor de su cuerpo, si no quería acabar demasiado pronto.

—Hermosa Amicia —le dijo mientras rozaba con la suavidad de una pluma las facciones de su rostro—. Perdona por todo lo que te dije estos últimos días. Era la frustración de mi cuerpo quien hablaba por mí.

—Lo sé. Y tú a mí por ser tan torpe. Eran los celos los que lo hacían por mí —hizo una mueca.

—Jaque mate—rió Guillem, y Amicia sintió la vibración de esa risa en su pecho —, pero quiero que sepas que entre Isabel y yo no ha habido nada desde hace mucho tiempo.

—Ni me la menciones. Aunque con lo apetecible que estás, entiendo que en el pasado tuvieras muchas mujeres, pero espero que en tu presente esté sólo yo.

—Y esto —dijo Guillem empujando sus caderas contra las de ella—, es nuestro presente.

Comenzó de nuevo a besarla, profundamente, mientras volvía a rozar sus pezones con sus ásperas manos. Bajó para besar su cuello, sus pechos, el estómago, hasta llegar a algo que le había llamado la atención nada más verla desnuda: un lunar en la parte derecha de su cintura, el cual lamió con su lengua mientras ella gemía cada vez más y hacía fuerza con sus caderas hacia arriba buscando la unión total.

—No puedo esperar más, Amicia.

— Yo tampoco, Guillem, por favor...

Guillem comenzó a penetrarla lentamente, mientras el sudor perlaba su frente y sus sienes, esperando que ella se adaptara a su invasión. Por fin pudo entrar en ella por entero y sus caderas embistieron, cada vez más rápido, y su cuerpo se perdió en el placer inmenso que lo envolvió.

A Amicia le costó un poco aceptar el cuerpo de Guillem. Sólo lo había

hecho una vez, hacía como mil años ya, y con un hombre de la mitad del tamaño del señor de Montsolís. Pero sintió cómo su cuerpo se amoldaba perfectamente, recibiéndole por entero y sintiendo que encajaban como dos piezas de un puzzle. Cuando él empezó a moverse, ella empezó a subir, y a subir, hasta que cayó de golpe, por una espiral de placer como nunca imaginó pudiera existir, y estalló en pedazos. Y cuando oyó que él gritaba, se emocionó pensando que ahora sentía que ese hombre le pertenecía, y ella a él, aunque los separaran ocho siglos de existencia.

Guillem se dejó caer a su lado, esperando recuperar su respiración, pero sin salir todavía de su cuerpo. Llevaba demasiado tiempo esperando ese momento y se resistía a terminar.

—Todo ha ido un poco rápido —se lamentó Guillem—. Pero hacía demasiado tiempo de la última vez, que, por cierto, no tuvo absolutamente nada que ver con ésta.

Pareces otra mujer, Amicia, y ha merecido la pena esperar para este cambio.

—Tú también mereces la pena, Guillem. Y no me importa que haya sido rápido. Podremos recuperar el tiempo perdido —le dijo ella peinando con sus dedos los húmedos cabellos que le caían por la cara como seda negra.

—Todavía no he tenido suficiente de ti. Es más, no tengo ni para empezar. ¿Qué te parece comenzar ahora mismo a recuperar ese tiempo? —Le dijo él comenzando a moverse de nuevo—. Además, dispondremos de toda la vida para recuperarlo.

—Por supuesto —. Amicia lo volvió a sentir duro y grande en su interior, mientras se dejaba arrastrar de nuevo por la espiral de placer que sólo ese hombre podría proporcionarle.

*Toda la vida.* Por un segundo, y sólo por un segundo, Amicia buscó en su mente el significado de esa frase. En ese momento, para ella, carecía de sentido.

# CAPÍTULO 6

*¡Qué bien sienta desperezarse por la mañana!*, pensó Amicia cuando hizo lo propio al sentir los rayos de sol matutinos calentar sus párpados. Se sentía satisfecha, llena, un poco dolorida. No era para menos. Guillem le había hecho el amor durante toda la noche, perdida ya la cuenta de las veces. Se habían limitado a dormitar un poco entre cada ocasión, hasta que él la tocaba y besaba y vuelta a empezar.

Eso sí que era recuperar el tiempo perdido, sonrió para sí. No era momento para pensar en el futuro. Hoy no.

Guillem se habría levantado hacía ya horas, así que saltó desde la cama, se puso una camisa que encontró de él y comenzó a dar saltos por la habitación mientras cantaba “Wake me up”, de Avicii:

—“So wake me up when it’s all over...”

—Vaya —interrumpió Inés—, parece contenta.

— ¡Inés! —corrió hacia la mujer y le estampó un beso en su arrugada mejilla— ¿Se nota mucho? —le dijo riendo.

—Si tenemos en cuenta que estás bailando y cantando —música extraña, por cierto—, que estás en los aposentos de tu marido y llevas puesta su camisa... Y, por si te interesa saberlo, esta mañana vi marcharse a Isabel, con su prima y el resto de caballeros y escolta. Guillem la “invitó” a marcharse.

—Pues entonces la alegría es completa para mí. Espero que no haya ningún problema con su tío y Guillem.

—No, parece ser que ella ha alegado no encontrarse bien. Es lo mejor para todos. Esa mujer no podía traer nada bueno. Y ahora, si crees que lo necesitas, te prepararán un baño en tu habitación.

—Sí, gracias, Inés —se ruborizó—, me iría bien.

—No te avergüences, querida. Tal vez ya esté en marcha nuestro esperado heredero.

Amicia se dejó caer sobre la cama. La cara le cambió de repente, pasando de la comedia al drama como las dos máscaras del teatro. Se llevó las manos al vientre, pensando en la posibilidad de haber engendrado ya un hijo de Guillem, y sintió un inmenso orgullo.

Aparte de pánico, claro, por el parto, porque tendría que dejar allí a su hijo y a Guillem,... por todo. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Ahora no pienses en eso, mi niña —Inés se acercó a ella y le cogió las manos entre las suyas, blancas y huesudas—. Es lo mejor, sino te volverás loca.

Seguro que ya lo estaba. Si se paraba a pensarlo, estuvo loca de remate desde el momento en que aceptó hacer aquella locura. Ahora no había marcha atrás.

Tomó un baño en su habitación y, al mirar alrededor de aquella triste estancia, se le ocurrió que lo más práctico sería trasladar sus cosas a los aposentos de su marido.

Llamaron a la puerta y era su cuñada Mencía. Resultaba de lo más extraño verla sin su eterna sombra, Elvira.

—Buenos días, Amicia.

—Buenos días, Mencía. Estaba pensando... ¿sería posible trasladar mis cosas a la habitación de Guillem? —Mencía sonrió y Amicia no pudo evitar ruborizarse de nuevo.

Estaba claro lo que había pasado aquella noche y daba la impresión de que todo el mundo en el castillo se había enterado.

—Por supuesto. Mandaré que lleven tu ropa y tus enseres.

—Gracias —Amicia se fijó más detenidamente en el rostro de su cuñada. En realidad debía ser más joven de lo que le había parecido en un principio. Se la imaginó con el pelo teñido, sin el austero moño y con ropas de color modernas, y le calculó unos cuarenta años.

—De nada. Hacía tiempo que no me sentía útil. Parece ser que mis consejos para atraer a tu marido no fueron nada mal.

—Ya has visto que no —Amicia la miró con otros ojos. ¿Qué sabía esa mujer sobre seducción?

—No me mires con esa cara. Tal vez ya esté vieja, pero todavía soy una mujer y siento como tal —ahora fue ella la que se ruborizó.

—Mencía, ¿hay algo que quieras contarme? —¿Sería posible que esa mujer tuviera una relación clandestina con un hombre del castillo? ¿Y cómo habría podido esquivar a su hermana? Le pareció de lo más emocionante.

—En otro momento, no me seas impertinente. Y ahora vístete y baja a comer algo, que últimamente parece ser que te apetece comer nada más levantarte.

Después de pasar por la cocina, Amicia se dirigió al gran salón, siguiendo los ecos de los murmullos que escuchaba. En una gran mesa, Guillem departía con el resto de caballeros y con los soldados. Le había visto hacerlo en alguna ocasión después de los entrenamientos.

Se quedó parada observando desde la puerta. Guillem hablaba, gesticulaba y escuchaba con los modales de un caballero, cuando unos momentos antes, como ella ya había comprobado, había estado practicando con la espada como un temible soldado. Era una interesante mezcla de caballero y guerrero, de refinamiento y fuerza. Se sorprendió verse tan atraída por un hombre como aquel. Siempre le habían atraído los hombres con caras aniñadas, de mirada y modales dulces, delgados y rubios, como Óscar. Y resulta que ahora estaba colada por uno grande, fuerte y musculoso, con un rostro surcado de cicatrices y con los modales típicos de un señor feudal.

Los hombres se levantaron para salir al patio, y Guillem se dirigió

directamente a ella.

—Buenos días, esposa —dijo recalcando la última palabra, que ahora tenía una connotación diferente para ambos.

—Buenos días , esposo —Guillem se inclinó y le besó el dorso de la mano, mientras la miraba por encima con ojos brillantes—. ¿Hoy no vas a salir?

—No, mañana, seguramente. Hoy tengo unas cuentas pendientes de cuadrar, ya que Pedro ha ido a visitar a un comerciante muy importante.

— ¿Puedo acompañarte? —le preguntó ella ilusionada.

—Va a ser algo muy aburrido, Amicia —decía mientras entraban en la estancia que era una especie de despacho y biblioteca.

—No me importa. Podría ayudarte.

— ¿Ayudarme? —Guillem se sintió confuso.

— ¿Qué pasa? ¿Piensas que no voy a saber sumar por ser mujer?

—No es eso. Es sólo que... bueno, realmente no sé hasta dónde has sido educada.

En realidad no sé mucho de ti.

—Pues por si te interesa saberlo, los números se me dan bastante bien —alargó la mano para coger un pergamino desenrollado sobre la mesa y se sentó.

La escritura era un poco complicada, pero tras echarle un vistazo por encima y hacerle un par de preguntas a Guillem, fue capaz de determinar las cifras que correspondían.

—Impresionante.

— ¿Qué te creías, señor machista-medieval?

— ¿Cómo me has llamado?

—Nada, lo siento —en realidad no podía quejarse de él. Para ser un barón del siglo XIII, al menos—. Gracias por dejarme ayudarte. Y gracias por hacer que Isabel se marche.

—No tienes que agradecerme nada. Yo sólo era un capricho para ella y está acostumbrada a recibir todo lo que se le antoja.

—Ya te consiguió una vez.

—Amicia, sabes que pasó hace tiempo.

—Lo sé, perdona. Reconozco que es una mujer muy hermosa.

—Sí, lo es.

—Y muy elegante.

—Estoy de acuerdo.

— ¡Eh! ¡Qué se supone que me lo tienes que negar!

— ¿Por qué? —la miró con ojos pícaros.

—Pues... porque... porque...

Y de repente él se echó a reír. Una sonrisa franca, dejando ver sus blancos dientes. Se le formaron unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos, y sin embargo, pareció más joven y relajado.

Y encima me hace reír

—Muy gracioso —dijo poniendo los ojos en blanco, pero riendo al mismo tiempo.

Esa noche, lo que se encontró Guillem al entrar en su recámara, superó todas sus expectativas. Amicia, sentada frente al fuego sobre una piel de oveja, se cepillaba el largo cabello mirándose en el espejo que él le había

regalado por su boda, parecía que en otra vida.

—Hola, Guillem. Siempre había querido hacer esto, ver cómo mi marido me mira mientras me cepillo el pelo.

—Y yo verte hacerlo —le contestó él. Se acercó a ella y le quitó de las manos el peine y el espejo y los dejó sobre la cómoda que nunca había estado allí—. Veo que mis aposentos son ahora nuestros aposentos.

—Supongo que tendría que haberte dicho algo —hizo una mueca.

—Me parece perfecto.

—¿Haber traído mis cosas o no haberte pedido permiso?

—¿Disfrutas desafiándome?

—De vez en cuando.

—Pues ahora me toca a mí —dijo él mientras le hacía resbalar la bata por los hombros hasta caer a sus pies.

—¿Y cuál es tu desafío? —preguntó ella, estremeciéndose ya al notar que Guillem le pasaba la yema de sus dedos por el lunar de su cintura.

—Que dure más que ayer —susurró.

Los problemas que siempre había tenido para descansar parecían haber desaparecido en las últimas noches. Parece ser que una mezcla de paz ambiental, junto a una espectacular noche junto a ese pedazo de hombre, eran la mejor terapia relajante.

Amicia abrió los ojos y se sorprendió al ver el suelo. Se encontraba boca abajo en la cama, con la cabeza colgando por el borde y con la sábana enredada en las piernas.

Vaya nochecita. El desafío de Guillem se llevó a cabo con creces. El muy... incluso llegó a hacerla suplicar. Ya le llegaría a ella el turno de vengarse.

Se dio la vuelta al escuchar ruido metálico. Guillem llevaba puesto todo el atuendo de un señor de la guerra, la cota de malla, la espada, las botas y la sobreveste de color verde. Se fijó esta vez en el escudo bordado, el cual ya había visto en multitud de estandartes decorando el salón. En una mitad estaban las barras rojas y doradas, como la senyera catalana, y en la otra mitad, cuatro círculos rojos sobre un fondo dorado, que era el símbolo de la casa de Bearn. Todo junto pasaba a ser el símbolo de la Baronía de Montsolís y de Bearn.

Amicia se incorporó de golpe ignorando su propia desnudez.

— ¿Dónde vas?

—Voy al pueblo. Ha habido algunos problemas que tengo que solucionar. Vendrán conmigo algunos caballeros y una guarnición de soldados.

— ¿Será peligroso?

—No.

— ¿Puedo acompañarte?

—No.

— ¿Ya estamos otra vez? —se enrolló la sábana alrededor del cuerpo y se levantó para ponerse frente a él.

—Amicia, no tengo tiempo para explicaciones. Quédate en la cama, es temprano.

—Pensé que ahora teníamos más confianza —le decía mientras palpaba con los dedos el escudo bordado de su pecho.

—Ya te lo explicaré a la vuelta. Ahora he de irme. Pero antes... —le dio un tirón a la sábana y la atrajo hacia él para besarla profundamente.

Amicia sintió la dureza del frío metal contra sus pechos. Quiso protestar, pero no podía renunciar al placer que le proporcionaba un beso de Guillem.

Aunque supiera perfectamente que se trataba de una maniobra de distracción.

—Volveré tarde —se despidió él. Se puso los guantes de cuero y salió de la habitación.

Amicia observó por la ventana. Lo vio subirse ágilmente a su caballo blanco y ponerse a la cabeza del grupo mientras pasaban sobre el puente levadizo, hasta que se perdieron entre una nube de polvo que se confundía con la húmeda niebla de las primeras luces del día.

No tenía tiempo que perder. Comenzó a rebuscar por entre los arcones y baúles de la habitación hasta encontrar todo lo que necesitaba. Se puso primero unos pantalones, o calzas de lana de Guillem, que tuvo que enrollarse varias veces en la cintura. Su camisa, un vestido grueso, unas botas y la única capa con capucha que había encontrado entre sus ropas. Salió por la puerta con sigilo y bajó hasta la planta baja. Cuando salió al patio, se ajustó la capucha y se apretó la capa contra el cuerpo, pues la humedad de la noche todavía era visible en la neblina de la mañana. Caminó entre las sombras, pegada a las paredes de los edificios colindantes, hasta llegar a los establos. Era hora de comprobar si las lecciones de hípica recibidas habían servido para algo. Esas clases habían estado incluidas en las estancias en diversas casas rurales del Pirineo, donde solía ir varias veces al año con el grupo de senderismo del centro juvenil del barrio.

Se acercó a una yegua que ya le había comentado Teresa lo dócil que era y que se preservaba para principiantes y para algunas visitas que preferían paseos tranquilos. La acarició, le ofreció una de las manzanas que había visto al entrar en un cesto y esperó a que se fuera acostumbrando a ella. La ensilló, le colocó las riendas y tiró de ella hacia la salida.

Se montó en ella y, despacio, salió por las puertas del castillo hacia el exterior de la muralla.

Aquello era como montar en bicicleta y, en cuanto se vio fuera del alcance de los guardias, comenzó a galopar más aprisa. Aunque el sol ya era completamente visible, el viento frío le daba en el rostro y le había echado la capucha hacia atrás, haciéndole ondear su larga trenza. Amicia rió con deleite.

Le encantaba la naturaleza, y galopar por un enorme prado en aquella época, le parecía naturaleza en estado puro.

Ahora, sólo tenía que atravesar un pequeño arroyo, el bosque que siempre admiraba desde la ventana, y justo detrás, se encontraba el pueblo. El arroyo no fue problema, pero cuando entró en el bosque se dio cuenta de que era demasiado tupido, con frondosos pinos, abetos, encinas y robles, que apenas dejaban pasar la luz del sol. Aminoró la marcha y observó a su alrededor. Había una zona más despejada, por donde se supone que pasarían caballos, pero, ¿dónde estaba el camino por donde pasaban los carros que iban y venían del castillo al pueblo?

Amicia quiso darse de puñetazos. Su sentido de la orientación siempre había sido pésimo. Ni siquiera recordaba dónde dejaba el coche cada vez que lo aparcaba en un parking público. Por primera vez, desde su maravillosa idea de salir corriendo al pueblo tras

Guillem, sintió miedo. Siempre había escuchado que cuando alguien se perdía, tendía a ir en círculos, y eso era lo que le estaba pasando a ella.

¿Desde cuándo le daban a ella esos arrebatos? ¿Desde cuándo era tan impulsiva?

Respiró profundamente y contó hasta diez. Tenía que serenarse y ser positiva. El miedo era un mal compañero de viaje. Pero cabalgó durante lo que le parecieron horas, y seguía sin encontrar la salida, ni hacia el pueblo ni de vuelta al castillo.

De pronto, aguzó el oído y le pareció escuchar cascos de caballos en la lejanía, sin saber si eran imaginaciones suyas, debido al efecto del cansancio y el hambre que comenzaba a sentir. Pero no, eran caballos, y cada vez más cerca, así que galopó en esa dirección, riendo y llorando al mismo tiempo, mientras imaginaba a Guillem encontrándola allí, sola y perdida.

Cuando las siluetas de los jinetes se iban acercando, Amicia frunció el ceño. Aquellos hombres no eran un grupo de soldados, ni reconoció a Guillem en ninguno de ellos. Vestían ropas parecidas, pero ajadas y descoloridas, y sus cabellos y barbas estaban descuidados y enmarañados. Cuando quiso

escabullirse de allí, ya era demasiado tarde. La habían rodeado.

—Miren lo que tenemos aquí, un rico pastelito para nosotros —dijo el que parecía el cabecilla, mostrando una sonrisa diabólica con sus oscuros dientes.

—No os acerquéis —el corazón de Amicia le golpeaba el pecho con fuerza pero intentó disimularlo—. Soy la baronesa de Montsolís.

—¿La señora de Montsolís cabalgando sola por aquí? —el hombre rió con fuerza y el resto lo imitó—. ¿Y con esas ropas de campesina? —y siguieron con sus risas y burlas.

—Exactamente. Así que dejarme marchar ahora mismo y no recibiréis ningún castigo por parte del barón.

—No amenaces, pequeña —dijo el hombre ya serio—, así que haznos un favor a mí y a mis hombres, que llevamos semanas cabalgando, y saldremos todos ganando.

A Amicia la invadió el pánico y giró las riendas para marcharse de allí, pero no tenía nada que hacer contra aquel grupo con aspecto de salvajes. Casi sin darse cuenta, la habían sacado del caballo y la habían tendido en el suelo boca arriba. Cuando se vio allí tumbada y rodeada por esos hombres, hizo ademán de levantarse, pero el cabecilla la inmovilizó con sus piernas.

—¡Quédate quieta! Me gustan las mujeres que arañan un poco, pero no tanto.

—¡Quítate de encima, cerdo! ¡Suéltame! —y comenzó a patlear y arañar con todas sus fuerzas.

—¡Maldita furcia! —Dijo asestándole un puñetazo a Amicia en la sien cuando notó la rodilla de ella cerca de su entrepierna—. Así está mejor, tranquilita, que mis hombres esperan impacientes su turno.

Entre la bruma de la inconsciencia, sintió cómo ese hombre le subía las faldas hasta la cintura y, con una afilada daga, le desgarraba las calzas de lana,

el corpiño del vestido y la camisa, dejándola totalmente expuesta. Olió su fétido aliento mientras le manoseaba los pechos con una mano, y con la otra seguía sujetando su daga.

—Tranquila, pequeña, seré rápido. Aunque el resto de mis hombres... — y estos empezaron a gritar y corear a su jefe, que reía escandalosamente.

*No puede ser. ¿Todo para acabar así, violada y muerta en un bosque y ser pasto de hienas y buitres? ¿Y que lo último que vea en mi vida sea el rostro de esa abominación? Si pudiera ver a Guillem por última vez, una sola vez...*

Abriéndose paso en la consciencia, pero sin querer abrir los ojos, escuchó con claridad gritos de hombres, que la obligaron a abrirlos de nuevo para ver cómo el hombre que intentaba violarla transformaba su rostro en una mueca de terror. Vio cómo, con los ojos ya sin vida, dejaba caer la daga de entre sus dedos al notar la flecha entrar en su espalda, y un hombre con fiera expresión, se acercaba a él por detrás, y le remataba degollándolo frente a ella. Amicia notó la humedad de la sangre caliente en su rostro.

Guillem apartó de una patada al agresor y la incorporó arrodillándose frente a ella.

*¿Guillem?*

— ¡Dios Todopoderoso, Amicia! ¿Estás bien? —le decía mientras le pasaba la mano por la hinchazón del lado izquierdo de su rostro.

— ¿Eres tú de verdad, Guillem?

—Sí, Amicia. Por suerte soy yo —le acomodó las ropas como pudo y le colocó la capa sobre los hombros.

—Oh, gracias a Dios, Guillem —quiso rodearle el cuello con sus brazos pero él se lo impidió.

— ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Qué haces tú sola en medio del bosque? ¿Es que no vas a parar de desafiarme todo el tiempo? —gritaba él

mientras la zarandeaba por los hombros hasta que parecieron castañetearle los dientes.

Amicia volvió a sorprenderse al ver ese rostro tan fiero, el mismo que había podido observar al verle degollar a su asaltante sin dudarlo un segundo.

¿Era su apasionado amante también un guerrero dispuesto a matar cuando se terciara?

Por supuesto que sí.

*¿Qué te creías? ¿Qué un señor feudal del siglo XIII se dedicaba únicamente a hacer fiestas, a complacer a su esposa o a componer poemas como un trovador?*

—Lo siento, Guillem, sólo quería ir al pueblo.

— ¡Y lo haremos! Pero ya te dije que otro día, que hoy no era el momento adecuado.

— ¡Pero siempre me dices lo mismo! Otro día, otro momento. Yo no puedo estar todo el día en el castillo bordando o eligiendo el menú.

— ¿Y desde cuándo piensas así, Amicia? Yo no puedo adivinar que ahora, de repente, quieras participar en mi vida y en la de los demás.

— ¡Pues ya lo sabes! ¡Deja de tenerme en casa como a un florero!

—Amicia —dijo Guillem pasándose la mano por el pelo, procurando tener paciencia —, hoy en el pueblo ha habido varios ahorcamientos, a hombres que yo había juzgado culpables y de los que tenía que dar fe.

—Vaya —susurró Amicia —, tal vez hoy no era momento, pero podrías habérmelo dicho, y lo hubiese entendido —lo miró a los ojos—. Siento todo este revuelo por mi impaciencia.

— ¡Qué lo sientes! ¿Sabes qué hubiese ocurrido si no llegamos a tiempo? ¿Si no nos hubiésemos desviado del camino siguiendo el rastro sospechoso de esos hombres?

—Lo sé, estaría muerta.

—No, Amicia. Hubieses deseado estar muerta.

Hasta ese momento, Amicia no fue consciente del peligro que acababa de pasar. Que un milagro, o la suerte más grande del mundo, habían evitado que acabara tirada en aquel bosque.

Guillem la ayudó a montar en su caballo y él hizo lo propio mientras la acomodaba delante de él.

—Arreglad este desastre —ordenó a sus hombres. Aferró a su esposa por la cintura y espoleó a su caballo en dirección a Montsolís.

Durante el trayecto ninguno de los dos dijo nada. Al llegar al castillo, Guillem desmontó de un salto y ayudó a hacerlo a su esposa, cogiéndola por la cintura, pero sin apenas mirarla a la cara.

Amicia se sentía aturdida. Demasiados sucesos en un mismo día. Salir sola del castillo, perderse en un bosque, atacada y casi violada y, para colmo, Guillem estaba más enfadado con ella que nunca.

¿Qué harían en esa época a las esposas desobedientes? ¿La castigaría Guillem?

— ¡Amicia, alabado sea el señor!

Elvira y Mencía, a la vanguardia de un grupo formado por gentes de la fortaleza, corrían hacia ella. Teresa se abalanzó en sus brazos, con los ojos rojos por el llanto y dando gracias al cielo por que se encontrara bien.

—Dios misericordioso, niña —se quejaba Elvira—, ¿dónde te habías metido? Nos tenías a todos muy preocupados. Casi un ejército ha salido en tu busca.

Rodeada de todas aquellas personas preocupadas por ella, Amicia se sintió abrumada. En tan poco tiempo, y cuánto se había encariñado con todos ellos, y cuánto cariño le estaban demostrando. Su mente todavía no había asimilado el impacto de lo acaecido ese día, pero ella sabía que en cualquier

momento estallaría.

—Vamos, Amicia —la instó Mencía suavemente a subir a sus aposentos—. Te están preparando ya un baño, ropas limpias y algo de comer. Subamos.

Al llegar arriba, se dio cuenta de que la tina con agua humeante, una muda de ropa y una bandeja con comida, se la estaban preparando en su antigua habitación.

¿Ese sería el castigo de Guillem? ¿Apartarla de él?

—Gracias, Mencía —no sabía cómo excusarse—. Lo siento, lo siento mucho.

—No te aflijas —le dijo sonriéndole dulcemente—. El amor, que, por muy sensatos que seamos, a veces nos obliga a cometer las mayores insensateces. Ahora vendrá Inés a ayudarte.

Pero no fue Inés quién primero llegó a la estancia. Al girarse por oír unos toques en la puerta, se giró para comprobar que era Guillem, que con su presencia parecía ocupar todo el vano de la puerta. Y fue justo en ese momento, cuando ya no pudo más, cuando se derramó como una presa a punto de rebosar y estalló en un llanto inconsolable, que le hacía mover convulsivamente sus hombros mientras sus ojos vertían pequeños regueros de lágrimas.

— ¡Amicia! —Guillem corrió hacia ella y la estrechó contra su pecho—. No llores, por favor, no llores.

Pero ella siguió llorando un buen rato, empapando la camisa de Guillem, aferrándose a él, sintiendo su calor y su cercanía, hasta que pareció sentirse más aliviada.

— ¿Estás mejor? —le dijo elevando su rostro hacia él. Aunque estuviera hinchado y enrojecido por el llanto y cubierto por surcos negros de suciedad, le seguía pareciendo el rostro más hermoso que hubiese visto en su vida.

—No sé —contestó ella con voz ronca—. ¿Significa eso que no estás

enfadado conmigo?

—No, Amicia —le dijo separándose de ella—. Sigo estando enfadado contigo. Muy enfadado. Te estrangularía ahora mismo. Te encerraría en la torre más alta o en la mazmorra más oscura y fría hasta que entraras en razón —la cogió por la cintura, puso su frente sobre la de ella y cerró los ojos—. ¿No entiendes que jamás en mi vida había pasado tanto miedo por nadie?

—Hace poco ya estuve a punto de morir...

—Lo sé, pero mis sentimientos por ti han cambiado en pocas semanas, Amicia. Si entonces lamentaba tu muerte, ahora me volvería loco. Lo que no fui capaz de sentir por ti en un año de casados, lo he sentido en los últimos días. Si algo te ocurriera por no poder protegerte, no me lo perdonaría jamás.

—No ha sido culpa tuya, Guillem. Me he portado como una niña mimada y cabezota. A partir de ahora hablaremos primero y dejaremos las cosas claras.

—Esperaba que me prometieras obediencia —le dijo con una pequeña sonrisa ladeada que derritió el corazón de Amicia.

—Como ya te he dicho, de momento, puedo prometerte hablarlo contigo primero —le decía mientras introducía su mano en la abertura de su camisa y jugaba con el oscuro vello de su pecho.

—Ya —dijo él apartándole la mano—. Discutiremos esto en otro momento. Ahora será mejor que te des tu baño antes de que se enfríe el agua, comes lo que te han dejado y descansas en tu cama hasta que te despiertes. Inés te traerá una infusión de melisa.

— ¿Por qué me has desterrado de nuevo a esta habitación?

—No te he desterrado, Amicia. Aquí sola descansarás más y mejor.

—Pero yo prefiero estar contigo —decía ella dándole suaves besos por el cuello.

—No, Amicia, por favor —dijo separándola de él—. Si te quedas

conmigo no podré contenerme, y tú lo último que necesitas en estos momentos es que un hombre te toque, después de la terrible experiencia de hoy.

—Por supuesto que no quiero que ningún hombre me toque. Sólo quiero que tú me toques.

—Estás aturdida y confundida. Mejor mañana terminamos de hablar del tema —y se marchó.

Amicia, resignada, se metió en la tina de agua perfumada, que la relajó más que el masaje del mejor fisioterapeuta. Inés la ayudó a ponerse la camisa de dormir, le trenzó el pelo y colocó frente a ella una bandeja con sopa de pollo, carne de cerdo con salsa de higos y ciruelas, pan y la infusión de melisa. Todo le resultó delicioso, aunque fue incapaz de acabar con toda la comida.

—Y ahora —le decía Inés ayudándola a meterse bajo las mantas—, descansas y mañana será otro día.

En cuanto se encontró sola en aquella triste habitación, en aquella cama solitaria, sus ojos se quedaron fijos en el techo, a pesar de la escasa luz de la única vela que ardía sobre la mesa en un platillo de cerámica. Reconocía que todo el mundo se había preocupado por ella y habían hecho todo lo posible por que olvidara el terror que había vivido, haciendo que se sintiera cómoda y cuidada. Pero a veces sólo puede ser uno mismo el que entienda qué es lo mejor para sí. Y para ella, en ese momento, la mejor medicina era estar junto a Guillem. La infusión había conseguido el efecto deseado de relajarla, pero no era suficiente para hacerla dormir de inmediato.

Decidida, se levantó, se puso una manta sobre los hombros, ya que sus cosas aún estaban en los aposentos de Guillem, y salió hacia el silencioso pasillo. Al llegar, picó levemente a la puerta con los nudillos y Guillem apareció ante ella por un pequeño resquicio.

—¿Qué haces, aquí? Deberías estar durmiendo ya —tiró de ella hacia el interior de la estancia y cerró de nuevo.

La manta que llevaba sobre los hombros resbaló hacia el suelo, al

quedarse tan quieta mientras le observaba. Guillem acababa de terminar su baño y pequeñas gotas de agua le caían por la piel y el cabello. Únicamente un paño a modo de toalla le cubría alrededor de las estrechas caderas.

—Quiero pasar la noche contigo, Guillem. Todas las noches. No me voy a sentir más segura en otro lugar que estando junto a ti.

—Amicia, no creas que yo no deseo lo mismo. Es sólo que no quiero que mis caricias te recuerden a ese hombre que pude ver cómo te tocaba y montaba sobre ti —cerró los puños por la rabia—. Nunca he sentido mayor satisfacción al matar a alguien.

—Precisamente es eso lo que deseo, olvidar —se sacó la camisa por la cabeza—, y tú eres el único que puede hacerlo. Borrar con tus caricias las huellas de las manos de aquel hombre.

Se acercó a él y tiró de la toalla. Le rozó la cicatriz de la mejilla con el dedo y continuó lentamente pasando las manos por el pecho, los hombros, los músculos de sus brazos y el abdomen. Parecía estar acariciando acero envuelto en seda. Se aproximó un poco más para poder tocarle la espalda, los huesos de las caderas, el vello de sus piernas, hasta llegar a su miembro, hinchado y palpitante, de donde brotó una pequeña gota brillante. Amicia se la atrapó con el dedo y se lo llevó a la boca para poder saborear su sabor salado mientras le miraba fijamente a sus penetrantes ojos azules.

— ¿Dónde has aprendido esas cosas, maldita sea? —dijo Guillem cogiéndola súbitamente por la cintura hasta tener sus pechos a la altura de su boca y hundiendo la nariz entre ellos.

—Sólo es lo que tú me provocas hacerte —susurró ella con voz sensual colocándole las piernas alrededor de la cintura—. Quiero besarte por todas partes.

—Tendrás que esperar tu turno —contestó él.

Comenzó a besarla profundamente, acercándose a la cama, donde cayeron los dos juntos, en un remolino de brazos y piernas. Guillem fue trazando un sendero de fuego por todo su cuerpo con sus labios, desde sus

pechos y su abdomen hasta acabar besándola entre las piernas. Cuando sintió que ella se convulsionaba en su boca, se colocó sobre ella, la penetró y la embistió con fuerza, hasta que el inmenso placer le hizo estallar en un grito desgarrador.

—Después de un año sin dejar que me acercara —comenzó a decir Guillem pasados unos instantes, tumbado en la cama, con la cabeza de Amicia sobre el pecho, y acariciándole dulcemente el cabello—, ¿cómo es posible que provoques este deseo en mí, y que el placer que siento contigo no recuerde haberlo sentido nunca en brazos de otra mujer?

—A veces no hay respuestas para algunas preguntas, Guillem —aunque se sentía halagada, ¿qué podía decirle?

—Tal vez —dijo él girándose para colocarse de nuevo sobre ella y poder mirarla a los ojos—, se trate de algo más profundo que lujuria. De algo que no sentí por ti hasta que no te volviste una mujer valiente, audaz y decidida, inteligente e incluso más hermosa.

—No, Guillem, por favor, no confundas lujuria con otra cosa, porque no es más que eso, deseo —no soportaría que Guillem le hablara de amor, ni de sentimientos profundos, sabiendo que un día tendría que abandonarlo. Se resistía a pensar, sobre todo, en lo que ella podía sentir por él. Enamorarse de él quedaba totalmente descartado, prohibido, si no quería sufrir.

— ¿Estás segura?

—Sí, completamente.

Pero Guillem estaba seguro de que había algo más. Con el cambio sufrido por Amicia, parecía haber encontrado en ella todo lo que siempre había deseado en una esposa.

Jamás llegó a pensar que, además, pudiera sentir algo por ella, algo que no se atrevía a pronunciar y que no había sentido por ninguna otra mujer, y que estaba seguro que ella sentía igualmente por él.

Pronto le demostraría que estaba equivocada.

Sólo hubieron de pasar tres días para que Amicia pudiera, por fin, visitar el pueblo de Montsolís. Desde que salieran del castillo atravesando la barbacana, cabalgaron uno junto al otro, flanqueados por un grupo numeroso de soldados. Esta vez rodearon el bosque, a través de un camino por donde se cruzaron con carros que llevaban sacos de cereales, toneles de vino o leña. A su alrededor, campos de cultivo y, más cerca del pueblo, los huertos de los campesinos, de donde se abastecían las familias en su día a día.

Al llegar a la primera agrupación de casas, varios niños se les acercaron corriendo, tocándoles la ropa o el calzado, y dando vueltas a su alrededor, saltando y riendo. Amicia bajó del caballo y desató una bolsa de tela que había llenado esa misma mañana en la despensa. La abrió y les fue ofreciendo a los niños algunos dulces, trozos de pan blanco, frutas o bizcocho, que los niños devoraban en un santiamén.

—Amicia —dijo Guillem desmontando también del caballo—, las personas de este pueblo no pasan hambre. Las cosechas abastecen de cereales suficientes para todo el año, lo mismo que las viñas y los frutales.

—Lo sé, Guillem. Es sólo que a los niños siempre les gustan las golosinas y me gusta verlos felices.

Aunque iban descalzos y sus ropas eran una simple túnica con un cinturón, se les veía saludables, a pesar que sabía que muchos de ellos no llegarían a pasar de los diez años.

—En los últimos años —continuó Guillem a su lado—, no se han dado demasiados casos de sudor del inglés o del fuego de San Antón.

Amicia rebuscó en su memoria para recordar que se refería a la gripe y al hongo del centeno. Menos mal, recordó también, que faltaba todavía un siglo para que la peste hiciera estragos en la población de toda Europa.

Una familia muy agradable les atendió en seguida, y así Amicia tuvo la ocasión de poder observar de cerca su casa por dentro, aunque en esa época parecían pasar la mayor parte del tiempo fuera de casa.

La vivienda constaba de dos estancias diferenciadas, una para comer y

otra para dormir, aparte de la reservada a los animales. El mobiliario de la estancia principal se ceñía únicamente a una mesa, sillas y una gran olla de cerámica sobre el fuego. El contorno exterior de la casa lo ocupaba un colorido huerto. Todo el conjunto parecía humilde pero acogedor.

Más allá del primer grupo de viviendas, seguían varias calles, por donde se podían observar otro tipo de establecimientos, como la posada o la panadería, y los del resto de artesanos, como el zapatero, el peletero o el carpintero. La calle principal acababa en una pequeña plaza, donde se encontraba una bonita iglesia, y donde en ese momento se disponían algunos puestos ambulantes de un pequeño mercado. Por las calles transitaban personas y animales, ofreciendo la imagen de una intensa actividad.

De nuevo sobre sus monturas, siguieron visitando y saludando a las gentes que trabajaban los campos, acarreaban leña o recolectaban frutas y verduras. Amicia observó el trato entre campesinos y su señor, y sintió un gran respeto por su marido, aunque no dejó de recordarle las diferencias que existían entre siervos y nobles.

—Pero también tengo una gran responsabilidad, Amicia —explicaba Guillem a su esposa—, para que todo funcione como es debido. O cuando he tenido que comandar un ejército cada vez que ha habido guerras o revueltas para luchar junto al rey.

—Supongo que también tienes razón.

—Dejemos a un lado temas tan serios. Ahora nos permitiremos un tiempo para nosotros.

Guillem hizo adelantar a sus soldados para que se dirigieran ya al castillo, mientras él y su esposa se desviaban del camino, en dirección al río.

—¿A dónde me llevas?

—Ahora lo verás.

Cabalaron unos minutos, hasta que una pequeña elevación de terreno les obligó a aminorar la marcha. Cuando subieron a la cima, Amicia se quedó

impresionada. Desde lo alto se podía observar la curva que hacía el río antes de internarse en las montañas, formando una especie de lago donde la corriente apenas era visible. Alrededor, una alfombra verde cubría la extensa superficie, salpicada por las pinceladas rojas de las amapolas, y las amarillas y blancas de las margaritas silvestres, como en un cuadro de Monet.

— ¿Te gusta? —le preguntó él al ver la cara de pasmo de Amicia.

—Oh, Guillem, me encanta —dijo maravillada.

Bajaron hasta la orilla del río y Guillem desenrolló una pequeña manta de su alforja para extenderla sobre el suelo.

— ¡Vaya! —Dijo divertida Amicia—. Haremos un picnic. Creo que todavía me queda algo de comida por aquí.

Sobre la manta, comieron pan, queso, uvas y un pedazo que había quedado de pastel de nueces y piñones. La temperatura era ideal y soplaba una suave brisa con olor a pino y a resina.

—Háblame de ti, Guillem.

— ¿De mí? Tengo poco que contar —decía mientras se iba echando uvas a la boca—. Nací en Lérida, encontrándose mis padres en Las Cortes. Recibí allí mi instrucción de manos de varios caballeros del rey, hasta que murió mi padre durante el comienzo de la conquista de Valencia y me vi obligado a volver a Montsolís y seguir con su legado.

— ¿Cuántos años tenías?

—Dieciséis.

—Dios mío, apenas un niño.

—Pues poco más tarde yo también participé en la conquista de Valencia y a los dieciocho años fui armado caballero y, de esta manera, poco después de morir mi madre, asumir el liderazgo de Montsolís—miró hacia el horizonte—. Todos los días doy gracias a Dios por lo que tengo.

— ¿Eres muy religioso? —Amicia dejó un momento de respirar. En esa época no se podía pensar lo contrario. Aún así, Guillem le contestó con tranquilidad.

—He de serlo, no sólo por creencias, sino porque yo mismo he visto la muerte de cerca demasiadas veces. Y he visto morir a demasiada gente, tanto a valientes soldados como a muchos inocentes. Si no pensara que el Señor tiene sus motivos, me volvería loco. Pensar en ello me hace resistir.

—A veces hablas en sueños. Hablas de sangre, dolor y muerte.

—Cosas de la guerra —dijo sin querer entrar en detalles.

A Amicia le proporcionaba un enorme placer el mero hecho de estar a solas con él. Verlo y oír su voz la hacía sentir a gusto, cómoda, y a la vez entusiasmada y agitada. Mientras hablaba, Guillem se apoyaba en un brazo y estiraba sus largas piernas, ofreciendo una imagen tan atractiva que hubiese hecho la delicia de cualquier empresa publicitaria del siglo XXI.

Guillem se incorporó decidido a acabar con aquellos tristes pensamientos de guerras y batallas, y comenzó a quitarse la ropa.

— ¿Qué haces? —preguntó ella.

—Voy a bañarme. ¿Me acompañas aunque sea para mojarte un poco los pies?

— ¿Cómo que a mojarme los pies? ¡Yo también pienso bañarme!

— ¿Ah, sí? —Dijo divertido quitándose la ropa del todo sin importarle su desnudez—. ¿Y te quitarás toda la ropa como yo? Que yo sepa, las damas de buena familia, normalmente, no saben nadar.

— ¡Eh! ¡Por supuesto que sé nadar! Y no se te ocurra dudar de mi familia. Además, me dejaré puesta la camisa.

Amicia echó un vistazo al aspecto de su camisa de lino que le llegaba casi a los tobillos. Hizo una mueca al imaginarse nadando con ese montón de tela que se le enrollaría en las piernas. Así que, se agarró el bajo y tiró hacia

arriba, rasgándose hasta dejarse las piernas al aire.

Mientras Guillem se zambullía de cabeza, Amicia se introducía poco a poco hasta la cintura.

— ¡No me habías dicho que estuviera tan fría!

— ¿Fría? Pues ya verás en invierno.

— En invierno no pienso bañarme aquí.

Pese a la impresión del principio, comenzó a nadar en aquellas cristalinas aguas, sintiendo el frescor que se hacía cada vez más agradable. Se sumergió para bucear un poco y cuando emergió no encontró a Guillem por ninguna parte.

— ¿Guillem? — al ver que no aparecía se puso cada vez más nerviosa —. ¡Guillem!, ¿dónde estás? — gritaba mirando la inmóvil y silenciosa superficie del río.

De repente, algo tiró de su tobillo para hundirla bajo el agua, y luego ayudarla a volver a salir. Se apartó la mojada cortina de pelo de la cara y empezó a propinarle puñetazos a Guillem.

— ¡Joder, me has asustado! ¡Eres un capullo integral!

— Me parece que las damas tampoco utilizan ese vocabulario.

Guillem reía al verla tan enfadada mientras la tenía cogida por la cintura. Su risa se fue apagando en cuanto se fijó en la camisa mojada y pegada a las suaves curvas de su mujer, que no dejaba nada a la imaginación.

Amicia comenzó a respirar más deprisa cuando Guillem comenzó a pasar la lengua sobre la zona de la camisa que transparentaba la sombra de las areolas. Ella le rodeó la cintura con las piernas y comenzó a frotarse contra su miembro, sintiéndose licenciosa y excitada por la sensación del agua a su alrededor. Cuando Guillem la penetró, se agarró a sus anchos hombros y echó la cabeza hacia atrás, gritando cuando estalló de placer y sintiendo que él la acompañaba.

Después, abrazada al cuello de Guillem y con el rostro sobre su hombro, una idea la hizo preocuparse.

—Guillem, ¿crees que alguien nos habrá visto?

—Vernos no sé, pero lo que es escucharte..., creo que han oído tus gritos todos los habitantes de Montsolís.

— ¡Oh, no! ¡Qué vergüenza! —decía escondiendo su rostro en el hueco del cuello de Guillem, mientras éste, riendo, la sacaba en brazos del agua.

—No te preocupes, mi amor. Si te sirve de consuelo, a tu marido le encanta escuchar tus gemidos. Haces que resulte todavía más placentero y excitante.

La depositó en la orilla sobre la hierba caliente, le sacó la camisa mojada, o lo que quedaba de ella, y se recostó a su lado.

Amicia elevó los brazos por encima de su cabeza y la invadió una confortable y plácida sensación de libertad. Podía tumbarse desnuda bajo el sol en aquel idílico entorno, o hacer el amor con su marido en mitad de un río a pleno día.

Se lamentó al pensar qué le depararía a aquel paraíso en el futuro.

*¿Construirán enormes bloques de pisos?*

*¿Una central nuclear?*

*¿Una autopista de peaje?*

Cualquiera de las opciones le parecía una aberración y sintió un profundo pesar. Volvía a añadir más motivos para que la vuelta a su mundo y su época le doliera todavía más.

—Amicia —la voz de Guillem la sacó de sus pensamientos—, hemos de irnos ya, el sol comienza a bajar y hemos de volver antes de que se ponga.

Ella, perezosa, comenzó a revolverse, frotándose contra su cuerpo, y posando su rostro sobre el ancho y musculoso pecho de su marido para besar su piel caliente. Guillem, rápidamente se colocó sobre ella y la penetró suavemente, mientras ella le recibía con una sonrisa placentera. Hicieron el amor bajo el sol de la tarde, de forma pausada y lánguida, agarrando sus manos mientras se estremecían por el intenso placer obtenido.

Volviendo más tarde al castillo, Amicia pudo admirar desde fuera por primera vez, la gran fortaleza. Sobre la cima de aquel enclave, parecía recibirlos con los brazos abiertos.

Percibió la extraña pero grata sensación de que volvía a casa, a su hogar, y sintió la humedad de las lágrimas en sus ojos por la emoción.

Pensó que seguía caminando sobre una fina línea fronteriza, una especie de frontera en el tiempo, ubicada en ninguna parte, que dividía dos mundos, dos épocas, tan cercanos para ella, aunque los separaran ocho siglos.

# CAPÍTULO 7

—No estés triste, Amicia. Sabes que mi cometido como vasallo del rey es estar junto a él en caso de revueltas que atenten contra su persona, y hay serias sospechas de una próxima rebelión mudéjar. Pero esta vez sólo se trata de que sus barones de confianza lo acompañemos a Castilla, a la Corte del rey Alfonso, su yerno y aliado, y con quien pactará la no agresión por parte de los dos bandos. Lo han llamado Tratado de Almisra y contribuirá a la paz entre los dos reinos. No serán más que unas semanas.

— ¡Semanas! ¡Por Dios, Guillem! Si tú no estás aquí me marchitaré —le dijo Amicia compungida. Por no mencionarle el pánico que sentía porque algo le ocurriera.

—Es muy halagador por tu parte, pero no lo harás. Tienes cosas para hacer que sé que te gusta hacerlas, como llevar algunas cuentas con la ayuda de Pedro y organizar gran parte de este castillo, que cada día se te da mejor. Además, he visto lo bien que te llevas con Teresa, con mis hermanas, con los niños y con la servidumbre. Seguro que la perspectiva de unos días sin tu marido dándote órdenes no te desagrada demasiado.

—Está bien —suspiró—, vete ahora mismo. Estoy deseando librarme de ti para campar a mis anchas, según tú.

—Tampoco es eso. Anda ven —la atrajo hacia él abarcando su cintura con sus fuertes manos—. Y ahora bésame y dime que me echarás de menos.

—Eso ya lo sabes, zopenco —¿ella había dicho eso? ¿Qué había pasado con los insultos normales?

*Ya llevaba tres meses allí...*

Se encontraban en medio del patio de armas, a la vista de todos los hombres que se marchaban y de todas las mujeres que se despedían de ellos.

Nuño, el escudero, le preparaba el caballo y las alforjas con lo necesario para el viaje.

Amicia miró a Guillem con admiración. Llevaba la cota de malla bajo la sobreveste, un ancho cinturón de cuero, botas altas y una capa negra con el forro interior verde brillante. Sus largos y negros cabellos reflejaban la luz dorada del crepúsculo, y sus intensos ojos azules la miraban con ternura. Sabiendo que tendría que abandonarlo un día, cuando todo acabara, esa sería la imagen que recordaría siempre. Y ya en ese instante supo que su recuerdo siempre le causaría dolor por la pérdida. Qué rápido y con qué poco esfuerzo se había hecho ese hombre tan importante en su vida.

Se echó de golpe en sus brazos y lo besó con toda la ternura de la que fue capaz, mientras él le demostraba el mismo sentimiento con sus labios y sus manos en su abrazo.

—Ten cuidado —le dijo ella mientras montaba en su caballo blanco.

—Lo tendré. Ahora tengo un motivo más para volver.

Y desapareció de su vista.

—Ve con Dios —susurró.

Como ya predijo Guillem, Amicia tenía ocupaciones de sobra, lo mismo que gente con la que charlar y pasar los días. Le gustaba intercambiar opiniones con las sirvientas, procurando no tratarlas como tal. Los niños acudían a ella cada vez que se hacían un rasguño. Y era cierto que se había encariñado con sus cuñadas, descubriendo que no eran los cuervos que había imaginado al principio, sino buenas mujeres, que cada vez sonreían más y la ayudaban y enseñaban temas domésticos, que eran muchos y muy variados si se quería tener todo aquel castillo bien organizado. Y su amistad con Teresa se afianzaba cada vez más, aumentando la lista de motivos por los que le dolería marcharse de allí.

Aprovechando la ausencia del barón, Amicia hacía lo posible por propiciar encuentros entre Teresa y Alonso. A veces se sentía un poco “voyeur” por quedarse mirando embobada cómo se susurraban palabras

cariñosas y se besaban dulcemente, mientras ella vigilaba que no apareciese nadie.

En esas estaban una mañana, cuando Amicia quiso desaparecer de inmediato para proporcionarles intimidad y se giró rápidamente. De repente, todo se volvió negro y lo siguiente que vio fue a Teresa y a Alonso sobre ella con cara de preocupación.

—Estoy bien, estoy bien. No me pasa nada —dijo levantándose del suelo y dirigiéndose a la torre en busca de sus aposentos.

Porque sí le pasaba algo. Lo sabía, o al menos, lo presentía. Sólo tuvo su menstruación una vez al principio de estar allí. Hizo una mueca al recordar los paños que había tenido que utilizar. Pero ya llevaba más de tres meses y no había vuelto a necesitarlos. Se llevó las manos al vientre y miró por la ventana.

¿Era posible estar feliz y sentirse desgraciada al mismo tiempo?

Sí. Porque así se sentía ella.

—Nacerá para el mes de mayo —oyó decir a Inés a su espalda.

— ¡Oh, Inés! —Sollozó—, ¿cómo voy a dejarle a él también? Si separarme de Guillem me causará dolor, separarme de mi bebé me destrozará.

—Lo sé, mi niña, lo sé —y dejó que Amicia llorara sobre su hombro encorvado—, pero eres fuerte y tendrás personas a tu lado que te harán olvidar. Reharás tu vida y seguirás adelante.

— ¿Fuerte? ¿Qué te hace pensar que lo soy?

—Que aceptaras estar aquí, sabiendo a lo que te enfrentabas. Que quisieras a tu marido, tragándote la pena por saber que sólo tendrás unos meses a su lado. Y que engendres a un hijo que mientras crece en tu vientre será como tu cuenta atrás. Pero recuerda siempre los motivos. Evitarás las muertes de muchas personas.

—Sí, pero a qué precio, Inés —una fina lágrima se deslizó por su

mejilla—. Cuando vuelva habré dejado en este lugar y en esta época algo más que una familia. Dejaré una parte de mí que jamás podré recuperar. No sé cómo voy a poder seguir con mi vida de antes.

—Lo harás —la consoló la niñera—. No tienes otra alternativa.

Amicia intentó pasar los días intentando disimular la tristeza y pesadumbre que se habían instalado en su corazón y que no sabía cuándo la abandonarían. Incluso debía sonreír y aparentar felicidad cuando la gente la felicitaba.

— ¡Qué emocionante debe ser esperar un hijo! —le decía Teresa entusiasmada mientras Amicia intentaba aprender a bordar el emblema de Montsolís sobre una camisa vieja de su marido.

—Sí, estoy feliz —contestó forzando una sonrisa.

—Pues no lo parece.

— ¿Por qué dices eso? —preguntó Amicia sin levantar la vista de la aguja y del estropicio que estaba causando en la prenda.

—Porque en poco tiempo he logrado conocerte. Me conozco la mayoría de expresiones de tu rostro y el motivo de casi todas ellas. Eres muy transparente, Amicia. Cuéntame qué te aflige —le dijo cogiéndola por la muñeca.

—Ojalá pudiera, Teresa. Pero no puedo. Es... complicado.

*Más bien inverosímil. Absurdo. Inconcebible. Irracional*

—Veo amor entre el barón y tú. Cuando le des la noticia se alegrará, y no sólo por tener un heredero, sino por la alegría normal de un marido feliz que va a ser padre. Ojalá yo un día pueda decir lo mismo.

—Tú también te casarás y tendrás hijos, Teresa.

—Sí, pero temo el momento en el que mi padre elija un marido para mí.

—Habla con él. Háblale de Alonso.

—No sé...

—Yo te acompañaré. Primero lo dejaremos caer, a ver cómo reacciona, y luego ya le hablaremos de Alonso. Verás cómo todo irá bien.

Pero justamente, al día siguiente a media mañana, mientras Pedro departía con ella algunos asuntos, se oyó la algarabía propia de cuando se acercaba una visita.

—Don Pedro —informó un soldado que hacía la guardia—, pide permiso para entrar don Álvaro de Castro, y compañía.

—Dejadles pasar —dijo Pedro levantándose prontamente—. Mi señora —se dirigió a Amicia—, el barón y yo ya habíamos concertado esta visita que, en su ausencia, suplico podáis atenderla.

—Por supuesto, Pedro. ¿De quién se trata?

—Don Álvaro es un rico e importante comerciante con el que el barón y yo hemos convenido casar a mi hija, Teresa.

Amicia se tornó pálida.

—¿Casar? Pero, Pedro, no deberías firmar el contrato de esponsales sin la presencia del barón, ¿no crees? —no tenía ni idea, pero debía de ganar tiempo.

—Con el barón como testigo, el prometido y yo, como padre de la novia, ya redactamos la carta de arras. En ella ya se fija la dote que don Álvaro ha ofrecido a mi hija, que consiste en una buena casa, tierras y un buen número de sirvientes —Pedro hablaba orgulloso y satisfecho. No se podía pedir más para la hija de un senescal.

Hubieron de parar la conversación cuando un séquito de sirvientes entró precediendo a su señor. Amicia se quedó estupefacta. ¡Ese hombre podía ser

su padre! Y ni siquiera tenía una apariencia medianamente aceptable. Podría no tenerse en cuenta su calvicie, su prominente barriga o su enorme papada, pero no se podía ignorar su falsa apostura, delatada por sus cargantes ropas y sus muchos adornos, como los anillos que llevaba en cada uno de sus dedos.

Amicia hizo sus labores de anfitriona ante la inesperada visita, mientras Pedro mandaba llamar a Teresa. Ésta apareció sonriendo por la puerta de la sala, pero su sonrisa desapareció como por ensalmo.

—Teresa —los presentó Pedro—, este es don Álvaro, tu prometido. Y esta es mi hija, Teresa.

—Es bastante bonita —comentó el comerciante como si hablara de una de sus mercancías. Su voz sonaba como si alguien le tapara la nariz—. Y veo que tiene cuerpo y edad para concebir, que es lo más importante. Quiero una mujer joven que me dé hijos que puedan continuar con mi imperio de comercio con Oriente.

Teresa soltó un audible jadeo.

—Por supuesto, don Álvaro. Si deseáis podéis pasear con ella por las inmediaciones del castillo para poder conversar, en compañía de su aya, por supuesto.

—Por supuesto, don Pedro.

Cuando la pareja desapareció por la puerta de entrada, Amicia se giró hacia Pedro con los brazos cruzados y semblante de pocos amigos.

—¿Podemos hablar, Pedro? —dijo dirigiéndose al despacho.

—Por supuesto, mi señora.

Una vez los dos dentro de la estancia, Amicia se giró hacia el hombre. Intentó tranquilizarse un momento, recordando que debía pensar con la mentalidad del siglo XIII y no lanzarse sobre él para llamarlo retrógrado y machista. Lo miró y, como siempre, le inspiró confianza. Era un buen hombre y un buen padre, si lo miraba desde el punto de vista de la época, ya que lo

normal era que la mujer dependiera totalmente del padre para, con la boda, pasar a hacerlo del marido.

—Pedro —Amicia inspiró—, ¿has pensado en pedirle opinión a Teresa sobre con quién le agradecería casarse?

— ¿Perdón, señora? —el hombre parpadeó y la miró como si le hubiese hablado de platillos volantes o teléfonos móviles.

— ¿Ha pensado por un momento que a Teresa no le guste ese hombre y pueda hacerla infeliz?

—Mi señora, don Álvaro es un candidato de lo más apropiado. Mi hija tendrá unas comodidades con las que no podría ni soñar. Es más de lo que nunca pude imaginar para mi hija. Y todo gracias al barón, que me concertó una visita con él y habló en mi nombre.

*¿Es que Guillem no se entera de nada?*

—Ya, supongo que ese señor también sale ganando, ya que su amistad con el barón le reportará darse a conocer y subirá su estatus social, ¿me equivoco?

—Supongo que es así, mi señora. Pero mi hija sale muy beneficiada por ello.

— ¿Y qué me dices del amor entre un hombre y una mujer? ¿Y de la atracción física?

—Con todo mi respeto, mi señora, estamos hablando de matrimonio y de que mi hija tenga una buena vida. El amor y lo que conlleva es para los más humildes o para niños, que no tienen nada que perder.

Amicia decidió que era el momento de poner sus cartas sobre la mesa.

—O para un senescal viudo y maduro pero que todavía tiene un corazón que late.

— ¿Qué... qué quiere decir? —era todo un espectáculo ver sonrojarse a

un hombre de esa apostura, tan serio y eficiente y que le recordaba a Sean Connery más joven y con pelo.

—Estoy embarazada, Pedro, y algunas noches no puedo dormir, sobre todo sin el barón —carraspeó—. En fin, que me levanto y salgo de mi habitación para caminar un poco, o para ir al cuarto de Teresa —Pedro comenzó a ponerse blanco—. No pienses que te estoy reprendiendo, Pedro, todo lo contrario, me hace muy feliz que tú y mi cuñada Mencía tengan una relación. Lamento que tenga que ser a escondidas.

El color desapareció totalmente de la cara del hombre. Se sentó y se pasó la mano por el cabello. Parecía totalmente mortificado.

—Sólo te pido —continuó Amicia—, que esperes a que vuelva el barón para decidir algo más concreto. Dale a ese hombre alguna excusa, no sé, que Teresa ha de ir a cuidar a una tía enferma o algo así y que se ha de retrasar la firma de la carta. Y no te preocupes, no diré nada de lo tuyo con Mencía si no lo deseáis —ya hablaría con su cuñada. Estaba deseando saber algunos detalles.

—No se preocupe, señora. Yo en persona hablaré con el barón —suspiró—. Me enamoré de ella como un jovencuelo —se justificó—. No lo buscamos ni ella ni yo. Simplemente, surgió. Llevo tantos años sólo desde que falleciera mi esposa... Mi hija es lo único que tengo y quería lo mejor para ella.

—Me parece que eso te convierte en el mejor de los padres, pero tu hija está enamorada de un soldado, Pedro.

— ¿De un soldado? Válgame Dios. Vivirían en una casucha —se lamentó abatido.

—Pero se quieren y él quiere hablar contigo.

—Entiendo.

—Ya hablaremos, Pedro.

—Sí, mi señora.

Y salió de la estancia, cabizbajo, mientras Amicia sonreía. Se sentía una Celestina en toda regla. Sobre todo cuando Teresa se lanzó a sus brazos para agradecerle la demora de su compromiso con aquel hombre que, según ella, olía a cebolla.

—Gracias, Amicia. Gracias, gracias, gracias...

Más tarde, en sus aposentos, intentando lidiar con un leve mareo, su cuñada Mencía llamaba a su puerta y entraba con cara de circunstancias.

—Lo sabes —le dijo en tono serio.

—No pretendía espiaros, lo siento. Pero, ¡cuéntame, cuéntame! —le dijo entusiasmada señalando el borde de su cama.

—No he hablado de esto con nadie —parecía azorada—. Hace ya varios meses, y primero eran miradas o roces involuntarios. Hacía demasiado tiempo de mi matrimonio, que sólo duró tres meses, ya que mi marido, que en gloria esté, se cayó del caballo y se rompió el cuello. Hacía tanto que un hombre no me miraba así... En fin, que a nuestra edad ya no estábamos para noviazgos con palabras bonitas a la luz de la luna. Queríamos estar juntos. La vida es un suspiro que pasa sin darte cuenta y, cuando quieres hacerlo, ha pasado de largo y no has intentado, si quiera, alcanzar alguno de tus sueños.

—Lamento que hayáis de esconderos, pero, ¡me parece súper emocionante! ¿Lo sabe Elvira?

—Ni lo sospecha.

— ¿Qué pasaría si lo hacéis público?

—No lo sé. Creo que Pedro teme que su señor se lo tome a mal, como un exceso de confianza o por haber ido más allá de sus deberes.

—Yo misma hablaré con él a su vuelta. ¡Madre mía! ¿Pero qué tiene este ambiente, que el amor flota en el aire? Teresa, tú, mi embarazo...

—Desde que te recuperaste, contigo todo parece más fácil, Amicia —su cuñada la miró con cariño.

—Gracias, Mencía. Y ahora —le dijo mirándola inclinando la cabeza hacia un lado—, ¿qué te parecería un cambio de look?

A pesar de los diversos acontecimientos, los días pasaban lentos sin tener noticias de Guillem. Durante el día, Amicia se sorprendía echando de menos su mera presencia, sus conversaciones, sus discusiones, sus pequeñas bromas, que hacían brillar sus hermosos ojos azules. Y durante la noche, anhelaba sus besos y sus caricia, su fuerte cuerpo abrazándola, inundándola con su calor y su olor.

Volvió a posar la mano sobre su vientre, todavía plano, por enésima vez. Saborearía cada momento en aquel tiempo, en aquel lugar. Observó su entorno desde el lugar que había escogido para aquellos momentos de intimidad. Sentada sobre una suave loma, inspirando el olor del tomillo y la manzanilla, fue captando imágenes del cálido paisaje, de la enorme fortaleza y de las buenas personas que allí vivían.

Sería lo más parecido a un álbum de fotos que podría tener.

# CAPÍTULO 8

Por fin divisaba Guillem la silueta de Montsolís. Después de días cabalgando, sabía que debería haber parado a descansar, ya que, tanto él y sus hombres como sus monturas, estaban cansados, sucios y hambrientos. Pero no podía demorarse por más tiempo en llegar a casa, donde sabía que ahora alguien le esperaba. Habían sido siete las semanas que había estado alejado de su hogar. Habían sido muchos los días, en los que se le habían hecho más insufribles que nunca las reuniones con los nobles castellanos, o tratar de sofocar las escaramuzas por parte de rebeldes mudéjares que les acechaban en el viaje de vuelta. Y habían sido muchas las noches en las que, yaciendo en un simple jergón, su cuerpo había ansiado la suavidad del cuerpo de Amicia, habiéndose de conformar con cerrar los ojos y evocar en su mente la imagen de su esposa, pareciéndole real la visión de sus dorados ojos, el aroma fragante de su cabello o el tacto exquisito de su piel de seda.

Al entrar por las puertas de la gran fortaleza, Guillem la buscó con la mirada entre las gentes que ya esperaban a los hombres, tras enviar un mensajero para avisar de su llegada, pero no la divisaba por ninguna parte. Se le paró el corazón cuando miró hacia arriba y la vio allí, sobre una almena de la torre, como tantas y tantas veces había imaginado. Su oscura silueta se veía envuelta por la ondulación de sus ropas y de su cabello, mecidos por el viento.

Guillem entró cabalgando lentamente, sin quitar la vista de la figura de su esposa.

Aunque desde esa distancia no pudiera ver sus ojos, sabía que ella también lo miraba a él fijamente. Comenzó a bajar de su caballo mientras ella desaparecía escaleras abajo y volvía a aparecer por la puerta del edificio, corriendo hacia él. Guillem la estrechó entre sus brazos, sintiéndola cálida, oliendo el aroma de su pelo y oyendo sus suaves sollozos.

—Amicia, amor, cuánto te he echado de menos.

—No más que yo, Guillem, no más que yo —decía ella mientras lo tocaba y lo besaba por todas partes.

—Espera, cariño —dijo él intentando separarla de su cuerpo sin éxito—. Para poder llegar lo más pronto posible no he permitido parar para descansar ni para asearnos. Mírame, por favor. Huelo a caballo, llevo polvo del camino hasta en las entrañas y no me afeitado hace lustros.

— ¿Y crees que me importa? —Susurró Amicia pasándole la palma de la mano por la espesa barba que le tapaba la mitad del rostro—. Me basta viéndote sano y salvo. Además, te sienta muy bien.

*En el 2014 estará muy de moda en los chicos...*

Sorteando a la muchedumbre que se agolpaba en el patio y que los miraban entre curiosos y felices, caminaron hacia dentro y Guillem volvió a sorprenderse al ver a sus dos hermanas sonriendo en la puerta.

—Bienvenido, hermano —y le dieron un beso en la mejilla—. Ya hemos ordenado preparar tu baño en tus aposentos. Tu esposa se encargará de atenderte, ¿no es cierto, Amicia?

—Por supuesto —contestó a sus cuñadas con mirada cómplice.

En los aposentos de Guillem, el vapor del agua caliente nublaba el ambiente, y un gran fuego recién encendido crepitaba en la chimenea. Amicia le ayudó a deshacerse de sus polvorientas ropas para que, con un suspiro de alivio, se sumergiera en la gran tina humeante. Mientras tanto, Amicia ya había preparado un paño suave y un buen pedazo de jabón, se había arrodillado a su lado, y comenzó a frotar a su marido por el pecho y los hombros.

— ¡Qué delicia! —susurraba Guillem apoyando la cabeza en el borde con los ojos cerrados, mientras su esposa frotaba suavemente sus músculos doloridos.

Amicia siguió deslizando el paño por el cuerpo de su marido, haciendo del momento de un simple baño un rito sensual. Frotó su pecho, sus hombros, sus axilas, su estómago, y cuando bajó por sus piernas, Guillem abrió

súbitamente los ojos, de un azul intenso, para dirigirle una mirada penetrante y ardiente que parecía traspasarla.

—Es la mejor bienvenida a casa que he disfrutado en toda mi vida — susurró Guillem con voz profunda.

— ¿Ah, sí? Pues espera y verás.

Amicia cogió una jarra, la llenó del agua de la tina y se la echó a Guillem por la cabeza. Se colocó tras él y, después de untarse bien las manos de jabón, comenzó a masajearle el cuero cabelludo.

—Mmm—gimió él—, sencillamente sublime.

Tras unos minutos de íntimo y agradable masaje en silencio, Amicia le aclaró el pelo con otra jarra de agua.

— ¿Me ayudarías también a afeitarme? —preguntó Guillem.

— ¿Te importaría dejártela hasta mañana? —Le contestó ella tocando su tupida barba—. Con el pelo tan largo y la barba te ves diferente, como más... peligroso.

— ¿Peligroso te parezco excitante? —parecía acariciarla con la mirada.

—Tú siempre me pareces excitante.

Guillem se levantó de golpe y salió de la tina para quedarse frente a ella mientras el agua le chorreaba por el cuerpo y formaba un charco en el suelo. Amicia cogió una toalla y empezó a secarle el rostro, el cuello,...

—Se acabaron los juegos, Amicia —la cogió por la muñeca, le quitó la toalla y la abrazó por la cintura.

Guillem comenzó a besarla profundamente, inclinándole la cabeza para un mejor acceso al interior de su boca. A Amicia le pareció de lo más erótico estar vestida y tenerle a él enteramente desnudo, para poder tocarle a placer. Pero esa situación duraría escasamente un instante, hasta que Guillem perdió la paciencia y decidió arrancarle el vestido y la camisa. Amicia se sobresaltó

al escuchar rasgar la tela, pero no le importó. Estaba tan deseosa como él, de sus besos y sus caricias. Su barba le arañaba la piel, que luego él se ocupaba de lamer.

Cuando la tuvo desnuda frente a él, Guillem casi cae de rodillas al sentir la necesidad imperiosa de adorar ese cuerpo perfecto. Volvió a besarla en la boca y siguió por sus pechos, que chupó y lamió hasta que los pezones quedaron duros y brillantes.

—Me conozco tu cuerpo, Amicia, y diría que están más duros, más llenos —le decía mientras le acariciaba los pechos.

Amicia, todavía aturdida por la bruma de la pasión, lo miró a los ojos y le dio la noticia con un susurro:

—Será porque estoy embarazada.

Guillem se quedó tan rígido que parecía una estatua de piedra. Y entonces sí, literalmente, cayó de rodillas ante ella y posó su boca sobre el suave vientre de su esposa, mientras ella le acariciaba el sedoso cabello que ya le pasaba de los hombros.

—Oh, Amicia, ¿estás segura? —gemía besándole el vientre.

—Ya lo comprobarás tú mismo, cuando veas que me pongo verde por las mañanas y blanca por las noches, y me quede dormida mientras alguien explica historias después de la cena.

Guillem la levantó en brazos y la depositó con cuidado en la cama.

— ¿Podemos hacer esto? —preguntó preocupado.

— ¡Guillem! ¡Por supuesto que sí! Llevo semanas deseándolo.

—Yo también, mi amor, pero, ¿no te haré daño con mi peso?

—No, Guillem, no me harás daño —dijo poniendo los ojos en blanco—. Pero si te quedas más tranquilo, podemos intercambiar el lugar —. Y rápidamente se colocó a horcajadas sobre él.

Aprovechando su desconcierto, Amicia le fue pasando la lengua por el pecho, enredándola en su oscuro vello y bajando por su duro abdomen. Guillem gemía entrecortadamente mientras observaba a su mujer besarle los muslos y mordisquearle el hueso de la cadera.

— ¡Por todos los santos, mujer! ¡Vas a matarme!

—Esta es mi venganza por las veces que tú me has hecho suplicar a mí.

Y con una sonrisa diabólica, Amicia, sin dejar de mirarle, le pasaba la lengua por su miembro hinchado y brillante, durante un sólo segundo, para volver a pasársela de nuevo y volver a parar. Guillem aferraba fuertemente las mantas de la cama, levantando sus caderas, hasta que agarró firmemente a su esposa por los hombros y la colocó sobre él. Amicia se introdujo el miembro en su interior y comenzó a moverse rítmicamente, arriba y abajo, hasta que ninguno de los dos pudo soportarlo más y estallaron de placer al mismo tiempo.

Más tarde, con la cabeza apoyada en su pecho y sintiendo el latido firme de su corazón, Amicia le dijo a su marido:

—Bienvenido a casa.

Y le oyó contestar:

—Te amo, Amicia.

Ella se incorporó de repente y observó su rostro relajado. Se había quedado dormido. Amicia sintió tan terrible dolor en el pecho que no podía ni exhalar el aire de sus pulmones. Recordar que sus vidas sólo estarían unidas temporalmente le dolía en lo más hondo.

No llores, no llores

No, esa noche no lloraría. Tendría miles de ellas para hacerlo. De momento, saborearía el amor que ese hombre le ofrecía, y la paz y el sosiego que le producía estar junto a él.

Mañana sería un día tranquilo y apacible.

— ¡Por todos los santos del cielo, Amicia! ¡Cómo te atreves a interferir en el compromiso de Teresa! ¡Cómo se te ocurre demorar el matrimonio con ese rico comerciante!

— ¡Porque está enamorada de otro! ¡Y porque ese hombre es viejo, gordo y pomposo! ¡Y... y porque huele a cebolla!

Nadie creería que esa noche habían hecho el amor varias veces, de manera dulce pero intensa, y habían amanecido abrazados, con los brazos y las piernas enlazados. Hasta que él le había pedido que le contara lo acaecido durante su ausencia y ella había decidido comenzar por el tema del compromiso de Teresa.

Guillem se pasaba las manos por la barba y el largo cabello, frustrado. Su mujer lo estaba sacando de sus casillas, y no recordaba quién había osado hacerlo por última vez.

— ¡Te informo que los matrimonios son contratos, Amicia, económicos o políticos! ¡Recuerda el nuestro! ¡Fue una orden del rey, para evitar una guerra!

— ¡Ja!, así nos iba al principio.

— ¡Las personas luego se aprecian y se respetan, con el tiempo! ¡Míranos a nosotros!

— ¿Qué pasa con nosotros?

— Pues que con el tiempo nos hemos ido conociendo y ahora nos...

— ¿Nos gritamos? ¿Nos peleamos? ¿Discutimos por tonterías?

Guillem se quedó desconcertado. Era cierto. Él, en toda su vida, había discutido a gritos con nadie. Sólo con ella, desde que resurgió después de aquellas fiebres.

De repente, se miraron, y estallaron los dos en carcajadas. Cayeron sobre la cama y rieron hasta que sintieron dolor en el vientre y las lágrimas les nublaron la visión.

— ¿Qué voy a hacer contigo? —le dijo él dulcemente, pasados unos instantes, rozando su mejilla con la yema de los dedos.

— ¿Darme la razón? —preguntó ella inocentemente batiendo las pestañas.

—Te libras porque estás embarazada. No sé qué será de mí cuando vayamos por el tercero o el cuarto —Guillem se frotó la cara con las manos y no pudo observar la sombra que cruzó por el rostro de su esposa—. Está bien, hablaré con Pedro hoy mismo, a ver qué tiene que decirme sobre el tema del compromiso.

—Sí, sí, tú habla con Pedro, que vas a alucinar —dijo ella entre dientes, pensando en que también tendría que hablarle sobre la relación con su cuñada.

— ¿Qué murmuras, Amicia? —preguntó él achicando los ojos.

—Nada, Guillem. Nada en absoluto.

Amicia notó a cierta hora de la noche que su marido aún no estaba en la cama. Incorporándose, observó el resplandor de las velas que, diseminadas sobre la mesa de Guillem, reflejaban sombras titilantes en las paredes y el techo de la estancia. Se levantó y se acercó a su marido, sentado en su sillón y que, con su postura, parecía soportar un excesivo peso sobre los hombros, y comenzó a masajearse los.

— ¿Un día duro?

—Hola amor, no te había escuchado —y se giró para besar una de las manos de su mujer. A Amicia, las palabras y los gestos de cariño de su marido, se le clavaban entre las costillas como dagas afiladas.

—No debes preocuparte, Guillem. En mi opinión, no existe un problema grave. Teresa y Alonso serán felices, lo mismo que Pedro y Mencía. El amor no se puede programar, ni redactar en una carta de arras.

— ¿Y desde cuándo tienes tú opinión? —Amicia le clavó las uñas en los hombros—. ¡Ay! ¡Era broma!

## *Capullo*

—Tú no puedes controlarlo todo.

—Lo sé, Amicia. Y estoy de acuerdo contigo. Me rindo. Creo que entre todos os habéis puesto de acuerdo para que me vuelva un romántico —hizo una mueca y se giró hacia su mujer para abrazarla y mirarla a los ojos—. No sé qué has hecho conmigo, Amicia, para llenar un vacío que hacía tiempo sentía dentro de mí. Mi vida se limitaba a ir a la guerra y a defender a mi rey y a mi pueblo, a entrenar con mis hombres y a volver a prepararme para una posible batalla. Pero faltaba algo, que no podía determinar, y que he descubierto contigo en los últimos meses.

—Por favor, Guillem, no sigas —suplicaba ella.

—Te amo, Amicia, y amo ya al hijo que llevas en tu vientre, sin importar que sea mi heredero, sino, porque es nuestro hijo.

—Guillem, no...

— ¿Por qué te resistes a tus sentimientos? ¿O es que tú no sientes lo mismo? ¿Me amas, Amicia?

La angustia la inundó, al advertir que ese fuerte y fiero guerrero, valiente soldado y respetado barón y vizconde, la miraba de forma vulnerable, pareciendo incluso temeroso, esperando una respuesta por su parte. Pero no podía. La garganta pareció cerrársele de golpe, sin posibilidad alguna de pronunciar una palabra. Su cerebro no lo permitía, como un mecanismo de defensa que impedía hacerla sufrir.

—No importa, Amicia —dijo apesadumbrado—. Vuelve a la cama.

*¡No es eso, por Dios! ¡No creas que no siento nada! Quería gritar: ¡Guillem, te quiero!* Pero no lo hizo. Y volvió a la cama.

Mucho más tarde, sintió el peso a su espalda cuando él se acostaba. Y por primera vez, desde que compartían la cama, él se limitó a abrazarla durante toda la noche.

# CAPÍTULO 9

Amicia echaba de menos la intimidad con Guillem, aunque sólo llevara tres días sin hacer el amor con él. Sin embargo, durante las comidas o cuando necesitaba ayuda debido a su estado, era la gentileza personificada.

El resto de la vida en el castillo seguía apacible, con Teresa y Alonso sin esconder su amor, y Pedro y Mencía que, aunque ya era oficial, pues el barón había exigido que se casaran cuanto antes, se comportaban más discretamente.

El invierno se acercaba y todos los habitantes, cada uno en su cometido, procuraban abastecer la fortaleza para cuando bajasen las temperaturas. Incluso había que pensar en la posibilidad de un posible ataque, por parte de algún ejército enemigo que intentara conquistar el castillo, así ellos podrían resistir el sitio si las reservas se encontraban bien abastecidas.

Cereales, leña, vino, harina, frutos secos, animales para carne... De momento, el ambiente era todavía cálido para el mes de noviembre, pero no podían confiarse.

*No lejos de allí, en la pequeña habitación de una posada*

— ¡Cómo es posible que no intentaras ganarte el afecto de esa mujer! ¿Qué ha pasado con tu irresistible encanto, Diego?

— ¿Y con el tuyo, Isabel? Se suponía que debías llevarte a la cama al barón para alejarlo de su esposa y no concibieran un heredero, ¡y ahora resulta que ya está encinta!

—Yo tampoco lo entiendo —Isabel hizo un mohín con su bonita boca, mientras pasaba su mano por el pecho desnudo del hombre—. El tiempo que estuvimos juntos en Lérida no pudo resistirse a mí y me reclamaba todas las noches para que fuera a su cama.

Acostados y desnudos en esa desvencijada cama, hacían planes para mejorar su nivel de vida. Esos planes consistían en separar al barón de Montsolís de su esposa haciéndole caer en brazos de una amante y, sin un heredero legal, comenzar una contienda entre la Corona de Aragón y Francia. El rey Luís les había prometido una pequeña fortuna que les permitiría vivir en la opulencia el resto de sus vidas.

Isabel había planeado quedarse embarazada de Guillem para apartarlo de esa odiosa de Amicia o, en su defecto, endosarle un bastardo de Diego, su amante desde hacía unos meses. Pero ya era tarde. No entendía qué había podido ver el barón en la insípida de su mujer para haber acabado dejándola preñada.

—Sólo nos queda la alternativa de quitarla de en medio —decía Isabel como si tal cosa, mientras le pasaba la lengua alrededor del ombligo.

—Como siempre, he de ser yo el que se ensucie las manos, ¿no? ¿Sabes cuál es el castigo para un traidor al rey?

Pero Isabel siguió bajando su boca por el cuerpo del hombre y, cuando éste sintió la negra y sedosa melena entre las piernas, se dio por convencido.

— ¿Otra vez has de marcharte?

—Sí, Amicia, pero esta vez sólo será un viaje de dos días, a Barcelona. Ha habido ciertos rumores sobre una conspiración y se tratará únicamente de averiguar si son ciertos o no.

Guillem envainó su espada, se puso sus guantes y se quedó observando a su esposa. Su piel resplandecía, pues el embarazo le sentaba de maravilla, viéndose más hermosa todavía.

—Sólo dos días, Amicia, no te preocupes —le dijo pasándole el pulgar por el labio inferior.

—Ten cuidado, por favor.

—Lo tendré. Ahora tengo dos razones más para volver —y le posó la

mano en el vientre.

Amicia lo miró esperanzada. Aparte del casto beso que recibía de él cada noche, hacía una eternidad que no la besaba. Guillem pareció leerle la mente y se inclinó para intentar besarla suavemente, aunque el intento quedó descartado en cuanto ella se abrió paso en su boca con la lengua y lo agarró fuertemente del pelo. Guillem emitió un gemido ronco y la besó profundamente, hambriento como estaba de ella. Después se separó de su boca y se giró hacia su caballo.

Montó, y desapareció tras la muralla.

— ¿Quién viene, Teresa? —unas horas más tarde de la partida de Guillem, Amicia reconoció el alboroto que se instalaba en el castillo cuando se aproximaba una visita.

—He oído a Alonso decir que se acerca el caballero don Diego de Haro. Todas las muchachas del castillo estarán alborotadas. ¿No te parece apuesto, Amicia, con ese cabello tan claro y los ojos del azul del cielo?

—Es guapo, pero no es mi tipo.

*Antes sí que lo era, cuando me gustaban los tíos con pinta de Adonis.*

*¿Cuándo fue eso? Parece que haga siglos...*

Amicia recibió a la comitiva como una anfitriona experimentada, aunque siempre la orientaban y aconsejaban sus cuñadas. En el momento de la cena, Diego de Haro se sentó junto a ella y Amicia sintió una leve inquietud cuando el caballero comenzó a lanzarle miradas insinuantes y comentarios provocadores.

— ¿Qué lleva a un hombre a dejar sola a su esposa, más cuando es tan hermosa y encantadora?

—Mi esposo tenía asuntos con el rey. Volverá mañana —le dijo tensa.

—Lo dudo. Creo que el rey todavía no está seguro.

*¿Había ella mencionado algo sobre la seguridad del rey?*

—En todo caso, no demorará demasiado.

—Sigo pensando que es la anfitriona más cautivadora que he tenido el placer de conocer por estos lares —le cogió la mano y le besó suavemente cada uno de los nudillos.

—Creo que me retiraré a mis aposentos. Estoy cansada. Buenas noches.

Amicia subió las escaleras y recorrió los pasillos en penumbra que la llevarían a su habitación. Sentía una especie de desasosiego que no terminó hasta que no se encontró frente a su puerta. Cuando asía el pomo, ya un poco más tranquila, la voz de Diego la sobresaltó.

—La velada aún no ha acabado, señora. Queda mucha noche por delante para disfrutar.

—He dicho que voy a descansar. Espero un hijo —Amicia se sentía acorralada. Ese hombre se cernía sobre ella hasta hacerle oler su aliento a vino.

—Lo sé. Y tu vientre abultado te hace todavía más deseable, créeme. ¿No me digas que no te sientes atraída por mí? Porque yo me sentí atraído desde la primera vez que fuimos presentados.

—Por favor, don Diego...

—Puedes tutearme. Llámame Diego. Teniendo en cuenta que vamos a pasar la noche retozando en la cama de tu marido... —le decía mientras le acariciaba el pelo.

—Quítame las manos de encima, cerdo cabrón, o gritaré.

—Vaya, apariencia de dama y lenguaje de ramera. Mi amigo el barón se lo debe pasar en grande contigo. Pero no gritarás, ¿verdad? —y le puso el filo de una daga en la garganta.

Amicia sintió la punta afilada en su cuello y el pánico la dejó

petrificada, sin atreverse a moverse o respirar.

— ¡Qué fastidio! —Soltó el hombre—. Yo que quería pasar un buen rato antes de matarte... —apretó levemente la daga en el cuello de Amicia, lo suficiente para hacerle descender por el pecho una gota de sangre.

—Suéltala ahora mismo.

*¿Esa era la voz de Guillem?*

—Vaya, barón, ¿qué te ha hecho volver tan pronto? —dijo Diego de Haro sarcásticamente y sin dejar de mirar a Amicia.

—Saber que los rumores eran falsos. Encontrar a los desgraciados a los que pagaste para difundirlos. Por cierto, cantaron en cuanto se vieron acorralados por mis hombres.

— ¿Sabías que todo el plan fue urdido por tu antigua amante?

—Lo sé. En este momento ya se encuentra recluida en el convento de Santa Clara.

—En fin, qué le vamos a hacer. Y ahora, me dejarás salir de aquí y me dejarás irme con vida, ¿no es cierto, barón? —decía mientras se dirigía a las escaleras sujetando todavía a Amicia con la daga en el cuello.

—Suéltala a ella. Y te dejaré morir con honor enfrentándonos con la espada.

— ¡Por san Jorge, barón! ¿Crees que soy imbécil? Jamás te vencería y lo sabes —el sudor le brotaba a mares por su rostro.

Aprovechando el segundo de desconcierto del hombre, Guillem hizo una seña a sus hombres para que no intervinieran y se lanzó sobre él, apartando primero a su esposa tirando de ella. Los dos hombres cayeron por las escaleras y se escucharon gemidos de dolor. Después un ruido sordo y luego nada.

Amicia y el resto de guardias bajaron rápidamente.

— ¡Guillem! ¡Guillem!

Al llegar abajo, Amicia se encontró con don Diego en el suelo en una postura antinatural, mientras Guillem se giraba hacia ella y la abrazaba al escuchar su llanto.

—Tranquila, cariño, ya ha pasado todo. Ya no podrá hacerte daño.

— ¿Pero qué dices? ¡No lloro por mí, sino por ti, zoquete! —y lo abrazó con fuerza para cerciorarse de que estaba bien sintiendo la calidez de su cuerpo.

—Sacad esta escoria de aquí —ordenó él a sus hombres.

—Vamos arriba, Guillem, y me cuentas todo mientras te ayudo a sacarte estas ropas.

—Es una gran idea.

Pero subiendo las escaleras, Amicia notó que Guillem se apoyaba demasiado en ella. Entraron en la habitación y en seguida notó la humedad en su vestido.

— ¡Guillem, estás herido!

—Creo que me ha clavado la daga en el costado mientras caíamos por las escaleras —dijo él con semblante y voz de dolor.

Amicia le despojó rápidamente de la túnica y la camisa empapadas en sangre, y cuando vio la herida que sangraba a borbotones, sintió un pánico mortal. Lo tumbó sobre la cama, le acabó de desnudar y le apretó fuertemente la herida haciendo un ovillo con la camisa. Su rostro estaba mortalmente pálido y sudaba con profusión.

— ¡Oh Dios, Guillem! Voy a pedir ayuda. Aprieta todo lo que puedas la tela contra la herida. No tardaré.

Fue por todo el castillo a voz en grito, pidiendo ayuda para su marido, y en cuestión de minutos, todo un ejército se presentaba en los aposentos para

ayudar al señor. Entre ella, Elvira, Inés y algunas sirvientas, fueron haciendo lo necesario. Amicia lavó la herida primero y luego pidió vino para desinfectarla. Pidió también que le dieran a beber bastante para que sintiera el menor dolor posible para lo que tenía pensado hacerle. Encargó hilo y aguja, la cual desinfectó como pudo hirviéndola en agua, y le cosió la herida, uniendo su carne con puntadas precisas, y aun así él no llegó a quejarse ni una sola vez. Después aplicó un vendaje compresivo con la tela limpia para hacer camisas y, supuso, no quedaba otra que rezar para que no hubiera infección. Le pareció la experiencia más difícil de todo su tiempo como enfermera.

Cuando todos se marcharon y Guillem parecía haberse tranquilizado, Amicia se sentó en una butaca al lado de la cama. Pero esa tranquilidad no había sido más que un espejismo. A las pocas horas Guillem empezó a sudar copiosamente, a delirar y a girar la cabeza a uno y otro lado de la almohada.

—Chsst, tranquilo, cariño, estoy aquí.

Amicia le tranquilizaba mientras le pasaba paños mojados por todo el cuerpo. ¿Por qué no se descubriría antes la penicilina?

Tras varios días, con sus noches, pasándole los paños, cambiándole el vendaje y susurrándole palabras tranquilizadoras, Amicia se sentía exhausta. Guillem no paraba de evocar batallas pasadas, describiendo el horror y las muertes que lo habían atormentado en su momento. De pronto, el tercer día, abrió los ojos y la miró fijamente, pero al advertir sus ojos brillantes, Amicia supo que se encontraba en el umbral de la inconsciencia.

—Amicia —susurró—, mi hermosa esposa —siguió hablando con dificultad—. Te amo, amor mío —y cerró los ojos.

Colocó rápidamente dos dedos en el lateral del cuello y notó el pulso demasiado débil, pero pulso al fin y al cabo, y un inmenso alivio la inundó. Se sobresaltó al sentir una mano en su hombro.

—Debes prepararte para lo peor, hija —le decía un hombre que le pareció un sacerdote.

— ¡No!

Salió de la habitación en tromba, sin mirar por dónde iba, y subió por las escaleras más cercanas. Subió y subió hasta que se encontró sobre el adarve de la muralla, por donde corrió sin descanso hasta toparse con una de las almenas, lo que la obligó a parar y a dejarse caer de rodillas sobre las frías y duras piedras. Miró hacia el cielo estrellado y comenzó a derramar gruesas lágrimas que intentaba detener con rabia y sin éxito.

— ¡Malditos seáis, Guardianes del Tiempo, malditos seáis! —Comenzó a gritar hacia el cielo nocturno—. ¡Le quiero! ¿Estáis contentos? ¡Le quiero, le quiero, le quiero...!

—Repetía como en una letanía—. Así que ahora dejad de destrozarme más y no dejéis que se muera. ¿No tenéis suficiente todavía? ¿Qué más queréis?

En algún momento, le pareció que una de las estrellas del firmamento brillaba más que las demás, como ofreciéndole un guiño. Pero ella siguió sollozando sobre el frío suelo, durante lo que le pareció una eternidad, hasta que sintió el tacto y la voz de Pedro.

—Mi señora, el barón parece encontrarse mejor y no para de preguntar por vos.

*¿Es posible que...?*

Cuando entraba en la habitación, se alarmó al ver a Guillem completamente despierto y levemente incorporado sobre las almohadas.

— ¡Pero qué haces, por el amor de Dios? ¡Túmbate ahora mismo!

—Estoy mejor, Amicia, no es la primera vez que sufro una herida con fiebre y siempre lo he superado.

—Me importa un comino lo que superaras en tus batallas, ahora estás a mi cuidado y no voy a dejar que te levantes. Créeme, sé lo que hago. Además, un tiempo en cama con todo el mundo pendiente de ti te sentará de maravilla.

— ¡Se acabó! ¡Ya no aguanto más estar en esta cama! Todos los

habitantes de este castillo han pasado por aquí para preguntarme si estoy bien o si necesito algo. ¡Sin contar contigo y mis hermanas, que no habéis dejado ni que me lave el trasero yo solo!

— ¡Vaya un paciente imposible! —Le dijo Amicia con los brazos en jarras—. Se supone que hemos sido nosotras las que hemos tenido que soportar todas tus quejas y tus protestas por todo.

— ¡Una semana, Amicia! ¡He estado aquí tumbado una maldita semana! ¡Así que, me ayudas a vestirme o lo hago yo solo, pero no pienso estar en esta cama ni un minuto más, a no ser que sea contigo dentro y desnuda!

—Vaya, parece ser que realmente te encuentras mejor, ¿no? —le dijo ella sonriente.

—Por supuesto, no te preocupes. Y no creas que no valoro lo que habéis hecho por mí, sólo que necesito seguir con mi rutina, entrenar con mis hombres y recuperar mis fuerzas.

—Está bien —suspiró—. Pero recuerda, poco a poco, y si notas cualquier molestia, paras en seguida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, mi sabia esposa.

Después de ayudarlo a vestirse, se quedó un buen rato mirando por la ventana, observando cómo sus hombres se alegraban de tenerlo de vuelta. Aun así, pasó todo el día muy pendiente de él, atenta ante cualquier síntoma de debilidad por su parte. Pero, afortunadamente, su recuperación fue asombrosa, y Amicia tuvo que admitir que volver a su vida normal le había hecho mucho bien.

Al llegar la noche, Amicia se retiró temprano a su habitación para darse un baño relajante. Conforme pasaban las semanas, se iba sintiendo más cansada, aunque las náuseas y los mareos parecían haberse esfumado, y un baño antes de acostarse la hacía descansar mejor.

Estaba ya sumergida en el agua caliente, cuando su marido irrumpió en la habitación, cerró la puerta y comenzó a quitarse la ropa.

— ¿Qué haces? —preguntó ella.

—Necesito un baño, así que aprovecharé que tienes el tuyo preparado para dármelo yo también.

— ¿Y vamos a caber los dos?

—Sí. Échate hacia atrás y abre las piernas, que yo haré lo mismo.

Amicia hizo lo que le pidió y Guillem la imitó, aunque sus rodillas sobresalían demasiado por encima del nivel del agua. Resultaba muy agradable estar los dos juntos en el agua, frente a frente, dejando que la tibieza del agua les acariciara la piel.

—Me da la sensación de que ya habías hecho esto antes —dijo Amicia con el ceño fruncido.

—Contigo no —y la miró fijamente con sus ojos azules y con pícaro expresión.

— ¡Serás...! —Le salpicó a la cara—. Me refiero a que sabías exactamente cómo debíamos colocarnos.

—No he sido ningún santo, Amicia. En los castillos de muchos nobles ofrecen a sus visitas un baño con la ayuda de varias muchachas.

— ¿Varias?

—Por supuesto. Es muy agradable. Mientras una te frota con el paño, otra lo hace con el jabón, a otra la invitas a que te acompañe...

— ¡Oh, cállate! —gritó ella dándole un pellizco en la parte interna del muslo.

— ¡Ay! —y se puso a reír con una risa sincera y desinhibida—. ¡Qué fácil es hacerte enfadar! ¿Estás celosa?

— ¡Claro que no! —Guillem levantó una ceja—. Bueno, sólo un poco.

Siguió un momento de silencio, que quebró Amicia al advertir la cicatriz rosada en el costado de Guillem.

—Casi te mueres —dijo en un susurro, mientras pasaba la yema de sus dedos por ella.

—Pero no ocurrió —Guillem notó su voz ronca al sentir la caricia de los dedos de su esposa sobre las costillas —. Y tú, ¿cómo te encuentras? —le dijo posando sus manos sobre el vientre suavemente redondeado.

—Bastante bien.

Para estar embarazada, en el siglo XIII, sin médicos ni anestesia epidural...

De pronto, aún con las manos de Guillem sobre su vientre, Amicia lo notó por primera vez. Un movimiento, en su interior. Y él lo notó también.

— ¡Amicia! ¿Lo has sentido? ¿Al bebé? ¡Se ha movido! —exclamó eufórico.

Pero Amicia, ante el asombro de su marido, comenzó a llorar desconsoladamente.

— ¿Qué te ocurre, amor mío? ¿Te encuentras mal? —le preguntó alarmado.

—No, Guillem, no me pasa nada.

*Más bien me pasa todo*

—Entonces, ¿por qué lloras?

Amicia sintió la preocupación de ese hombre en el alma. Ya era tarde para lamentaciones. Se acabó maldecir a los Guardianes. Fue ella y sólo ella la que aceptó esa “misión”, para ayudar a Guillem, señor de Montsolís, y a toda aquella gente. Se acabó auto compadecerse y lamentarse. Tendría a aquel hijo y salvaría a su padre. Porque lo amaba, con todo su corazón, aunque nunca se lo hubiese dicho.

—Llévame a la cama y hazme el amor, Guillem, por favor —le dijo suplicante, como si su tiempo con él estuviese acabando. En realidad, sólo unos pocos meses le quedaban junto a él. Una horrible cuenta atrás.

—Lo estoy deseando, cariño.

La sacó de la tina, la secó suavemente con un paño y la depositó sobre la cama. Luego se tumbó junto a ella y comenzó a besarla, dulcemente, sin prisas, algo en lo que ella no estaba de acuerdo, pues comenzó a besarle frenéticamente, aferrando sus hombros y arañando su piel.

—Amicia, tranquila, no quiero hacerte daño.

— ¡No me lo harás, maldita sea! No quiero suavidad en este momento, quiero que me tomes, una y otra vez, hasta que me dejes sin fuerzas, hasta que no pueda pensar en otra cosa que no sea sentirte.

A Guillem, las palabras de su mujer lo excitaron y conmovieron, y no tuvo más alternativa que complacerla. Aunque de lado para que no soportara su peso, la besó con desesperación, lo mismo que ella, en una batalla de lenguas y dientes. Bajó rápidamente a sus pechos, para chuparlos con fuerza, mientras bajaba su mano por entre las piernas y le introducía un dedo en el interior de su cuerpo. Amicia movía sus caderas de manera descontrolada y febril, mordiéndole en el hombro hasta dejar la marca de sus dientes. Rápidamente, Guillem la instó a que pasara la pierna por encima de su cadera y la embistió de una sola acometida, sosteniéndole la pierna en alto y mirándola directamente a sus ojos dorados y agitados. Cuando sintió que su mujer llegaba a la cúspide del placer, no aminoró sus embestidas, sino que las aceleró, y no paró hasta que los dos pudieron estallar al mismo tiempo en un clímax prodigioso y agotador.

Más tarde, ambos enlazados y sudorosos, uno pegado al otro, siguieron en la cama en silencio, sabiendo que a veces los actos son más reveladores que las propias palabras.

# CAPÍTULO 10

El invierno de aquel año no fue especialmente crudo, y el paso a 1245 se celebró con una fiesta parecida a la Navidad, para conmemorar el nacimiento de Jesús. Eran tiempos de relativa paz, y había muchos actos religiosos y misas de agradecimiento. No conocían el calendario tal y como se conoce en la actualidad, y las celebraciones estaban más relacionadas con los ritmos estacionales, pero Amicia disfrutó enormemente, con las comidas, las canciones de los juglares o los regalos que le ofrecieron, casi todos relacionados con el bebé. Ella le regaló a Guillem una túnica con el escudo de la baronía bordado por ella misma —después de diez o doce intentos desastrosos—, y Guillem le regaló una preciosa joya que la dejó con la boca abierta. Se trataba de un broche de oro, de forma circular, con rubíes y zafiros. Jamás había visto nada semejante y se lo prendió en su vestido, mientras él la miraba lleno de amor.

Aun así, esos días, sintió una triste nostalgia de su casa, su tiempo y su familia. Recordó el bullicio que se formaba en su casa, con sus dos hermanos pequeños adornando el árbol de Navidad. O la larga mesa que había que poner en nochebuena, con altas copas y velas rojas, para recibir a sus tíos y primos. O la mañana de Reyes, intentando que sus inocentes hermanos no se levantaran demasiado temprano, para no ver cómo los Reyes Magos se bebían la leche y se comían las galletas que les habían dejado.

Así que, ni corta ni perezosa, le pidió ayuda a Nuño para que le trajera un pequeño abeto —si podía ser, con raíz. No quería empezar con la deforestación antes de tiempo—, lo colocara en un tiesto, y ella se encargaría de adornarlo. Utilizó piñas, lazos de tela en colores brillantes y unas velas en su base.

Sonrió satisfecha. Ahora todo estaba mejor. Sentía que estaba en casa, en su verdadera casa, en su lugar y en su tiempo. Decididamente, había nacido casi ocho siglos tarde.

A la salida del invierno solía ser habitual la celebración de torneos y justas en los castillos de los nobles. Nobles, caballeros, damas y la mayoría de habitantes, se daban cita en dichos juegos. Se montaban grandes palcos para todos los espectadores, reservando los más cercanos a la primera fila para las personalidades más importantes, y donde se colocaban doseles y carpas que evitaran la incomodidad del sol en la cara.

A Amicia al principio le impresionó ver a dos caballeros lanza en ristre a toda velocidad intentando derribarse el uno al otro, pero acabó aplaudiendo y disfrutando, como cuando presenciaba un partido del Barça en el Camp Nou.

Guillem, por su parte, ya no quería arriesgarse demasiado en pruebas más peligrosas, pensando en su esposa y en el hijo que esperaban, así que participó en duelo con espada, donde se proclamó vencedor, y en tiro al blanco, donde quedó en segundo lugar.

Entre prueba y prueba dirigía la vista hacia su mujer. Desde esa distancia no podía verle la cara, pero la reconocería entre toda una multitud. Divisaba su resplandeciente cabello castaño y su bonito vestido en color celeste, de corte griego para disimular su estado, algo que para él era el mayor orgullo.

Se tocó la cinta de color azul que ella le había anudado esa mañana en el brazo. Contrariamente a lo que muchos pensarán, el amor que sentía por su esposa le hacía agitar la sangre, sintiéndola correr por sus venas y haciéndole sentir poderoso e invencible.

Y dentro de poco, ese estado peligrosamente parecido a la felicidad, se vería colmado por el nacimiento de su hijo.

Conforme se fue acercando la primavera, la hierba se tornaba verde, surgían las flores y brotaban los frutos, a Amicia comenzó a instalársele un gran peso en el corazón, que sabía que ya no desaparecería, sino que iría a peor. Intentó empaparse de todo lo que la envolvía, tanto lugares como personas, absorber palabras, inhalar olores, captar imágenes, impregnarse de recuerdos.

Su embarazo estaba en la recta final y Guillem la protegía y mimaba más

que nunca.

Sus muestras de cariño y afecto comenzaron a irritarla, por no poder desahogarse y no poder decir que se sentía, en realidad, la más desgraciada del mundo. No aguantaría por más tiempo los mimos de nadie o en cualquier momento se pondría a gritar y a romper cosas.

Esos días necesitaba estar sola.

Aunque se le rompiera el corazón.

Con la ayuda de varias sirvientas, comenzó a trasladar sus cosas a su antigua habitación. Cuando colocaba sus últimos enseres en la pequeña cómoda, Guillem se asomó a la puerta con el semblante lleno de confusión.

— ¿Qué haces, Amicia?

— Ya lo ves, colocando mis cosas.

— ¿Por qué?

— Porque no descanso ni te dejo descansar a ti. Estoy gorda y pesada, apenas puedo darme la vuelta en la cama. Los ardores de estómago me obligan a incorporarme, y tengo que levantarme a utilizar el orinal cada dos horas.

— Todavía no me he quejado de nada —le dijo él con voz fría—. Así que coge inmediatamente tus cosas y vuelve a mis aposentos. Ahora.

— No.

— No te estoy pidiendo tu opinión, mujer. Es una orden, algo a lo que tú no estás acostumbrada.

— Que yo no pienso obedecer.

— Amicia, no me hagas perder la paciencia. Soy el padre de ese hijo y no me ocurrirá nada si yo también soporto algunos inconvenientes. Estamos juntos en esto.

—Pero yo no quiero estarlo.

—No te entiendo —parecía cada vez más desconcertado—. No me importa nada de lo que has dicho antes. Te quiero.

*Perdóname, por favor*

—Pero yo no.

—¿Es ese realmente el problema? —Su voz sonó helada—. ¿Que no me has amado nunca?

—No, nunca.

—Pero vamos a tener un hijo. Seguiremos juntos.

*No me odies. Te quiero*

—¿Y qué? —gritó ella—. ¡Tú y tu rey ya tenéis vuestro preciado heredero! ¿No nos casamos con ese fin? ¡Así que a partir de ahora ya no será necesario que vuelvas a ponerme las manos encima!

La cara de Guillem se transformó súbitamente, perdiendo totalmente el color. Su cuerpo se quedó rígido y tenso como la cuerda de un arco. La miró fijamente con ojos turbulentos y le inclinó ligeramente la cabeza.

—Será como deseas.

Y volvió por donde había venido.

Amicia cerró rápidamente la puerta y se dejó caer sobre la cama. Ni siquiera pudo llorar, por el odio que sentía, hacia sí misma y hacia la situación.

No se movió hasta que el dolor de espalda la obligó a hacerlo.

Intentando bordar en compañía de Teresa, Amicia pasaba las horas, lentas y tediosas. Ya había salido de cuentas y, aunque su vientre no estaba excesivamente abultado, apenas podía agacharse, la espalda la estaba matando

y tenía unas enormes ojeras. Sus cuñadas e Inés procuraban que estuviese bien alimentada, habiéndose percatado de su falta de apetito, lo mismo que de su desidia generalizada. Ninguna de ellas le había preguntado nada acerca de su relación con Guillem, casi nula. Teresa le había asegurado que entre los soldados se comentaba que el barón estaba irritable y malhumorado, aunque también estaban siendo discretos y no preguntaban nada.

La única alegría de esos días fueron los preparativos de la boda de Teresa y Alonso, excepto por la fecha en la que se celebraría, ya que ella ya no estaría allí. De todos modos, la presencia y la sosegada conversación de Teresa, la relajaban y la hacían olvidar.

Intentaba por todos los medios pasar el mayor tiempo posible con la mente en blanco.

—El barón ha sido muy generoso con nosotros —relataba Teresa con la vista en el bordado—, pues no sólo no impidió nuestra boda, sino que nos ha regalado un trozo de tierra al norte de la baronía, donde construiremos una casa. Podremos seguir viéndonos, ¿verdad Amicia?

*Me parece que va a ser que no*

—Teresa, no quiero que te alarmes, pero acabo de romper aguas. Así que busca a Inés y que lo preparen todo.

— ¡Oh, Dios bendito! —y salió corriendo de allí haciendo volar telas, hilos y agujas.

Amicia intentó relajarse. Llevaba un buen rato con las contracciones, aunque habían sido soportables, pero ya empezaban a ser más fuertes y frecuentes. Aunque no tuviera un reloj para contabilizar los minutos, ya se había acostumbrado a contar el tiempo de cabeza.

*Respira, respira*

Se levantó para dirigirse a su habitación, pero el intenso dolor no le permitió continuar, haciendo que se doblara por la cintura y emitiera un grito que rasgó el aire. Pronto se vio rodeada de mujeres, todas ellas comandadas

por Inés, que era la comadrona oficial.

—Veamos —dijo Inés con voz autoritaria—. Primero alguien tiene que llevarla a sus aposentos y depositarla en la cama.

—Yo lo haré —se oyó la voz atronadora de Guillem.

Se arrodilló junto a su mujer y la cogió en brazos como si no pesara más que un gatito. Amicia jadeaba de dolor y apoyó la cabeza en su hombro, mientras Guillem le apartaba el cabello de la cara suavemente. La depositó en su cama y le tuvo la mano entre las suyas unos instantes, preocupado por la palidez del rostro de su esposa.

—Ha de marcharse, barón —ordenó Inés.

Y Guillem salió de la habitación.

Amicia sintió cómo varias manos la tocaban entre las piernas y sobre el vientre. Sudaba copiosamente y el dolor comenzaba a ser insoportable.

—Vamos, Amicia —instaba Inés—, ¡empuja!

— ¡Y qué coño crees que estoy haciendo! —decía apretando con todas sus fuerzas.

—Tranquila, pequeña —intentaba tranquilizarla la mujer.

— ¡Y una mierda! —Amicia había perdido toda noción de frecuencia, respiración o contracción. Para una parturienta no existía el recato o la cortesía.

— ¡Empuja, otra vez!

— ¡Aaaah, joder! —esta vez intentó controlar la respiración.

*Sopla poco a poco, recuerda... Buf, buf, buf*

—Lo estás haciendo fenomenal, mi niña. Ya vemos la cabeza. Otro esfuerzo, que todo va muy bien.

— ¡No, nada va bien! —gritaba furiosa—. ¡Estoy pariendo en un puto castillo medieval, joder!

—Pobrecilla —dijo una de las mujeres—, ya no sabe lo que dice.

—Vamos, Amicia, empuja y grita todo lo que quieras —aconsejó Inés.

Y eso hizo ella. Empujó y gritó, empujó y gritó...

Guillem caminaba arriba y abajo, adentro y afuera, o se apoyaba haciendo fuerza en una de las chimeneas. Cada vez que escuchaba un grito de su esposa, se bebía de un trago una copa de vino. Ya le habían llenado la jarra varias veces.

Pasaron horas interminables. Guillem acabó sentándose en una silla frente a la mesa, agarrando la copa con una mano y la jarra con la otra, hasta que una voz de mujer le hizo levantarse de un salto.

—Mi señor —dijo la mujer haciendo una leve reverencia—, su esposa repite su nombre, una y otra vez.

Corrió escaleras arriba como una exhalación y se presentó en la habitación apartando a todo el que se ponía en su camino. El llanto de un bebé llenó el aire, pero Guillem sólo tenía ojos para la imagen que se le presentó ante sí, donde su esposa yacía, pálida y sudorosa. La sangre impregnaba las ropas de la cama y su olor metálico inundaba el ambiente.

—Ha sido un varón, Guillem —le susurró Inés—. Pero ella está muy débil y no deja de llamarte.

Guillem se acercó a la cama, se sentó en ella y le cogió una mano a su esposa.

— ¿Amicia?

Amicia abrió ligeramente sus ojos. Se encontraba tan débil que apenas podía mantenerlos abiertos y apenas podía hablar, pero era primordial que

hablara con él.

—Guillem —sentía la garganta seca—, es un niño —y sonrió.

—Ya lo sé, cariño, lo están limpiando y vistiendo.

— ¿Está bien? ¿Tiene de todo?

—Está perfectamente, pero tú no debes agotarte, has perdido mucha sangre.

—Tengo que hablar contigo, antes de que me vaya.

—No vas a ir a ninguna parte, cariño. Te pondrás bien, y cuidarás a nuestro hijo, y discutirás conmigo y seguirás sin obedecerme.

—No, Guillem, siento que no vaya a ser así. Pero sobre todo quiero que sepas que te amo, que siempre te he amado y te amaré siempre, esté donde esté.

—No hables así, Amicia, por favor, no te rindas...

—No puedo hacer nada —sonrió—, está fuera de mi alcance. Siempre te recordaré...

Amicia vio de pronto el rostro de Guillem borroso, cada vez más desdibujado.

Hasta que todo se volvió negro.

Teresa se llevó las manos a la boca, destrozada por la pena. Mencía se apoyó en el hombro de Elvira y lloraron desconsoladas, como el resto de las personas de la estancia.

Pero todos en respetuoso silencio, en honor al hombre que hundía su rostro en el pecho de su esposa.

El barón, el caballero, el soldado.

El hombre.

Todas las personas presentes se encogieron al ver aquel guerrero, sobre el cuerpo inerte de su esposa, llorar durante horas.

# CAPÍTULO 11

Bea no reconocía aquel lugar. Paredes blancas, fluorescentes en el techo, un tubo que entraba en su cuerpo...

Ahora sí. Una habitación de hospital. ¿Dónde ella trabajaba? Una enfermera entró, le miró el suero y la miró de reojo.

—Estás despierta. ¿Cómo te encuentras?

—Hola. Bastante bien.

*Para haberme desangrado...*

—En seguida vendrá el médico.

— ¿Qué me ha pasado?

— ¿No lo recuerdas? Lo siento, has tenido un aborto espontáneo.

*¿Aborto? Claro, cómo explicar un embarazo de dos días...*

*Unos Guardianes muy eficientes.*

— ¿Cuándo podré marcharme?

—Tranquila. ¿Eres Bea, verdad? Somos compañeras, yo estoy en urgencias. Aquí estás en las mejores manos. Y no te preocupes. Todo ha sido muy confidencial.

— ¿Quién me trajo hasta aquí?

—No sé, creo que sola. Traías una bolsa con ropa, calzado y neceser.

*Y muy considerados*

— ¡Ah!, y tu mano agarraba esto tan fuerte, que casi tuvimos que arrancártelo. Es muy bonito, parece una joya muy antigua.

*El broche que le regaló Guillem. Una prueba de que había sido real*

—Es sólo bisutería —y volvió a aferrarlo fuertemente—. ¿Puedes decirme qué día es hoy y la hora?

—Sí, claro, domingo, once de mayo, a las nueve de la mañana.

*Tal y como dijeron. Aún más pronto para darme tiempo a recuperarme. Lo dicho, muy considerados*

El doctor no vio demasiado problema en darle el alta, aunque debía hacer reposo y volver en unos días para un control. Así que, Carol, su compañera de la mañana que terminaba su turno, la llevó en su coche hasta su casa.

Allí seguía todo como lo había dejado. Incluso la ropa sin doblar, que seguía diseminada por el sofá.

*Dios, he pasado casi un año fuera*

*Pero aquí sólo han sido dos días...*

Agarró la ropa de un puñado y la tiró sobre la cama de Raquel. Se tumbó en el sofá, con la vista perdida en ninguna parte. Se sentía extraña, perdida, sin rumbo. Cerró los ojos con fuerza. Todavía no eran capaces de fabricarle las lágrimas que sabía derramarían más adelante.

Cuando los abrió se fijó en su móvil, que aún seguía sobre la mesa. Lo cogió y comprobó que todavía tenía batería, así que, sin dudar, pulsó el número del móvil de su madre.

— ¿Bea? —sintió la voz todavía juvenil, tan parecida a la suya—. ¿Qué tal estás, cariño?

Inspiró para intentar controlar el temblor de sus labios. Para ella había pasado un año sin escuchar esa voz familiar, que siempre la hacía sentir bien,

como cuando tenía frío y le echaba una manta sobre las piernas.

—Estoy bien, mamá, ¿qué tal vosotros?

—Pues como cada domingo por la tarde, merendando en un burger después de haber ido al cine los cuatro. ¡Eh, vosotros dos! ¡Dejad de pelear por las patatas fritas! En fin, hija, como siempre, tratando de que tus hermanos se comporten.

— ¿Podría hablar también con papá?

—Sí, claro, ahora te lo paso.

Habló con su padre, e incluso con sus hermanos y de repente se encontró mejor. Cuando colgó, sólo tuvo que recostarse un poco y se quedó profundamente dormida.

— ¿Bea? —La llamó su amiga más tarde—. Acabo de llegar y parece que te quedaste dormida. ¿Te encuentras mal?

—No, tranquila, sólo un poco cansada.

—Debe ser una gripe de esas de estómago, que te dejan para el arrastre. ¿Qué te has hecho en el pelo?

*Otra prueba de que todo había ocurrido*

—Ah, sí —dijo tranquila—, me lo he oscurecido, pero se irá al lavarlo.

— ¿Sabes que he conocido a alguien en la boda?

— ¿No era un encuentro de la tercera edad?

—Sí, pero resulta que una tía de otra tía de no sé quién, pidió que alguien la llevara y se ofreció su nieto, al que, claro está, sentaron a mi lado. ¡Creo que ha sido un flechazo!

— ¿Cómo las últimas cinco veces?

— ¡No seas aguafiestas! —y comenzó con su historia—. Resulta que es dueño de un restaurante...

Bea cerró los ojos y sonrió. Mientras su amiga siguiera con su aventura, ella no pensaría en nada más.

Pero tras el domingo, llega el lunes, y con él la rutina de su vida anterior, aunque pasaría unos días en casa convaleciente con la baja médica. Raquel ya se había marchado a trabajar y había tenido la decencia de doblar y guardar toda la ropa que se había dejado tirada el viernes. Así que, arrastrando los pies, Bea se dirigió a la pequeña cocina y puso en marcha la cafetera. El olor a café le inundó las fosas nasales y cerró los ojos de placer. Era una de las pocas cosas que había echado realmente de menos. Se sentó en el sofá agarrando la taza caliente con las dos manos y puso la televisión. Empezó a cambiar de canal con el mando a distancia, pues a esas horas sólo había debates, entrevistas a políticos o noticias, las cuales seguían siendo tan desalentadoras como siempre. Bea comparó el mundo actual con el de la Edad Media.

¿No había pensado ella siempre que en esa época sólo había guerras, diferencia de clases sociales y que el pueblo no tenía ni voz ni voto?

¿Y en la actualidad?

Medio mundo estaba en guerra con el otro medio, seguía habiendo ricos y pobres y la palabra democracia empezaba a perder su significado.

¿Era mejor el mundo de ahora? ¿Era más humano o civilizado?

Bea creía que no.

Apagó la televisión. La entretenía más escuchar, después de cenar y junto a un gran fuego, una historia de batallas o una leyenda de amor contada por la voz envolvente de un trovador.

Empezó a dolerle la cabeza y abrió mecánicamente el cajón de la cocina

donde guardaba las pastillas para la jaqueca, junto a las de valeriana para poder dormir. ¿Desde cuándo no las había necesitado?

La respuesta era bien sencilla: desde hacía un año. Durante ese tiempo había dormido perfectamente bien y no había vuelto a tener ni un leve dolor de cabeza.

Decidió coger su bolso y dar un paseo para despejarse. Al salir a la calle, la desconcertó el río de personas que inundaban la acera, que no se miraban ni saludaban, por mucho que se vieran cada día a la misma hora. Se había acostumbrado a hablar con la gente con la que se cruzaba, o simplemente saludar si no les conocía mucho.

*¿Me siento fuera de lugar? ¿Debe ser cierto que nací ocho siglos tarde?*

Siguió caminando hasta que se sintió cansada. Todavía se notaba débil y apática y se sentó en el banco de un parque.

No se había dado cuenta de que se trataba de un parque infantil.

A Bea se le encogió el corazón. Todo lo que abarcaba su vista eran mamás con sus carritos de bebé, niños pequeños jugando en la arena con sus cubos y palas, otros bajando por el tobogán, y todo ello con el bullicio de fondo de las risas infantiles.

*¡Oh, Dios, mío! ¡Yo también tengo un hijo! Que no sé dónde está, ni cómo es...*

*¡No!, rectifico, dónde estaba, cómo era...*

*Presente, pasado, pasado, presente...*

*¿Por qué no me dejaron verle? Fue una crueldad por su parte...*

Pero en el fondo sabía que había sido mejor para ella, así no tendría una imagen de su hijo. Inés se encargó de que así fuera.

Una mujer se sentó a su lado con un bebé en brazos. Intentaba abrir la

canastilla para sacar algo de ella, pero le era imposible abrir la cremallera con una sola mano.

—Perdona —se dirigió a Bea—, ¿podrías cogérmelo un momento que tengo que buscar el biberón? Es que si lo vuelvo a soltar en el carrito llorará. Tiene hambre y no me perdona un retraso.

No. Eso ya era demasiado. Bea se levantó y se marchó de allí corriendo, sin mirar hacia dónde iba y sin volver la vista atrás. Cuando subió a su casa, sin saber cómo había llegado, se dejó caer en el sofá, se aovilló y por fin lloró, hasta que sus ojos quedaron secos.

—Bea, no sé qué te ocurre, pero no puedes seguir así.

—No me ocurre nada.

— ¿Cómo qué no? Llevas días sin salir de casa, en pijama, sin peinarte y casi sin lavarte. Estás hecha un desastre y te he oído llorar más de una vez. ¿Me lo vas a contar?

—Mañana vuelvo al trabajo y me encontraré mejor.

— ¡Ja! ¡Pobres pacientes! En cuanto vean la alegría que llevas encima los acabarás de deprimir más que por el hecho de que estén enfermos y en un hospital.

—De verdad, Raquel, agradezco tu interés, pero necesito la vuelta a la rutina para recuperarme. Sentirme útil y todo eso.

—Esa es otra. ¿Una semana de baja por una gripe? ¿No ha habido algo más?

—No, déjalo ya.

Pero su amiga tenía razón. Mientras atendía a los pacientes, estos la miraban de reojo, observando sus enormes ojeras azuladas, su pálido rostro y su exigua conversación.

El trayecto de ida y vuelta lo hacía por inercia, y cuando estaba en casa

parecía un alma en pena. Ya habían pasado tres meses y la cosa no mejoraba. Incluso su cabello volvía a ser rubio, sin restos del tinte vegetal castaño, como si las vivencias acaecidas se hubiesen marchado también por el desagüe.

*¿Cuándo acabará esto? ¿Cuándo dejaré de sentirme tan vacía por dentro?*

—No puede ser, querido Alem, nosotros no podemos hacer nada.

—Pero míralos, Alceo, parecen muertos en vida. Nunca nos había pasado anteriormente. Las personas que nos ayudaban estaban deseosas de volver a su tiempo y su lugar, en cambio ella era feliz allí, y él con ella.

—Eso no nos incumbe, y te repito que nada podemos hacer.

—Pues yo creo que podríamos arreglarlo, al fin y al cabo, hemos llevado a cabo empresas mucho más difíciles. Por no contar que Beatriz hizo un trabajo excelente.

— ¿Y qué propones? ¿Que ella vuelva? ¿Resucitada de entre los muertos?

—Creo que yo podría sugerir algo.

Los dos hombres miraron al Guardián del Tiempo más joven de los tres. Donar no había hecho todavía ningún comentario, así que sus mentores le instaron a hacer su propuesta, la cual expuso de forma breve y concisa.

—No sé —dudó Alceo—. Parece sencillo y sin consecuencias graves, pero...

—No busques peros donde no los hay —cortó Alem—. Creo que nuestro discípulo ha encontrado una salida plausible y le elogiamos por ello. Ahora, sólo nos queda hablar con Beatriz. ¿Creéis que aceptará?

Bea observaba el paisaje a través de la ventana del tren. Siempre que visitaba a su familia, el viaje se le hacía bastante ameno, ya que la visión de la

costa mediterránea siempre era un privilegio. Aunque esta vez era un viaje distinto. Era el último viaje. No pudo dejar de sentirse triste por haberse despedido de su familia, aunque estos creyeran que se iba de voluntaria a Médicos sin Fronteras. Pero les había mentido. No volvería a verlos.

Apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su mejilla. Aun así sonrió. Era ley de vida y ella había escogido la suya. Desde que se le volvieran a presentar los Guardianes, y le explicaran que había un modo de volver con Guillem, no lo dudó un instante. Podría volver a verle a él, a todas las personas que eran como una gran familia para ella y, sobre todo, podría ver a su pequeño. Esta vez —le habían confesado los Guardianes— el tiempo pasado había sido real, así que, si hacía tres meses que había vuelto, también habían pasado allí. Su hijo ya tendría tres meses, pero no importaba, habría tiempo de sobra para conocerse y quererse.

Cuando por fin llegó a casa, no sabía por donde empezar. Había quedado con los Guardianes a medianoche, pero ya iba de un lado para otro como si tuviera que preparar las maletas, cuando en realidad no necesitaba nada. Únicamente cogió el broche de Guillem y lo aferró fuertemente entre sus dedos. Recordó hacer unos trámites con el ordenador, y entonces escuchó la llave de la puerta.

— ¡Bea! La visita a tu familia te ha sentado francamente bien. Se te ve genial.

—Raquel —Bea inspiró—, tengo que hablar contigo.

— ¿Qué sucede? —dijo sentándose junto a ella.

—Creo que tendrás que buscarte otra compañera de piso.

— ¿Qué? ¿Por qué? ¿Dónde vas?

—Lejos —suspiró.

—Bea, por Dios, ni que te fueras a una ONG.

—Peor —Bea hizo una mueca.

— ¿Cómo que peor? Me estás asustando. Ni que te estuvieras muriendo.

—Hay algo que quiero contarte. No se lo podrás decir a nadie. Aunque, de todos modos, no te creerían. Escucha...

Bea le contó a Raquel toda la historia, desde aquel viernes por la tarde en su salón, hasta su aparición en la habitación de un hospital. Al principio Raquel creyó que su amiga le estaba gastando una broma, pero al verla tan seria y recordar sus últimos meses, le dio el beneficio de la duda.

—Algún día —le dijo Bea— sabrás que es verdad.

Las dos amigas permanecieron abrazadas durante mucho tiempo.

# CAPÍTULO 12

*Castillo de Montsolís, 1245*

Un jinete se acercaba a las puertas de la fortaleza. Guillem lo miró ceñudo desde una de las almenas. Hacía tiempo que no recibía visitas y era lo último que necesitaba.

Observó cómo uno de sus guardias recibía el mensaje, así que no le quedaba más remedio que acercarse. Bajó la angosta escalera y se dirigió al guardia que venía a informarle.

—Mi señor... —se acercó el soldado titubeante.

Desde que el barón de Montsolís perdió a su esposa, su carácter se había vuelto hosco y taciturno. Pasaba la mitad del día entrenando y luchando con sus hombres y la otra mitad se perdía en el sopor del vino ante una de las chimeneas del salón, durante toda la noche, sin más compañía que dos perros sabuesos que dormitaban a sus pies.

— ¿Qué ocurre?

—Mi señor —interceptó el visitante—, pido permiso de parte de mi señora, la cual desea ser recibida.

— ¿Y quién es tu señora?

—Se trata de la hermana de su difunta esposa, mi señor, cuyo mayor deseo sería conocer a su sobrino, con el beneplácito del barón.

— ¿Hermana? Nunca he sabido de ella.

—Son hermanas de padre, mi señor, y ha permanecido mucho tiempo en el Valle de Aspe, desde que tuviera que hacerse cargo de su anciana madre.

—Está bien, está bien —dijo el barón desdeñoso—, que entre la buena mujer y se vaya lo más pronto posible.

Poco después entraba por las puertas del castillo, un grupo a caballo escoltando un carro que transportaba varios toneles de vino de la región occitana, como presente para el barón. Cuando se detuvo en el patio, de su interior surgió una figura femenina que miraba a su alrededor con visible aprobación. Las hermanas del barón, que habían salido a recibirla, se la quedaron mirando con los ojos muy abiertos. La muchacha vestía un bonito y elegante vestido de color azul celeste con las ajustadas mangas en color marfil. Varios mechones de su rubio cabello asomaban bajo el velo del mismo color del vestido. Pero no fue la belleza o la elegancia de la invitada lo que dejó boquiabiertos a los presentes. Todos y cada uno de ellos comprobó de primera mano el gran parecido que existía entre la visitante y la difunta señora del castillo. Algunos de ellos se santiguaron al verla.

—Señoras —Bea hizo una leve reverencia—, ¿se encuentra el barón en casa? Quisiera tener unas palabras con él.

—Sí, por supuesto —contestó Elvira visiblemente trastornada—. Bienvenida al castillo de Montsolís.

A Bea empezaron a temblarle las piernas. Hasta ese momento todo había ido tal y como le habían asegurado los Guardianes. Mientras recorría el trayecto en el carro que la había transportado, había vuelto a admirar las tierras, los bosques y los cultivos, además del pueblo de Montsolís. Había sentido una paz inmensa, respirando aquel aire puro y limpio.

Pero ahora, en ese momento, los nervios hicieron acopio en ella. Se le aceleró el corazón al entrar en el vestíbulo de la entrada. ¡Estaba tan cerca de él! De momento, divisó a algunos sirvientes que iban y venían, mirándola con cara de asombro, tapándose la boca y haciendo la señal de la cruz.

Pero en cuanto se encontró dentro de aquella maravillosa fortaleza, su pecho se llenó de aire por la emoción. Los mismos tapices en las paredes, los

mismos muebles, aquel familiar olor a humo, resina y tomillo. Aunque por un momento, observó a su alrededor y sintió un atisbo de confusión. Algo había distinto en el ambiente, en el aire. Era un extraño silencio, cargado de tristeza y melancolía.

Y de pronto ahí estaba él. Guillem. Su guerrero, su caballero, su amor. Comenzó a respirar vertiginosamente. Sintió su cuerpo ablandarse y su corazón expandirse.

De todos modos, sabía cuál era su papel. Se trataba, supuestamente, de una desconocida. Así que se acercó a él, que se encontraba de espaldas, se agarró su vestido, y le hizo una perfecta reverencia, mientras le dirigía un cortés saludo.

—Es un honor conocerle por fin, barón.

Guillem miraba fijamente las llamas del fuego de la chimenea con las manos enlazadas en la espalda. Escuchaba de fondo el bullicio por la inesperada visita, pero que a él no le interesaba recibir. Sólo unos meses atrás, su castillo era parada obligatoria de multitud de nobles y caballeros, por la seguridad que podía ofrecer, su hospitalidad, y el buen hacer de la anfitriona. Pero ya no era lo mismo, después de...

Hizo un esfuerzo por no pensar. Llevaba meses haciéndolo. En cuanto esa inoportuna visita se marchara, volvería a embotar sus sentidos con ingentes cantidades de vino. Puede que incluso antes. Así, si esa señora lo veía en estado de embriaguez, quizá se largara antes de tiempo.

*Un saludo lo sacó de sus pensamientos. Esa voz...*

*Es un honor conocerlo por fin, barón...*

*No puede ser. Debo haber perdido la razón. Sueño con ella cada noche o cuando he bebido demasiado, pero estoy sobrio...*

Se dio la vuelta y casi estuvo a punto de caer de bruces al suelo. Los ojos se le salieron de las órbitas y el corazón se le paró.

— ¿Amicia? —susurró.

—Soy su hermana, mi señor —contestó rápidamente antes de confundirle más. Al percibir su consternación y su pena, Bea sintió que sangraba por dentro. Estaba más delgado y la tez de su rostro lucía un color amarillento que hacía resaltar su cicatriz, y con unas profundas ojeras que le restaban brillo a sus hermosos ojos azules. Quiso lanzarse a sus brazos, evitándolo con un esfuerzo sobrehumano.

—Lo siento —balbuceó—, no lo sabía. ¿Cómo os llamáis?

—Beatriz, mi señor.

—Beatriz —susurró—, hermoso nombre —¿Cuántas veces le había atormentado en sueños esa misma voz? ¿Creía Dios que aún no había recibido suficiente castigo como para torturarlo así? Sus ojos, igualmente dorados, lo miraban con un extraño y familiar anhelo. Sólo su cabello, del color del sol, era lo que la diferenciaba de ella—. Pero, siéntese, por favor. ¿Necesita algo? ¿Desea comer o beber alguna cosa? ¿Descansar...?

—Gracias, mi señor, quizá más tarde. ¿Podría primero conocer a mi... sobrino, por favor?

—Por supuesto. Sígame por las escaleras.

Guillem la guió hasta un aposento en la planta superior. Cuando llegó a la puerta, se apartó para dejarla pasar.

Bea entró en aquella estancia con el corazón en un puño. Un brillante sol entraba por la ventana, rozando con sus rayos una pequeña cuna de madera revestida de encaje. En su interior, un bebé, vestido con sedas y lazos, que al verla ante él, comenzó a agitar sus regordetes bracitos y piernas, mientras su boquita emitía alegres balbuceos con pompas de saliva incluidas.

Bea se agachó para, por fin, poder verle y tocarle. Una emoción indescriptible y desconocida para ella la inundó cuando le pasó la mano por su cabecita, cubierta por un suave pelo rubio, casi blanco. Con un dedo le rozó sus mofletes sonrosados y él le volvió a sonreír y a observar con sus

preciosos ojos azules.

La niñera que lo cuidaba, se apartó a un lado discretamente. Era una joven regordeta, que al ver a Bea y escuchar que se trataba de la tía del niño, no pudo evitar decir:

—Por fin sabemos de dónde le venía al niño ese pelo tan rubio.

Bea cogió a su hijo y lo envolvió en sus brazos, hundiendo el rostro en el suave y oloroso cuello del bebé. Se apartó un poco para verle, sin ni siquiera darse cuenta de las lágrimas que le bajaban por sus mejillas.

Siguió así un buen rato, abrazándole, riendo y llorando al mismo tiempo. No quería separarse de él. Acababa de conocer a su hijo y ya sentía que el amor más fuerte y poderoso que jamás había conocido la unía a él.

Guillem, que apoyado en la puerta no había perdido detalle del encuentro, decidió retroceder silenciosamente. Sentía que, de alguna manera, estaba presenciando un momento de intimidad.

Más tarde, después de dejar dormido a su hijo con la niñera, Bea se refrescaba en los aposentos que le habían asignado para pasar la noche, y le pidió a Berta que la ayudara a quitarse el velo y colocarse una diadema para bajar a cenar. Antes de llegar a Montsolís, ya se le había asignado a Berta como su doncella personal, lo mismo que el resto del séquito o las bonitas ropas que llevaba, para hacer más creíble su posición de dama de alcurnia.

Cuando entró en el comedor la historia se volvía a repetir. La multitud la miraba asombrada, suponía ella que por el parecido con la difunta señora. Aunque, en realidad, su belleza resultaba todavía más llamativa, junto a una mayor seguridad en sí misma y un mayor aplomo, que le conferían el aspecto majestuoso de toda una dama de la época.

Lo que no cambiaría esa noche, sería la misma mirada de admiración por parte de Guillem, que le reservó asiento a su lado y ella lo ocupó encantada y nerviosa.

¡Cómo le gustaría poder abrazarle y besarle!

Pero se dedicó a degustar la buena comida, especiada y apetitosa, que ya había echado de menos. Guillem conversaba con Pedro, sentado al otro lado, y decidió llamar su atención.

—Perdone la interrupción y mi atrevimiento, barón, pero querría preguntarle si puedo pasar aquí una temporada, para estar un tiempo junto a mi sobrino.

—Por supuesto, Beatriz.

¡Dios, su voz, maravillosamente profunda! Al escuchar de sus labios su verdadero nombre, pensó que se derretiría allí mismo.

—Puedes quedarte aquí cuanto desees —continuó él—. Y deja los formalismos. Al fin y al cabo somos familia.

—Gracias, Guillem —susurró. La seguía mirando con esos ojos que parecían intentar leer su pensamiento. Y ella, lejos de evitar su mirada como haría una supuesta desconocida, se dejaba acariciar por su fuego azul—. Por cierto, tienes un hijo precioso.

—Lo sé —su hijo había sido lo que había evitado que se lanzara al más profundo de los abismos—. Es igual que su madre. Y, obviamente, que su tía.

—Pero tiene tus ojos —volvió a susurrar—. Y aún no sé su nombre.

—Jaime, como el rey.

—Me gusta —sonrió Bea, y su sonrisa hizo que Guillem se tensara. ¿Cuánto tiempo hacía que una mujer no le tentaba de esa manera?

Estaba resultando un diálogo extraño, relajado como entre dos conocidos, pero tenso a la vez, por no saber cada uno lo que pensaba el otro. La atracción entre ellos era casi tangible, pero al mismo tiempo guardaban las distancias.

— ¿Puedo hacer otra petición? —preguntó Bea.

—Si está en mi mano...

—Quisiera que mis aposentos estuvieran cerca de Jaime, por si necesitara algo o tuviera una mala noche...

—No te preocupes, la niñera se encarga de él, pero si es tu deseo, ahora mismo lo arreglo —e hizo una seña a una sirvienta a la que le dijo algo al oído y que se marchó corriendo a cumplir la orden—. Arreglado. Tus cosas las llevarán en un momento a otra habitación junto a la del niño, aunque será más sencilla.

—No importa. Gracias.

Siguió un momento de silencio entre ellos, aunque la sala se hallara inmersa en el bullicio ensordecedor de los comensales. Hacía tiempo que la música no estaba presente en las cenas del castillo de Montsolís.

Por mucho que le agradara la compañía de Guillem, Bea no pudo evitar un bostezo y se disculpó, dando las buenas noches y retirándose a dormir. Primero pasó por la habitación de su hijo, que dormía plácidamente en su cuna junto a la cama de la niñera. Le dio un beso en la frente al pequeño ante la atenta mirada de la muchacha.

— ¿Cuál es tu nombre? —preguntó Bea.

—Matilde, mi señora.

—Perdona, Matilde, pero todavía no he visto a Inés.

—Ella murió, mi señora, hace pocas semanas.

—Oh —se lamentó Bea con tristeza. Ya no le quedaba ningún vínculo con su otra vida. Ya no podría confesarle su secreto a nadie.

Poco tiempo después, todavía despierta en la cama, Bea escuchó el llanto de un bebé. Primero no relacionó con que tuviera nada que ver con ella, pero al instante se había levantado y cubierto con un chal para entrar en la habitación contigua.

— ¿Qué ocurre, Matilde?

—No lo sé, señora —la muchacha lo acunaba en sus brazos, pero el niño lloraba sin consuelo.

—Déjame a mí. Me lo llevaré a mi cama e intentaré que se calme. Y no te preocupes. Sigue durmiendo.

Bea se tumbó sobre la cama junto a su hijo, mientras le daba suaves masajes circulares en el abdomen. Cuando el llanto empezó a ceder, comenzó a arrullarle con una nana que le cantaba a ella su madre:

*Mareta, mareta, ahir vaig somiar que una nineta em vares comprar. La nina tenia bonics els seus ulls, la cara molt fina i els cabells molt rulls.*

E inmediatamente, se durmieron los dos.

Tras quedarse completamente vacío el salón, Guillem, como cada noche, se sentó frente al fuego junto a una jarra de vino y una copa aún vacía. Le pareció extraño empezar a sentir el letargo del sueño sin haber comenzado a beber, aparte del vino de la cena.

Alguien se le acercó por detrás y comenzó a masajearle los hombros. No hacía falta darse la vuelta. Era su esposa, Amicia. Sonrió como siempre, como cada noche, y se dejó hacer, hasta que ella lo rodeó para sentarse en sus rodillas y mirarle a los ojos.

—Eres tan hermosa...

Amicia acercó su boca a la suya y le besó dulcemente.

No. Esta vez era distinto. Había más pasión. Su esposa profundizó el beso y enlazó su lengua con la suya, cada vez más adentro, en un beso cada vez más carnal. Guillem sintió las caderas de su esposa contra las suyas y empezó a gemir de frustración, ansiando el consuelo final que llevaba tanto tiempo sin obtener. Puso las manos sobre el cuello de su esposa, sin dejar de besarla, subiéndolas por su rostro y enredando sus dedos en su rubio cabello...

*¿Rubio cabello?*

Guillem abrió los ojos de golpe. Su cuerpo se encontraba en tal grado de excitación que temió derramarse allí mismo como un muchacho imberbe. Su pecho subía y bajaba velozmente.

¿Qué había significado ese sueño? Sus sueños eran propiedad de Amicia. ¿Por qué soñaba con otra mujer?

Se levantó y se dirigió al campo de prácticas. Aunque aún no había amanecido, haría levantarse a sus hombres para desfogar su mal humor con ellos. Pero primero pasaría por el pozo y se echaría tres cubos de agua fría por la cabeza.

Y se recordó a sí mismo alejarse de la tentación que suponía para él su cuñada.

Ni siquiera reparó en que la jarra de vino permanecía intacta.

Una mano en el hombro despertó temprano a Bea.

—Señora, despierte, por favor.

— ¿Qué sucede, Matilde?

—Es el ama de cría, mi señora, que viene a amamantar al niño. Me lo llevo a su habitación.

Bea se levantó y se aseó, y cuando fue a la habitación del niño, se lo encontró chupando el pecho de una mujer desconocida, ávidamente, hasta formar pequeñas burbujas blancas alrededor de su boquita. Sintió envidia y una profunda tristeza, pues hubiese querido hacerlo ella misma. Alguien se encargó de que no llegara a subirle la leche.

Bajó a la cocina a comer algo, como hacía siempre, como si nunca se hubiese marchado. Al otro lado del patio se escuchaban los gritos de los hombres practicando y se imaginó a Guillem con el torso desnudo y sudoroso manejando su espada. La sangre de sus venas pareció espesarse sólo de

pensarlo. Su cuerpo parecía reclamarlo. Lo echaba tanto de menos... y le costaba tanto refrenar el impulso de echarse en sus brazos...

Se cruzó con Pedro y se sintió súbitamente mejor cuando éste le dijo dónde podía encontrar a su hija. Bea subió los peldaños de dos en dos hasta llegar a la estancia de la costura, tan soleada como siempre. Y se fijó en Teresa, que bordaba en un rincón apartado y con serio semblante. Bea sintió una inmensa emoción al volver a ver a su querida amiga.

—Hola. Eres Teresa, ¿verdad? —el resto de mujeres miraban con disimulo y susurraban unas con otras—. ¿Puedo acompañarte?

—Sí, por supuesto, señora.

—Llámame Beatriz, por favor. Sé que eras amiga de mi hermana y me gustaría que fueras la mía también.

—Sí, claro —contestó Teresa sin convicción. Estaba apagada, como mustia.

— ¿Te importaría mostrarme el castillo? —Se le ocurrió de repente preguntar para animarla—. Y tampoco sé mucho de bordar ni coser. ¿Podrías enseñarme? También quisiera ir un rato cada día con mi sobrino por los alrededores para que le diera un poco el sol, y tú podrías acompañarme y contarme cosas sobre ti y tu enamorado...

Teresa le sonrió con ternura. Volvía a tener una amiga.

Durante los siguientes días, en la vida de Bea se instaló una apacible rutina, aunque echaba muchísimo de menos a Guillem y éste parecía evitarla. Anhelaba sus charlas junto al fuego, ayudarle con la contabilidad, acompañarle al pueblo, reír con él, besarle, tocarle... parecían recuerdos lejanos, como de otra vida. Aún así, ahora parecían llevarse bien y no entendía por qué, le daba la sensación de que en cuanto se encontraban solos, él siempre parecía tener algo que hacer.

Esa misma mañana, Bea se dirigió a la despensa para buscar un tarro de confitura de ciruelas que tanto le gustaba untar en una rebanada de pan. Al

entrar, se sorprendió de ver allí a Guillem, que parecía estar comprobando personalmente las reservas de harina.

—Guillem, qué bien que te encuentro. Hace días que necesito hablar contigo sobre...

—Ahora no tengo tiempo. En breve he de partir con mis hombres —e intentó pasar de largo, pero Bea le agarró de la manga de la camisa y se puso frente a la entrada.

—Sólo será un momento, por favor.

—Está bien —dijo visiblemente impaciente.

—Se trata de la boda de Teresa. Tengo entendido que se aplazó por guardar el luto, pero lo encuentro irracional e injusto para ellos. Seguro que mi hermana desearía que se celebrara esa boda, aunque sea una ceremonia sencilla y...

Guillem no escuchaba nada. Sólo veía el rostro más hermoso, con los ojos más expresivos, la boca más apetecible, la rosada lengua que de vez en cuando humedecía sus labios... Incluso hubo un momento en el que ella hizo una inspiración y elevó el tórax, haciendo que sus pechos hicieran un amago de desbordarse por el escote del vestido...

Sin miramientos, desplazó a Bea de la entrada y salió de aquel escenario que tantos recuerdos le traía, recuerdos apasionados y excitantes.

*¡Se acabó! Soy un hombre, por el amor de Dios, y mi cuerpo necesita una mujer, aunque mi mente se niegue a ello.*

Rápidamente se dirigió a los establos, se montó en su caballo y desapareció por las puertas de la fortaleza como alma que lleva el diablo.

En poco más de media hora, se encontraba en un establecimiento situado a las afueras del pueblo, donde no había puesto un pie desde hacía más de dos años. Al entrar, la dueña de la posada sonrió abiertamente al verle aparecer por allí. Seguía vistiendo provocativamente, pero su rostro le parecía más

envejecido, como si hiciera mucho más de dos años desde la última vez que estuvo allí. El resto del tétrico local lo componían varias mesas ocupadas por algunos hombres, que solían estar de paso, acompañados por muchachas bastante complacientes.

— ¡Qué ven mis ojos! ¡Si es el barón en persona! Bienvenido, señor —y le hizo una exagerada reverencia.

—Hola, Petra. ¿Te importaría servirme una jarra de vino? En una mesa discreta, por favor.

—Ahora mismo, mi señor —le dijo con mirada lasciva, observándole de arriba a abajo, mientras le señalaba una mesa en el rincón más oscuro y apartado.

Guillem se sentó en un banco y se dejó caer en la pared que había tras él. Apoyó los brazos sobre la mesa e hizo una mueca al comprobar que la tela de la camisa se le quedaba enganchada y costaba despegarla. Al cabo de un momento, dos muchachas se sentaban cada una a un lado, colocando una jarra de vino y llenando su copa.

—No querrá estar sólo, ¿verdad mi señor? —dijo una de ellas.

*Una rubia y otra morena. ¿Es una ironía?*

Guillem fue bebiendo vino, ellas llenando su copa y trayendo más jarras a la mesa.

—Como regalo por su vuelta —oyó decir a Petra—, dos por el precio de una —y se alejó guiñando un ojo.

Pero el barón, de momento, se dedicaba a ingerir alcohol, mientras las mujeres le sobaban por los dos lados, metiendo una su mano bajo la camisa y la otra por su abultada entrepierna. Y él se imaginaba que las manos eran de otra mujer, de ojos color oro y cabellos como el sol...

Beatriz dormitaba frente a las ascuas de la chimenea del salón. Era muy tarde y todo el castillo estaba sumido en el silencio, pero ella estaba

intranquila. Había visto a Guillem marcharse como una exhalación justo después de que ella hablara con él, pero de eso hacía ya varias horas y aún no había vuelto.

De pronto se incorporó. Alguien acababa de entrar por la puerta y entraba en el salón.

— ¿Guillem? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Esperabas a otro? —hablaba arrastrando las palabras y se acercaba haciendo eses. Evidentemente, estaba ebrio.

— ¿Estás bien? —le miró ella suspicaz.

—Estoy perfectamente —dijo tambaleándose.

—Siéntate Guillem, estás borracho.

—Por supuesto que lo estoy, querida cuñada. ¿Te disgusta? —y acercó su rostro al de ella.

—Apesta a vino rancio y a perfume barato —dijo ella visiblemente enfadada.

—Lógico, Beatriz —le costó pronunciar el nombre—, si tenemos en cuenta que vengo de una taberna de mala reputación, de beber vino rancio y de estar con mujeres de la misma mala reputación.

— ¿Has estado con una mujer? —susurró ella con el corazón encogido.

—Nooooo, muchísimo mejor... —y sonrió diabólicamente—. He estado con dos mujeres a la vez.

Bea sintió como si un puñal se le clavara en las entrañas.

— ¿Cómo te atreves? —dijo ella asqueada y dolida.

— ¿Qué cómo me atrevo? Te recuerdo que soy el señor de este castillo, y hago lo que se me antoja, sin darle explicaciones a nadie, y menos de dónde

meto mi...

— ¡Cállate! —lo cortó—. ¿No te avergüenza el ejemplo que estás dando? Tienes familia, un hijo pequeño...

— ¿Y tú quién te has creído que eres para darme sermones? —Guillem pareció de pronto despertar del sopor, respondiendo con gritos a los gritos de ella—. ¿O para decirme lo que debo o no debo hacer?

—También soy tu familia...

—Tú no eres nada mío —dijo él con voz resentida—. Absolutamente nada.

—Eres un desgraciado y un jodido gilipollas —dijo ella entre dientes, apretando los puños por la furia.

— ¿Un qué?

*¿También ella usaba aquellas extrañas palabras?*

— ¡Un cerdo! Y...y... ¡qué te jodan! —gritó temblándole la voz.

De pronto, Guillem ya no pudo más. Estaba harto de querer y no poder, de desear y no tener. Ni siquiera entre dos mujeres habían conseguido excitarlo, pues ellas no eran la que ahora tenía delante, furiosa y colérica, con los ojos echando fuego dorado y tan hermosa que dolía verla.

*¿Tan pronto había olvidado a Amicia?*

Sintió rabia, pasión, lujuria, y se abalanzó sobre Beatriz, apoderándose de su boca con toda la furia y el deseo que emanaban de su cuerpo. La besaba salvajemente, sabiendo que le hacía daño, para castigarla. Enredó las manos en su pelo y tiró de él tan fuerte que la oyó gemir de dolor, produciéndole cierta satisfacción. Sin dejar de besarla, la fue empujando hacia la gran mesa que estaba tras ella, la cogió por la cintura y la depositó en el borde, donde terminó de echarla hacia atrás hasta apoyarle la espalda en la dura superficie. Se incorporó un instante para besarle el cuello y el escote y, al no tener suficiente, le rasgó la tela del vestido y la camisa, dejando expuestos sus

apetecibles pechos. Mientras se los lamía ávidamente, durante un sólo segundo, tuvo una extraña sensación, como una sospecha, que parecía querer brotar de lo más profundo de su mente. Pero en ese instante, su pensamiento se centraba únicamente en la mujer que tenía bajo su cuerpo, a la que oyó gemir desesperada, ahora de puro placer. Atormentado, le subió el vestido hasta apoyar las faldas en la mesa y le pasó la mano por la húmeda hendidura, haciendo que casi estallara y se derramara, por lo que comenzó a forcejear con sus calzas para bajárselas y poder liberar su palpitante erección.

Y cuando estaba a punto de poseerla allí mismo, sobre la mesa del salón, paró un momento y la miró. Su rostro era la tentación personificada, con los labios hinchados y los ojos velados, que parecía decir “tómame”.

¿Qué estaba haciendo, por el amor de Dios?

Se separó de ella y se subió nuevamente las calzas. Su pecho subía y bajaba afanosamente.

Esa sospecha, esa sensación...

*¿Tan pronto había olvidado a Amicia?*

No conocía la respuesta. Sólo sabía que, durante esos instantes, los más excitantes en su vida en los últimos meses, había tenido las mismas sensaciones que recordaba con su mujer. El mismo sabor de su boca, el mismo olor de su cuerpo, el mismo tacto de seda de su piel, el mismo rostro de placer... Y no era sólo el parecido físico, había algo más...

Se marchó de allí, confundido y asustado porque estaba seguro de que había perdido totalmente la razón.

A la mañana siguiente, o, en realidad, sólo unas horas después, Bea se dirigía al despacho de Guillem. La había mandado llamar y no sabía qué pensar, después de lo ocurrido la noche anterior. Creía saber qué era lo que atormentaba a Guillem, pero ella no podía hacer nada por evitarlo. Suponía que se debatía entre el recuerdo de su esposa y el deseo que sentía por ella.

¿Cómo decirle que eran la misma persona?

En el fondo se sentía feliz, por el hecho de saber que volvía a desearla, pero no podía evitar sufrir por él y por el mal trago que estaría pasando.

Al entrar en el despacho sintió una gran satisfacción por la imagen tan familiar que se le ofrecía. Multitud de pergaminos diseminados, la estrecha ventana, el fuego en la chimenea de piedra oscura, y aquel olor a moho que nunca le resultó desagradable.

Guillem, con las ojeras aún más profundas, inclinaba su cabeza sobre diversos documentos.

—Siéntate, Beatriz. Hay unos números que no cuadran, pero acabaré en un instante.

Bea se asomó sobre uno de aquellos rollos abiertos sobre la mesa y lo observó detenidamente.

—Aquí, Guillem, hay un error en esta cifra.

Guillem levantó la vista y la miró levantando una de sus cejas.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Piensas que no voy a saber sumar por ser mujer?

*¿Había escuchado él antes esas palabras?*

—Gracias, Beatriz. Es sólo que no sé nada de tu educación.

—Pues para que lo sepas, los números se me dan bastante bien.

—Ya veo.

*¿De nuevo esa extraña sensación?*

—¿Para qué me has mandado llamar?

—He enviado una carta al rey Jaime, para que, apelando a su buen juicio, me concierte un matrimonio con la mujer que él estime oportuna.

— ¿Matrimonio? —susurró Bea con voz casi inaudible. No podía ser. Los Guardianes del Tiempo le habían asegurado que todo iría bien, que todo “estaba controlado”, en un alarde de modernidad. Pero entonces, ¿qué significaba aquello?

—Sí, Beatriz, matrimonio. Así se hacen las cosas, como ya ocurrió con tu hermana. Necesito una mujer para que me ayude con la organización del castillo. A mi hermana Elvira los años le están pasando factura. Mencía hace lo que puede, pero desde su boda con Pedro ya no es lo mismo. Además, no quisiera que mi hijo se criara entre ayas y amas de cría, necesita lo más parecido a una madre que yo pueda ofrecerle.

—Yo podría serte útil —insistió Bea.

—No, Beatriz. Pero podrás permanecer aquí, si lo deseas, después de casarme. No puedo negarme a que estés con tu sobrino.

*¿Mientras tú te casas con otra? ¿Después de lo que pasó anoche? ¿Pero qué coño está pasando?*

—Eso es todo —dijo Guillem levantándose—. Recibiré respuesta en una semana.

Bea salió de aquel despacho como en trance. Ella lo había dejado todo por volver allí, con ellos. Su vida, su familia, su trabajo, sus amigos, su época. Aunque pudiera seguir con su hijo, le dolería el alma en cuanto viera a Guillem casarse con otra. No podría soportarlo.

Se suponía que ella le gustaba, ¿no? ¿Por qué tenía que recurrir al rey para casarse?

La semana pasó, pese a todo, bastante deprisa. El consuelo de Bea era la presencia de su hijo y la compañía de Teresa. Día a día, disfrutaba los pequeños logros de su hijo, que ya pronunciaba sílabas, era capaz de rodarse sobre la cama y ya se lo llevaba todo a la boca. Su amor por él era el más puro y desinteresado que pudiese imaginar. Los tres solían pasar mucho tiempo en el lugar que ya escogiera la primera vez que estuvo allí, una suave loma plagada de olorosas matas de tomillo y manzanilla.

Allí se los encontró Guillem una mañana, bajo la sombra de la redondeada copa de un enorme pino piñonero. Le pareció una bonita estampa ver charlar y reír a las dos mujeres, mientras su hijo, tumbado sobre una suave manta, agitaba entusiasmado un sonajero de madera y cascabeles.

—Buenos días —saludó Guillem—. Beatriz, he de hablar contigo.

—Me llevaré a Jaime, que creo que ya le toca comer —dijo Teresa al escuchar al barón.

—Gracias, Teresa —le agradeció Bea.

Guillem se sentó en el suelo junto a Bea, apoyando su espalda contra el tronco del pino. Llevaba un rollo de pergamino en la mano con el sello real. Bea inspiró y exhaló el aire lentamente. Y esperó a que él hablara unos segundos que le parecieron eternos.

—He recibido respuesta de Jaime.

— ¿Y bien? ¿Quién es la afortunada? —intentó parecer desinteresada.

—Verás, Beatriz —Guillem miraba hacia el horizonte mientras hablaba—. Mi matrimonio con Amicia fue concertado por el propio rey y con tu padre, el cual firmó la carta de arras donde se especificaba la dote y los acuerdos por ambas partes. En estos momentos, cuando los problemas y los hijos se le acumulan al monarca, lo más rápido y sensato que suele hacerse en un caso como el mío, es recomendar el matrimonio con una hermana de la difunta, ya que la familia se ahorra una nueva dote y todo resulta más sencillo.

Silencio

— ¿Significa eso —comenzó Bea por fin— que el rey ordena que te cases conmigo?

— ¿Sabes si tu padre tiene más hijas repartidas por el resto del territorio? —bromeó Guillem.

—Comprendo —Bea sintió una punzada de decepción. Ella siempre había creído que Guillem se volvería a sentir atraído por ella. De todos

modos, el corazón le saltó de alegría dentro del pecho, aunque intentó disimularlo.

—No pareces muy complacida.

— ¿Complacida? Por supuesto —ironizó—. El mismísimo rey te ordena casarte conmigo. ¡Qué honor! ¿Y si yo no lo deseo?

— ¿Disfrutas desafiándome? —sus ojos delataban un brillo de regocijo.

—De vez en cuando.

Guillem rió. De nuevo aquella sonrisa que le hacía sentir mariposas en el estómago. Se miraron y una corriente de entendimiento pareció aflorar entre los dos.

¿Sospecha algo? No puede ser...

La miraba como siempre, con el mismo deseo, con la misma adoración. Deseó que la besara, pero él se levantó para marcharse. Aunque antes de partir se volvió hacia ella y le dijo:

— ¿A qué esperas? Tienes una boda que ayudar a organizar.

— ¿La nuestra?

—No. La de tu amiga Teresa.

Aunque debía ser una boda sencilla, en deferencia al barón de Montsolís que se casaba sólo quince días después, la celebración por el matrimonio de Teresa y Alonso fue emotiva y romántica. La novia vestía un bonito vestido rojo y una corona de flores del mismo color sobre el pelo suelto. Se la veía feliz y enamorada, lo mismo que al novio.

Durante el banquete, en un momento en que pudieron estar a solas Teresa y Bea, ésta se confesaba decepcionada porque su boda no sería por el mismo motivo, sino por una orden del rey.

—Yo no lo creo así, Beatriz. Creo que cuando sabe que no le miras, sus

ojos parecen lanzarte una mirada de lobo hambriento.

— ¿Qué sabes tú de miradas hambrientas? —le preguntó Bea suspicaz.

—Yo... —Teresa se sonrojó violentamente.

—Tranquila —rió Bea—. Me parece perfecto que las parejas se “conozcan” bien antes de casarse.

Momentos más tarde aprovechó para estar junto a sus cuñadas, con las que parecía seguir uniéndole un profundo cariño. Cuando estuvo a solas con Mencía, le preguntó por su nueva vida matrimonial.

—Soy muy feliz, Beatriz. Pedro es un buen hombre y un buen marido, y hoy es un padre orgulloso.

—Me alegro —le dijo Beatriz—. Se te ve genial, con tu nuevo look más moderno y juvenil —Mencía llevaba su larga trenza en un rodete sobre la cabeza y un vestido en tono verde bosque que le favorecía mucho. Bea, antes de alejarse, le lanzó un guiño a su, dentro de poco, verdadera cuñada.

Mencía sonrió. Elevó sus ojos al cielo y susurró:

—Gracias, señor, por enviarnosla de nuevo aquí.

# CAPÍTULO 13

La boda entre el barón de Montsolís y vizconde de Bearn con Beatriz, fue un gran acontecimiento. Se invitó tanto a grandes personalidades, como a todo el pueblo de Montsolís. Artesanos y campesinos, viejos y jóvenes, adultos y niños, todo el mundo disfrutó del gran banquete, en el que no faltaron perdices, jabalíes, quesos, pasteles o frutas desecadas. Músicos, juglares, malabaristas o saltimbanquis, amenizaban la fiesta, y cuantiosos ramos de flores aportaban color y aroma al entorno.

Desde que se levantó esa mañana, Bea se sentía en una nube. Por mucho que le disgustara que Guillem se casara con ella por decreto real, se convertiría, esta vez, en su verdadera esposa. Todas las mujeres a las que ella estimaba, la habían ayudado a vestirse.

Observó su reflejo en el metal pulido que hacía de espejo de cuerpo entero. Le habían confeccionado un nuevo vestido, de color azul zafiro, con bordados de plata en el escote, los anchos puños y la cintura. Le pareció el vestido más hermoso que había visto en su vida. Sobre la cabeza le colocaron un pequeño tocado confeccionado con una intrincada red de hilos de seda y perlas, y el resto del cabello se lo dejaron suelto, haciéndolo resaltar sobre el azul del vestido como una nube dorada. Y aunque ya no necesitaba de más adornos, Teresa se permitió diseminarle algunas florecillas de jazmín azul entre las ondas de su melena.

Toda la multitud había enmudecido al verla aparecer, mientras Guillem, que la esperaba a las puertas de la capilla vestido con sus galas de caballero, no había podido disimular el semblante de orgullo y admiración, como si quisiera gritar al resto del mundo:

“¡Es mía!”.

La ceremonia fue oficiada por un primo del novio, el arzobispo de

Tortosa, y al salir de la pequeña iglesia, la muchedumbre los aclamó con vítores y alabanzas.

Bea se vio de pronto rodeada de gente que quería tocarla, abrazarla o darle la enhorabuena. A lo lejos observó a Guillem en las mismas condiciones, y ya apenas pudieron verse durante el resto de la fiesta.

Pasadas varias horas, Bea se encontraba exhausta. Había bailado toda la tarde, comido, bebido y reído, y ya sólo le apetecía estar con su marido a solas.

Pero todavía no iba a ser posible. Un gran silencio se extendió por el gran patio del castillo. Un pequeño regimiento de soldados portando el estandarte real, se acercaba por el puente entre una nube de polvo. Guillem se adelantó y se dirigió al imponente caballero que comandaba el grupo. En cuanto éste bajó del caballo, el barón de Montsolís puso una rodilla en el suelo e inclinó su oscura cabeza.

—Bienvenido a mi casa, majestad.

*¿Majestad?*

Todas las personas presentes imitaron al barón, por lo que el rey hizo un gesto con la mano para que se levantaran. Bea se había quedado tan anonadada que había permanecido quieta cerca de Guillem.

*¿Era aquel el mismísimo Jaime I?*

—Sólo estoy de paso, mi fiel Guillem —dijo el rey con una voz que rezumaba autoridad—, pero no podía dejar de felicitaros por vuestro enlace. ¿Es esta vuestra reciente esposa?

—Sí, majestad. Os presento a Beatriz, mi esposa.

Bea intentó hacer una correcta reverencia, aunque no estaba segura si el torpe movimiento que ejecutó habría resultado apropiado. Tampoco estaba segura si estaba bien visto mirar directamente al rey, pero ella no pudo evitar mirar de cerca esos enigmáticos ojos oscuros. Era todavía un hombre joven y

atractivo, de menos de cuarenta años, con el pelo y la barba rubios, tez blanca y muy alto. Su constitución recia y su porte erguido, le conferían un aspecto regio y elegante.

—Os felicito, barón, por vuestra acertada elección —los ojos del monarca brillaban con un atisbo de lascivia mientras observaban a la novia.

—Gracias, majestad —a Guillem no le hacía ninguna gracia que ni el mismísimo rey en persona mirara a su mujer de esa forma tan impúdica. De todos era sabida la afición de Jaime por las faldas, aunque se dijera que eran las mujeres las que lo perseguían a él.

—Que sea enhorabuena, barón. Os espero en las próximas Cortes de Barcelona —y se giró para volver a montar en su caballo.

Ciertas palabras dichas por Jaime le rondaban a Bea por la cabeza. Tenía que salir de dudas, así que, sin que Guillem lo advirtiera, se acercó al rey antes de que montara y le puso una mano sobre el brazo para llamar su atención.

—Perdón, majestad —dijo Bea en voz baja—. ¿Podría haceros una pregunta?

—Decidme, bella señora.

—Cuando habéis felicitado al barón por “su elección”, ¿qué habéis querido decir exactamente? ¿No ha ordenado su majestad este matrimonio?

— ¿Ordenar? —y el apuesto rey se echó a reír—. No, querida Beatriz de Montsolís. Fue el barón el que me sugirió este matrimonio, por las ventajas que nos proporcionaba a todos. Pero ya veo que sigue siendo el gran estratega que es en el campo de batalla. Nos ha llevado a todos a su terreno, incluyendo a vos y a mí. Sólo hace falta miraros para saber que no ha sido precisamente una elección política.

El rey se montó al fin en su caballo y desapareció junto a su numerosa escolta tras la muralla de la fortaleza.

Guillem se acercó a Bea por detrás y le preguntó de qué había hablado con Jaime.

—De nada —sonrió Bea. Una emoción indescriptible la inundaba por dentro—. Nada importante.

Por fin, en sus aposentos, y después de haber pasado a ver a su hijo que dormía plácidamente a pesar del bullicio, Bea y Guillem atrancaban la puerta ante las protestas de los hombres. Debido al vino ingerido aquel día, los habían perseguido hasta el dormitorio, cantando y gritando expresiones picantes y lascivas.

Cuando estuvieron a solas, Bea sintió como si todos aquellos meses no hubiesen pasado, como si sólo hiciera unos días que había compartido aquella habitación con su marido. Paradójicamente, cuando miraba de reojo la gran cama, sentía un poco de aprensión. Hacía en realidad tanto tiempo...

— ¿Qué sucede, Beatriz? ¿Estás nerviosa?

—No... sí... no sé.

—No te preocupes, yo también lo estoy, aunque es más fuerte mi deseo que cualquier otro sentimiento en este momento.

Guillem se acercó a ella y la besó dulcemente, sin prisas. Sentía que esta vez sí disponían de todo el tiempo del mundo. Durante un largo instante sólo se escucharon sus respiraciones y los pequeños chasquidos del entrechocar de sus labios.

—Eres tan hermosa —le decía mientras le quitaba el tocado del pelo.

—Tú también lo eres.

— ¿Yo? —dijo él sorprendido tocándose la cicatriz que le surcaba el rostro.

—Estas marcas sólo realzan tu belleza, Guillem —y comenzó a sembrar de pequeños besos la línea de la cicatriz.

Guillem comenzó a desatar los lazos del vestido y a bajárselo por los hombros, mientras posaba sus labios en su fragante cuello y sus satinados hombros, dejando un húmedo rastro de fuego que la consumía. Bea, en un diminuto instante de cordura, quiso aclarar un tema pendiente con su marido.

—Creía que últimamente te gustaba estar con dos mujeres a la vez.

—Mmmm, sí... no hay nada más excitante —le siguió el juego Guillem sin dejar de besarle el cuello—, con una rubia y otra morena, que mientras una te toca por arriba, la otra lo hace por abajo...

— ¡Oh, cállate, capullo! —y le dio un pellizco en el costado.

— ¡Ay! —y se puso a reír con aquella risa franca y desinhibida que ella tanto había añorado—. ¡Qué fácil es hacerte enfadar! ¿Estás celosa?

— ¡Claro que no! —Guillem levantó una ceja—. Bueno, sólo un poco.

*¿Habían tenido antes esa conversación?*

—Ni diez mujeres desnudas a mi alrededor serían capaces de excitarme lo que tú consigues con una sola mirada.

Le acabó de quitar el vestido, ahora con más apremio, y después le sacó la camisa. En cuanto la tuvo desnuda ante sí, Guillem, ante el asombro de Bea estalló a reír a carcajadas, mientras se arrodillaba ante ella y le pasaba el pulgar por el lunar de su cintura.

— ¿Qué sucede, Guillem? —preguntó ella claramente desconcertada.

—Nada, mi amor —le dijo mirándola con ojos de adoración—, todo está perfecto.

Y entonces Guillem ya no volvió a parar. Gimiendo, la besó en la boca introduciéndole la lengua muy adentro, succionando y devorando, mientras le acariciaba los senos, la cintura y las nalgas. El placer lo hacía enfebrecer y la cabeza le daba vueltas del vértigo que sentía al tocarla de nuevo.

—Ha pasado tanto tiempo —gimió él.

—Sí, Guillem, demasiado. Pero nada volverá a hacerme marchar, nada...

*¿Habría sido consciente Guillem de esas palabras?*

Guillem se desnudó con la ayuda de su mujer y la arrastró hacia la cama, buscando su suave piel con las manos y la boca, besándole desde los párpados, el pecho y el vientre, hasta la entera longitud de sus piernas. Cuando montó sobre ella y la penetró, envuelto de nuevo por su suave calidez, fue como un dulce alivio de que todo estaba en su lugar.

Después, las acometidas se hicieron más apremiantes. Él le sujetaba la cara entre las manos para besarla y embestirla al mismo tiempo, haciendo que ella gimiera en su boca abierta y le agarrara por la espalda con las uñas, subiendo sus caderas para sentirlo aún más adentro.

Cuando por fin alcanzaron los dos el clímax, les pareció demasiado placer para soportarlo, dejando que los espasmos se fueran apagando mientras recibían en la boca, cada uno, el grito del otro.

Cuando la tormenta de pasión amainó, tumbados sobre las desordenadas ropas, se miraban uno al otro y se acariciaban perezosamente. Bea sabía que había hecho algún que otro comentario ambiguo, y no sabía si el mismo tipo de respuestas por parte de Guillem podría tener el mismo significado.

Decidió levantarse de la cama y acercarse a la cómoda para coger un objeto que ya había dejado ahí antes. Volvió y se tumbó de nuevo junto a su marido y le mostró el broche que le regalara por Navidad. Guillem lo tocó con la yema de los dedos y sonrió, pero no dijo una palabra.

— ¿Deseas preguntarme algo, Guillem? ¿Tal vez algún tipo de explicación por esto, o por algo que he dicho o...?

—No —la cortó él—. No tienes que aclararme nada. Soy yo el que tiene algo que decir —Y comenzó—: Mi vida era un largo y oscuro pasadizo, frío y monótono, hasta que, cuando pensaba que así sería siempre, pude ver que al final de ese túnel salía el sol. Tú fuiste mi sol, que viniste a darme luz y calor, desde el día que me sonreíste y me miraste a los ojos por primera vez. Calentaste mi corazón e iluminaste mi alma, y me enamoré de ti, sin importar

tu nombre o el color de tu pelo —Bea no pudo evitar que las lágrimas le brotaran descontroladas—. El tiempo que desapareciste volví a sentirme perdido. Tal vez no entienda nada, o prefiera no entenderlo, no me importa. Lo que importa es que no vuelvas a dejarnos, a mí y a nuestro hijo. Te necesito. Te necesitamos —Bea quería hablar pero no podía, y él le acariciaba la mejilla—. No llores, mi amor, no llores, no hables. Te amo, a ti, a mi mujer. Porque sé que eres tú. Que siempre has sido tú.

—Yo también te quiero —dijo ella sin poder contener el llanto—. Te quiero tanto que incluso he sido capaz de... No importa. Sólo sé que te amo, que siempre te he amado.

Desde hace siglos — desde que te vi en medio de mi salón, pensó.

Guillem la abrazó, secándole las lágrimas a besos. No hacía falta que ella le dijera nada más, o que le diera ningún tipo de explicación. Ni si quiera estaba seguro de querer saberlas. Sólo saber que le amaba, que siempre le había amado, era suficiente para él.

Más tarde, cuando los besos se fueron haciendo más ardientes, Guillem volvió a hacerle el amor, durante el resto de la noche. Durante todas las noches.

Y, por fin, las palabras “toda la vida”, volvían a cobrar su verdadero significado.

—Ya os dije que esto acabaría bien. Únicamente había que esperar que los sentimientos siguieran su curso.

Tres Guardianes del Tiempo observaban desde algún lugar, donde, paradójicamente, no existían el tiempo ni el espacio. Esta vez habían triunfado, tanto ellos como las personas que habían utilizado para sus fines. Esperaban que la próxima vez resultara un poco más fácil. O que no hubiera próxima vez.

De momento, y gracias a Beatriz, el curso de la historia seguía adelante, aunque desde el siglo XIII al XXI quedaban demasiados acontecimientos por ocurrir que pondrían a prueba al mundo y sus habitantes.

Pero se supone que para eso sirve conocer la historia, para poder aprender de ella y de los errores del pasado, aunque buena parte de la humanidad siga sin recordarlo.

# EPÍLOGO

Raquel enciende su ordenador y, con manos temblorosas, va pulsando las teclas, hasta escribir el nombre de Guillem. En la pantalla surgen varias entradas y ella hace click sobre la de la wikipedia.

Y lee:

“Guillem I de Montsolís y vizconde de Bearn (1218 - 1289), nació en Lérida en el año 1218. Hijo de Sancho y Petronila, fue el único hijo varón después de otras dos hijas, Elvira y Mencía. Fiel barón del rey de la Corona de Aragón, Jaime I El Conquistador, fue conocido por sus hazañas en la conquista de Valencia y en la defensa del rey frente a las continuas traiciones y rebeliones por parte de sarracenos o de los propios nobles aragoneses...

Se casó en 1243 con Amicia de Bearn, evitando con este matrimonio una posible guerra con Luís IX de Francia... Amicia murió en 1245 al dar a luz a su heredero, Jaime...

Pocos meses después contrajo segundas nupcias con Beatriz, hermana de su esposa, con la que tuvo cuatro hijas más...

Existen diversos poemas escritos por los trovadores de la época donde se evoca el amor que se profesaron, y que los juglares seguían interpretando con el paso de los años...

Beatriz murió en Montsolís, en enero de 1289, y su esposo Guillem sólo tres meses después...”.

Dejó de leer. Las lágrimas anegaban los ojos de Raquel, bajando por sus mejillas hasta gotear sobre el teclado. Miró la fotografía que siempre había estado sobre esa mesa, donde ella y Bea se reían de algo que no recordaba.

Apagó el ordenador, se levantó y miró por la ventana. Las estrellas salpicaban el cielo nocturno. La consoló pensar que hubiesen estado ahí, desde siempre, incluso ocho siglos atrás.